

RAQUEL DÍAZ

DESTINADOS

A *Encontrarnos*

Bilología Destino vol.1



*«Catalina me da toda la vida que Claudia
un día me arrebató»*

**DESTINADOS
A ENCONTRARNOS**

RAQUEL DÍAZ

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Destinados a encontrarnos*

© *Raquel Díaz*

Edición publicada en noviembre 2017

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

RAQUEL DÍAZ

DESTINADOS
A *Encontrarnos*

*A mi padre, por su fuerza y valentía.
Mi héroe.*

Índice

Prólogo

[1 VIVE](#)

[2 ROTO, COMPLETAMENTE ROTO](#)

[3 ENCUENTROS... ¿CASUALES?](#)

[4 TORTURA AZUL](#)

[5 LO PROMETIDO ES DEUDA](#)

[6 FIN DE SEMANA EN FAMILIA](#)

[7 NOTICIAS](#)

[8 DECISIONES](#)

[9 IBIZA](#)

[10 MÁS](#)

[11 EL TIEMPO SE ACABA](#)

[12 EL MOMENTO ES AHORA](#)

[13 SIN RASTRO](#)

[14 LA LLAMADA](#)

[15 SI TE PASARA ALGO...](#)

[16 VERBENA](#)

[17 SAN JUAN](#)

[18 AUTÉNTICA Y ESPECIAL](#)

[19 ESTE NO ERA EL PLAN](#)

[20 FUERA DE CONTROL](#)

[21 NO QUERÍA MENTIRTE](#)

[22 COSAS DEL DESTINO](#)

[23 MÍRAME Y DILO](#)

[24 LA QUIERO CONMIGO](#)

[25 ERRORES](#)

[26 EL PASADO SIEMPRE VUELVE](#)

[27 MÁS VALE CALLAR](#)

[28 ¿PODEMOS RECUPERAR LO PERDIDO?](#)

[29 LA VIDA](#)

[30 CAMBIOS Y DECISIONES](#)

[31 NUESTRO PRIMER VIAJE](#)

[32 GRANADA](#)

[33 EL EMBRUJO DE GRANADA](#)

[34 NOS TOCA DESPERTAR](#)

35 TENGO QUE MARCHARME

36 CUENTA ATRÁS

37 ALZANDO EL VUELO

38 LOS ÁNGELES, CALIFORNIA

39 CLAUDIA

40 NO, NUNCA MÁS

41 VUELVO A TU LADO

42 NOCHE BUENA

Agradecimientos

Prólogo

“Tengo que hacerlo. Tengo que dejarlo atrás de una maldita vez. Tengo que subir a ese avión e intentarlo. Tengo que cerrar el que siempre será para mí el gran capítulo de mi vida. Nunca imaginé que el amor podía volverme loco y llevarme a límites insospechados. Pensaba que yo estaba fuera de su alcance, pero me equivocaba. Yo también caí en su trampa sin ni siquiera pensar en todo lo que pasaría después. Y ya ves, de repente me encuentro con un billete destino a Los Ángeles y una maleta cargada de ilusión por reencontrarme conmigo mismo. Necesito traerme de vuelta, volver a ser yo al completo, sin dudas, ella me llevó consigo y ahora necesito ser el Cristian de siempre, el que todavía no se había perdido por el camino amando ciegamente a la persona equivocada.

Necesito tu ayuda Raquel, necesito de ti, ayúdame a encontrar mi sitio en el mundo. Ayúdame a zanjar mi historia porque me he dado cuenta de que no puedo hacerlo solo.

Ahora tengo que dejarte, debo embarcar.”

12/12/2017

Recibí su carta, al final encontró la manera de llegar hasta mí.

Cristian, mi adorado Cristian me está pidiendo ayuda. Y yo no puedo negarle nada. Puede que no lo hiciera bien con él la primera vez. Ahora me da otra oportunidad y debo aprovecharla.

Hoy empiezo de nuevo. Hoy mi vida toma otro camino y lo hace a su lado. Tengo que darme prisa, tengo que espabilar, tengo que dejarlo todo atrás y subirme con él a ese avión. Tengo que llegar a tiempo, cueste lo que me cueste. Se lo debo.

Prometo hacerlo lo mejor que sepa, prometo no dejarle solo y prometo ayudarle a que sea feliz.

Raquel Díaz.

Todavía revivo el momento como si fuera ayer, puedo sentir la

incomodidad que había alrededor de la mesa de Carolina el día de Noche Buena, cómo fingimos que todo era perfecto, cómo la situación se me fue de las manos, cómo casi vuelvo a tirar mi vida por la borda por culpa de Claudia... Pero no me quedaban más opciones, cuando supe que la vería de nuevo, que íbamos a cenar juntos, no pude soportarlo, no pude pasarlo por alto y decidí marcharme... A buscarla, a buscarme... No lo sé, quizá me marché para encontrar las respuestas que todavía me hacían mucha falta. No me importó nada más y escogí con el corazón.

Pero hay muchas cosas que no sabéis, ella se fue y yo tomé el camino fácil. Me convertí en un témpano de hielo, nada de sentimientos, nada de cosquilleos en el estómago, nada de amor. Decidí cambiar porque era caminar sobre seguro, lo hice porque no quería darle a nadie el poder de hacerme daño. Y cambié, sin más. Hasta que apareció otra persona en mi vida.

Así que volvamos al pasado, retrocedamos siete meses y medio.

Hace diecisiete semanas que Claudia se marchó a Los Ángeles, y sí, contaba los días mientras me desgarraba por dentro, hasta que me cansé y decidí empezar de nuevo, forjar mi propia vida.

¿Te lo cuento desde el principio? Quizá así te resulte mucho más fácil de comprender.

1

VIVE

MAYO 2017

Ya no recuerdo el día que me perdí a mi mismo. No sé si fue cuando la conocí, cuando me fijé en su sonrisa por primera vez, cuando sus ojos me cautivaron, cuando me enamoré de ella o cuando la dejé escapar. Lo único que sé es que ahora soy incapaz de encontrarme.

Han pasado cuatro meses. Diecisiete semanas. Siempre tuve la esperanza de que reulara, de que se echara atrás, de que se quedara conmigo. Pero no sucedió. Se marchó con Borja tal y cómo había dicho que haría, se marchó a la otra punta del mundo dejando atrás todo lo que era importante para ella: su familia, sus amigos... a mí.

Durante todo este tiempo he estado esperando que vuelva, pero no me ha servido de nada. Bueno sí, para olvidarme de mí y de mi vida. Y eso se acabó.

Tengo que abrir los ojos y para ello no hay nada como el verano en Valencia. El calor, la playa, las chicas, las fiestas... Todo se pone de mi lado para que consiga disfrutar de la vida, así que no voy a pensarlo más. Me propongo volver a nacer y quiero hacerlo eliminando por completo de mi memoria sus ojos azules.

El teléfono suena de nuevo. Rubén es muy insistente, tanto que a veces le partiría la cara por pelmazo. No encaja bien una negativa como respuesta a cualquier plan, no soporta el amor, nunca lo ha hecho, más bien creo que le repugna de tal forma que por eso se alejó de mí una temporada. Pero en cuanto se enteró de que Claudia se marchaba, fue el primero en llamar a mi puerta para invitarme a tomar unas cañas y ayudarme a arrancar de nuevo.

—Dime.

—Genial. Estás en modo gilipollas.

—Que te jodan.

—¿Qué cojones te pasa tío? ¡Despierta! Esa chica te ha hecho perder la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver con ella. No estoy de humor. ¿Que querías?

—Quería y quiero que vuelva mi amigo. Déjalo ya. Claudia no va a volver y no puedes perder más tiempo de tu vida porque ella no lo está haciendo. ¿Qué más necesitas para darte cuenta?

—Creo que hace tiempo que ya lo he hecho.

—Pues pasa página. Te recojo en diez minutos.

—Mejor nos vemos otro día, no tengo ganas de salir.

—Sí, sí. Lo que tú digas.

Cuelga sin dejarme decir una última palabra. Sé que tiene razón, que tengo que espabilar, no puedo estar toda la vida pensando en ella, en qué estará haciendo, en cómo le irán las cosas, imaginando su día a día al lado de Borja. ¿La tratará bien? ¿Estarán muy enamorados? ¿Discutirán? ¿La estará haciendo feliz? ¿Habrá pensado ella en mí algún día? ¿Se habrá arrepentido de la decisión que tomó?

Todos sabemos la respuesta y es NO. No, no y una vez más, no. Si lo hubiera hecho ya estaría aquí, de vuelta.

Escucho el rugido de un coche y medio minuto después el sonido de un claxon me reclama, así que, cojo mis cosas y salgo de la habitación.

—¿Dónde vas a estas horas hijo? —mi madre, siempre tan pendiente de todo— Tienes la cena preparada.

—¿Qué hora es?

—Pues... —y consultando su reloj continuó— Las diez de la noche.

—Es Rubén, mamá. Se ha puesto muy pesado, ya sabes cómo es, me ha llamado veinte veces para que salgamos a tomar algo, le he dicho que no y se ha presentado aquí. Guarda la cena para mañana, te prometo que no tendremos que tirarla. —Sé cómo le molesta cocinar para nada o que sobre comida y tenga que acabar tirándola a la basura, pero me despido de ella más tierno y cariñoso que nunca, dándole un dulce beso en la frente.

—Pásalo bien cariño, no vuelvas muy tarde.

Asiento y me marchó sin más.

¿Qué no vuelva muy tarde? Lo intentaré.

Últimamente me paso la vida intentando mil cosas y sin conseguir ninguna. Ahora que me encuentro de frente con el aire fresco de la noche y veo las ganas de fiesta que trae él, lo único que me apetece es atiborrarme a cerveza y perder el conocimiento, pero es jueves, mañana toca trabajar así que mejor lo dejo para otro momento, esta noche sólo será una copa y para casa.

—¿Pensaba que no saldrías nunca de tu guarida!

—¿Y dónde iba a estar mejor? —Le respondo cerrando la puerta del coche.

—¿De verdad te lo preguntas?

—Sí, desde luego, pasar a tu lado el resto de mi tiempo no es mi mejor plan.

—No tienes otra alternativa.

—Y lo peor de todo es que tienes razón.

—Anda, deja de quejarte ya. La noche es joven, las birras baratas y yo tengo mucha sed.

Le miro de reojo. De nuevo está aquí mi gran amigo, dispuesto a todo, menos a reconocer que haría cualquier cosa por mí y por la gente que le importa. Un tipo duro, sin duda, pero con un corazón de oro.

—No me jodas Cris. ¿Te estás enamorando de mí? Me vas a gastar tronco.

Sonrío de medio lado, negando lentamente con la cabeza sin responderle, porque es absurdo responder a semejante tontería.

Llegamos a Coold Beer, un sucio garito donde puedes beber cantidades ingentes de birra a muy buen precio y en pleno corazón de Valencia.

—Esta noche es tu noche. Bebe todo lo que quieras, disfruta de ella y sobre todo... Olvídala.

—¿A quién?

—¡Claro que sí! ¡Esa es la actitud!

Claro... Claudia. Olvida a Claudia. ¿De verdad cree que es tan fácil? ¿Qué salir a tomar un par de cañas va a quitármela de la cabeza?

Estoy seguro que no, pero en esta vida no hay nada seguro al cien por cien, pasamos la noche bebiendo. No sé cuántas jarras caen, pero son unas cuantas, conocemos a chicas, no recuerdo ni sus nombres, probablemente ninguna vale la pena, ninguna persona con dos dedos de frente es capaz de entrar en este local.

Después... Nada. Oscuridad.

Y entonces me despierto con una resaca descomunal, no sé ni la hora que es, aunque deduzco que no debe ser muy tarde, cuando todavía mi madre no ha entrado a despertarme. Me froto los ojos y cuando consigo ver con claridad me doy cuenta de que no reconozco lo que veo, no sé dónde estoy, esta habitación no me suena en absoluto. Me giro y veo una melena rubia al otro lado de la almohada, un cuerpo desnudo tumbado a mi lado, una silueta preciosa que está junto a mí en la cama y yo no recuerdo absolutamente nada

de lo que ha pasado aquí.

Busco mi móvil desesperadamente, y al encontrarlo veo que está apagado. Lo enciendo y quiero morirme. Mierda. Son las once de la mañana y tengo siete llamadas perdidas de mi padre. Llego tarde al taller, muy tarde, me parece a mí que a alguien le van a cortar los huevos hoy.

Tengo que marcharme, pero antes de hacerlo me inclino para verla mejor. Joder, es preciosa. Menos mal... Al menos no despierto al lado de un orco. Me visto lo más rápido que puedo sin hacer demasiado ruido, no quiero despertarla, no quiero mantener ningún tipo de conversación con ella, está buena, pero preferiría no tener nada que ver con esto, lo único que me apena es tener una gran laguna y no recordar nada de lo que ha pasado aquí esta noche.

Y de esta manera empiezo mi nueva vida, despertando en una habitación ajena en la cama de una desconocida, llegando tarde al trabajo y con una resaca de dos pares de cojones.

No sé si es el mejor comienzo, pero es el mío.

Sin planes, simplemente... Viviendo.

2

ROTO, COMPLETAMENTE ROTO

Ahora mismo mi cabeza es un hervidero. Todavía escucho la música como si estuviera pegado a ese maldito altavoz, sintiendo como la cerveza recorre mi cuerpo de una manera que llega hasta mi cerebro, haciéndolo para quedarse. Me debato entre el bien y el mal. Quiero llamar a mi padre y pedirle el día libre, total estas ya no son horas de ir a ninguna parte, es vergonzoso, lo sé, pero por otro lado quiero hacer las cosas bien, desde que ella se fue he cambiado mucho. Me he vuelto frío, distante, fiestero e incluso a veces demasiado egoísta, pero es la única forma de sobrevivir, no he sabido hacerlo mejor, así... no duele. O por lo menos, no duele tanto.

Me envalentono y le llamo antes de que sea él quien lo haga otra vez.

—Cristian. —responde distante, estaba enfadado.

—Lo sé. Lo siento. Soy un irresponsable. Pero verás...

—No quiero saberlo —me corta—. No quiero escuchar más excusas. Esto es un trabajo, como otro cualquiera, deberías cumplir con tus obligaciones y si crees que no vas a ser capaz, quizá lo mejor sea que lo dejes, que no vuelvas y busques otra cosa. Algo donde no vayas a fallar.

—En diez minutos estoy ahí. —Cuelgo el teléfono desganado, no era eso precisamente lo que quería comentarle, pero no he podido responderle otra cosa.

Entro en el coche a toda prisa, las palabras de mi padre han conseguido sacudir mi resaca de un plumazo. Ya no me duele nada, ya nada revolotea en mi cabeza, ya no me apetece el día libre, sólo quiero plantarme allí y demostrarle que puede confiar en mí. Que estos meses han sido un mero trámite, que ahora estoy mucho mejor y que puedo ser el empleado perfecto.

Llego y le veo metido debajo de uno de los coches que tenemos pendientes de entrega.

—Papá. Perdóname. Se me ha apagado el móvil. Seguramente se cayó durante la noche, no lo sé... No ha sonado la alarma, te prometo que no volverá a ocurrir.

—No. Claro que no volverá a ocurrir. No quiero que estés más aquí.

—Pero ¿¿qué dices?!

—Lo que oyes. Yo no te he educado así. Esto no es lo que yo te he enseñado. En la vida hay que ser responsable y el trabajo es lo primero. Sé que no tienes preocupaciones, pero aun así deberías ser constante y no lo estás siendo. Si que yo sea tu jefe significa que creas que estas cosas son normales...

—No me voy a ir. Voy a demostrarte que valgo para esto y que puedo ser quien quieres que sea.

Me mira a los ojos, sin ocultar el orgullo que desprende su mirada. Menos mal, por un momento he pensado que me mandaba a la mierda y me sacaba del taller dándome una patada en el culo.

Su soplido de resignación no me pasa desapercibido.

—Está bien, mete el Seat Ibiza que hay en la puerta. Lo ha traído Mariano esta mañana, ayer le empezó a hacer un ruido extraño y lo dejó tirado. Échale un ojo, podría ser la correa. — Asiento poniéndome manos a la obra.

—Hijo —me giro—. Por un momento he pensado que te habíamos perdido. No te imaginas cuanto me alegra ver que no es así, no permitas que te arrastre con ella.

Ella. Otra vez ella. De hecho... Siempre ha sido ella. Todo el mundo se empeña en recordarme que gran parte de mí se marchó en aquella maleta. No contesto, no sirve de nada, así que le regalo una sonrisa a medias, una de esas que puede no decir nada, pero que al mismo tiempo lo dice todo y, con ese cruce de miradas todo queda claro. Me espera un duro día de trabajo por delante, así que voy a por el coche que me ha pedido.

Son las ocho de la tarde y no he parado ni un momento para compensar la cagada de esta mañana. Mi cabeza retumba todavía más, me va a estallar y ya no es por culpa de la resaca, necesito llegar a casa, darme una ducha de unas dos horas aproximadamente, notar como el agua me limpia en todos los aspectos que puedas imaginar, meterme en la cama y dormir, dormir hasta que me duela el cuerpo y tenga que salir de ella porque no me quede otro remedio.

Mi móvil suena y hasta sacármelo del bolsillo me resulta un gran esfuerzo, ya no me queda energía y sinceramente no estoy para aguantar las tonterías de Rubén.

Pero no me encuentro con un mensaje de mi amigo, animándome a que lo siga en otra de sus noches de parranda, sino algo que por nada del mundo me habría imaginado. Me sorprendo al empezar a leer.

“Claudia: Hola Cris, perdona que te conteste con tantísimo retraso, es que la vida aquí va a contrarreloj, todo va demasiado rápido, las agujas corren de tal manera que no te das ni cuenta. ¿Sabes? He mejorado muchísimo mis diseños, ahora podrías dar un salto y dejar que te tatúe alguna cosita, prometo ser buena. Hace unos cuantos días que no hablo con Carol, ¿cómo está? ¿Qué tal la trata Javier? ¿Los ves felices? La verdad es que yo sí lo estoy. Me encanta estar aquí y Borja... Borja se porta tan bien conmigo... Me cuida como nadie, podéis estar tranquilos que estoy en buenas manos. Cuéntame cómo te va todo, ha pasado algún tiempo desde que me marché y prácticamente no sé nada de ti, espero que no me odies tanto como seguramente has hecho en algún momento. Te quiero mucho, da recuerdos y mil besos en casa.”

Lo primero que hago al terminar de leer su mensaje es mirar cuando le había escrito yo. Habían pasado seis semanas... Seis semanas de silencio. Cualquier persona del mundo no contestaría pasado todo este tiempo, es absurdo, porque si no lo has hecho antes no se entiende que es lo que te empuja a hacerlo ahora. Es incomprensible.

Vuelvo a leerlo y antes de eliminarlo, le respondo sin tener fuerzas para enviarlo.

<Hola Claudia. Sí, imagino la vida tan estresante que llevarás en Los Ángeles, debe ser muy complicado... Y no, no te engañes, puedes hacer los diseños más maravillosos del mundo, pero yo estoy bien así, no me convencerías. Aunque no lo creas me alegra leer que estás cumpliendo tu sueño y trabajando duro para conseguir siempre más. Carol está muy bien, creo que Javier la complementa, a veces se llevan como el perro y el gato, pero... están hechos el uno para el otro, eso se ve. Y a mí me gustaría tener alguna vez ese brillo en la mirada que ellos tienen cuando se miran. Ah, no... que yo ya lo tuve al mirarte a ti. Sólo faltó que tú me miraras de la misma manera. Todo me va genial, que digo genial, me va de puta madre, no duele, ya no duele que te marcharas, no duele absolutamente nada. Si no sabes de mí es porque no quieres, yo sigo en el mismo sitio de siempre, pero supongo que cada uno tiene su lista de prioridades y a la vista están las tuyas, pero no importa, lo comprendo, cada uno hace su vida y los caminos se separan, no hay problema por eso. Y sí... Yo también te quiero, pero voy a dejar de hacerlo.>

Y ahora sí que estaba todo dicho, yo con esta no respuesta tengo más que suficiente para atreverme a pulsar el botón.

¿Está seguro de que desea eliminar este mensaje? Sí. Mensaje eliminado.

Eliminado. Cómo debería estar ella de mi vida. Es la única forma de olvidarla. Si ella no está todo es mucho más fácil.

De pronto la sensación de paz y serenidad que sentía vuelve a abandonarme de nuevo. No quiero ser el Cristian en el que me he convertido estos últimos meses, sé que le he prometido a mi padre que voy a volver a ser yo, pero... todavía no es el momento.

Olvido mis últimos planes, olvido las ganas que tengo de darme una ducha de dos horas si es necesario, olvido que quiero meterme en la cama hasta que me despierte por pérdida de conocimiento, olvido que he prometido volver a ser yo.

Aún con el teléfono en la mano, marco su número y me responde al instante.

—¿Dónde cojones te metiste ayer? —Me reprende Rubén.

—Ni lo sé. Me he despertado en casa de una chavala.

—¿Qué suerte la tuya! Una rubia de piernas interminables. Lo imaginaba, os vi salir juntos del local. La tengo vista de otras noches, para mucho por allí.

—¿Ah sí? —pregunto con ciertas ganas y curiosidad.

—Sí, pero... —hace una pausa— no me digas que te apetece tirarte a la misma tía dos veces seguidas.

—Teniendo en cuenta que no me acuerdo de nada, imagino que lo de ayer no cuenta. —Río ante mi respuesta.

—Menudo golfo. ¿Qué has hecho con mi amigo de toda la vida? No te reconozco.

—Creo que ese se marchó a miles de kilómetros. En España sólo quedan unos cuantos pedazos. — Oigo como resopla al otro lado de la línea y antes de ponerle en mi contra, zanjo el tema indicándole hora y lugar.

Nos veremos esta noche en Coold Beer, a las once. Si la suerte está de mi lado, quizá vuelva a encontrarme a la chica rubia con la que he pasado la noche. Un clavo saca otro clavo, ¿no? Al menos eso dicen.

3

ENCUENTROS... ¿CASUALES?

Llego a casa decidido a arreglarme y me encuentro a mi hermana sentada en la cocina cenando con mis padres.

—¡Carol! ¿Qué haces aquí? —Le pregunto al encontrármela.

—¿Yo? Si lo raro es que estés tú por aquí. Últimamente tengo que echar una instancia para verte.

—Avísame con algo de tiempo, quedamos y pasamos el día juntos. Que desde que te has echado novio... Tienes muy poco tiempo libre.

—Idiota. Llevo aquí todo el día. He venido a echarle una mano a mamá, pero ya mismo me voy a mi casa, eso sí, mañana vuelvo con Javier a pasar por aquí el fin de semana, por si te interesa vernos.

—Yo también te quiero. Bueno, que aproveche, os dejo que he quedado a las once y todavía tengo que ducharme, arreglarme y cenar algo.

—Tenía la esperanza de que cenaras con nosotros. —dice algo tristonza.

—No puedo... Te prometo que te llamo mañana ¿vale?

Asiente con la cabeza sin decir nada más, mis padres no se meten en nuestra conversación, ambos prefieren mantenerse al margen de los cambios en nuestras vidas, no quieren involucrarse demasiado, y es que nosotros sabemos a ciencia cierta que si algún día les necesitamos ellos estarán ahí.

Tengo una hora para relajarme bajo el agua hirviendo que ahora sale del grifo de mi ducha. Nadie sabe cuánto necesito sentirlo, adoro esta sensación y, es que siento como cada una de las gotas que impacta en mi piel me limpia más por dentro que por fuera, me ayuda a eliminar todos y cada uno de los recuerdos que me martirizan desde hace cuatro meses, me ayuda a sentirme libre, me ayuda a olvidar su olor, su mirada, el roce de su piel... Me ayuda a vaciar todo lo que tengo dentro para dejar espacio a algo nuevo, a algo que me haga sentir vivo otra vez.

Vaqueros oscuros, camiseta blanca de manga corta, básica y adherida al cuerpo, deportivas y cazadora de cuero. Listo para otra noche más.

Llego unos minutos tarde, Rubén ya está dentro sentado en la barra con Diego y Eric.

—Míralo. El principito siempre haciéndose de rogar.

—Sólo me he retrasado quince minutos.

—Quince minutos que te llevamos de ventaja. Ya llevamos dos birras más que tú. —comenta Diego dándome un golpe en el brazo a modo de saludo.

—Así os ganaré con más facilidad. ¿Futbolín o billar? —pregunto.

Ninguno contesta porque para que elegir pudiendo hacer las dos cosas. Empezamos por el futbolín, claro está, calentando motores.

Me niego a ser la pareja de Rubén. No he visto tío más malo utilizando a esos pequeños jugadores de madera, si juega delante no mete ni un triste gol, siempre da más vueltas de las necesarias a la barra y cuando quiere darse cuenta la bola la tiene el equipo contrario, y si se pone detrás es incapaz de utilizar el portero como Dios manda y nos las cuelan absolutamente todas. Así que elijo a Diego.

Primera partida ganada, 7-2. ¿Para qué cambiar de pareja si Diego y yo funcionamos de puta madre?

Empezamos de nuevo, esta vez los perdedores se implican más, nosotros concentrados y ellos encabronados por la derrota anterior nos lo pusieron mucho más difícil, tanto que enfrascado en la partida no me doy cuenta de que hay alguien aquí que no me quita el ojo de encima.

Consigo meter la bola que se resistía a entrar, pero finalmente lo hace. Es el desempate, el gol que nos hace ganadores de nuevo a Diego y a mí. Rubén y Eric se van frustrados a la barra a por otra cerveza, mientras nosotros esperamos apoyados en el futbolín con una sonrisa de suficiencia en nuestras caras.

Noto su presencia, su descaro y sus ganas. No me da tiempo a reaccionar cuando siento todo su cuerpo pegado a mi espalda, su aliento en mi nuca y su mano manoseándome el culo. No me giro, esperando a que ella de algún paso más o decida decir alguna palabra.

—Hola, no recuerdo tu nombre, pero no podría olvidarme de ti jamás.

Entonces sí que me doy la vuelta y, para mi desgracia recuerdo muchos momentos de la noche anterior, no me malinterpretéis, no son recuerdos desagradables en absoluto, todo lo contrario, pero había olvidado el detalle de esa mirada azul que ahora se centra únicamente en mí.

—Cristian. —respondo entre tenso y divertido.

—Soy Catalina. ¿Te acuerdas de mí? Esta mañana te has ido demasiado pronto, no me ha dado tiempo ni de apuntarte mi número de teléfono por si querías llamarme algún día.

—No lo hubiera hecho, así que no le des importancia a algo que no la tiene.

—Vaya... vas de tipo de duro.

—En absoluto. Soy un soñador, me gustan más los encuentros casuales, los que por cosas del destino te enfrentan a ciertas situaciones.

—¿Te apetece que sea tu situación de esta noche?

Es guapísima. Tiene un cuerpo espectacular. Rubia, aspecto inocente, rostro angelical... Pero está demostrando que detrás de su aspecto hay una chica muy segura de sí misma, traviesa, con ganas y sin miedos, descarada y sexual, muy sexual.

—No estoy tan loco como para decirte que no. ¿Te apetece tomar algo?

—Una caña. —se gira hacia los demás, no se siente intimidada por nuestras atentas miradas. Demuestra seguridad creando un momento que, aunque tenga espectadores no lo parece en absoluto.

— Lo siento chicos, os lo robo un rato si no os importa.

Ninguno dice nada, simplemente asienten y yo permito que coja mi mano para llevarme hasta donde ella quiera.

Pago las cañas y sonrío. Me parece una situación surrealista, no estoy acostumbrado a encontrarme con chicas tan decididas y con las intenciones tan claras y al descubierto. Durante los últimos meses he conocido a chicas de todas las edades, rubias, morenas, pelirrojas, castañas... He estado con ellas sin importarme nada más que mis ganas, todas, absolutamente todas, eran demasiado predecibles, todas me miraban como si fuese el príncipe que iba a rescatarlas de su castillo, el príncipe que les iba a hacer vivir una historia de amor maravillosa, pero se equivocaban... Hace tiempo que dejé de creer en los cuentos de hadas.

—Me ha gustado despertarme y no encontrarte en casa. —Me suelta sin más. Por un momento me parece ver otra mirada en su rostro, agradecimiento tal vez. La sonrisa pícaro que le ha acompañado todo este tiempo ha desaparecido.

—Y a mí me gusta que hayas sabido encajarlo y no te haya sentado mal. Es raro.

—¿Tú crees? No me gusta sentir cómo un hombre invade mi espacio. Normalmente tengo que pedirles que no se queden a dormir.

—Yo me quedé.

—Sí. Ni yo misma entiendo como he permitido que cruzaras esa barrera, supongo que me hiciste sentir que eras diferente, que eras... como yo.

—Y, ¿cómo eres? —Esta conversación se pone cada vez más interesante.

No responde y con sus ojos clavados en los míos acerca el botellín de cerveza a sus labios y bebe. Nunca antes ese simple gesto me había puesto tan cachondo, algo dentro de mi pantalón ha empezado a despertarse.

—Soy una persona a la que han hecho daño en más de una ocasión. Un pasado algo tormentoso. Soy alguien que no permito que los hombres entren en mi vida para quedarse. Soy una chica que no quiere ni busca nada más que un buen rato de sexo en buena compañía, una chica a la que le gusta disfrutar de su cuerpo y sentirse viva. Y para eso no es necesario creer en el amor.

—Entonces puede ser que tengamos un par de cosas en común.

Vuelvo a pensar en ella, en Claudia. En el maldito amor, en las mariposas de los cojones que engañan más que aletean sus alas. En lo mucho que he sufrido a lo largo de los años por verla en brazos de otro, en los momentos que compartimos juntos, en la complicidad que fugazmente hubo entre los dos. En sus labios pegados a los míos, en los últimos meses compartidos, en cómo su confusión alimentó mis ilusiones y las ganas de quererla todavía más. En cómo dolió ver que su elección era otra persona. En cómo noté como me desgarraba por dentro al saber que se iba. Y vuelvo a sentirlo, vuelvo a sentir como me rompo por dentro, vuelvo a pensar que nunca más podré sentir por nadie lo que he sentido por ella. Vuelvo a notar lo mucho que duele y lo mucho que escuecen ciertas heridas.

—Por estos segundos en los que te has quedado ausente intuyo que más que un par de cosas. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—Ella. —dice sin más, con una seguridad que me deja fuera de combate.

—¿De verdad importa?

—No. Supongo que no, pero si algún día quieres compartir cómo te sientes, estaré aquí. Probablemente pueda entenderte sin mucho esfuerzo. Yo también sé lo que es amar a alguien con locura y amar de esa manera no es sano, te olvidas de ti mismo.

No freno mis ganas, esta chica es especial. La beso, poniendo mis manos en su cintura y la atraigo hacia a mí. Nada me importa más que saciar mi sed, llevo mucho rato observando sus labios, son jugosos, incluso sin darse cuenta, en ocasiones, deja pasear su lengua por ellos haciéndolos todavía más apetecibles, despertando aún más mi ansia.

Ella me agarra del cuello, devolviéndome un beso hambriento y desinhibido, pegándose a mí, rozándose contra el prominente bulto que ha

despertado sin remedio y sin ganas de ocultarse, demostrándome que es capaz de apagar los fuegos que arden en mi interior y de calmar el dolor que provocan viejas heridas.

—Vamos a mi casa. —dice entre jadeos.

—¿Ya? —Sonreí.

—Ya. Así podemos tenernos y disfrutarlos más rato que ayer.

Asiento, es demasiado obvio que los dos queremos lo mismo y es demasiado absurdo posponerlo para dentro de unas horas, los dos sabemos cómo va a terminar la noche, los dos queremos más y ninguno tiene intención de saciar sus ganas con otra persona.

Salimos del local como dos adolescentes, cogidos de la mano y acelerando el paso. Cuando salimos por la puerta nos golpeamos de lleno con una tormenta ensordecedora. Llueve a mares, pero no nos importa. Ella me insta a correr bajo el agua hasta resguardarnos dentro de su coche y es entonces cuando nuestras miradas se encuentran de nuevo y ella rompe a reír.

Su carcajada me llena de vida. Permito que su risa me invada y decido relajarme, decidiendo que quizá lo mejor sea dejarme llevar.

Sólo hay un pequeño inconveniente y es que sus ojos azules reviven a un fantasma del pasado.

4

TORTURA AZUL

No hablamos en todo el trayecto. Dejamos que nuestros pensamientos se fundan con el repiqueteo de la lluvia contra el cristal. Hay un momento en el que siento cierta curiosidad, por saber que está pasando, pero esa curiosidad se disipa mucho antes de que me decida a preguntar. Aparca el coche, me mira y se lanza a mis labios.

—Necesito sentirte dentro de mí.

Conduzco su mano hasta mi abultado pantalón. No hace falta que diga nada más, yo también necesito introducirme en ella. De hecho, desde que nuestros labios han entrado en contacto esta noche es lo único que deseo. Sólo quiero quitarle la ropa, saborearla, disfrutar de su cuerpo y sentir la humedad de su sexo envolviéndome. Voy a repetir con ella esta noche, con una pequeña diferencia, mañana sí que me acordaré de todo y algo me dice que seguramente querré seguir viéndola.

—Vamos para arriba. —susurra.

Salgo del coche y ella viene a mi encuentro. Da un salto y se agarra a mí, envolviendo mi cintura con sus piernas y mi cuello con sus brazos, sus manos reparten caricias mezcladas con pequeños tirones de pelo. Su lengua no me da tregua, la siento en mi boca, recorriendo cada rincón como si fuese suya, como si lo hubiera hecho muchas veces antes, se maneja con mucha facilidad, como si mi cuerpo fuese el suyo propio.

—No recuerdo cuál es tu portal. —digo sin dejar de besarla y caminando con ella en brazos.

—Aquel de allí, el número cuarenta y dos.

No la suelto aunque es un poco incómodo caminar con ella encima sin saber muy bien dónde piso, pero me compensa sentir su calor. Hace mucho tiempo que nadie despierta esto en mí y quiero sentirlo todo el tiempo que sea posible.

Abrimos la puerta como podemos, nuestros cuerpos prácticamente son uno, nuestras lenguas se funden, nuestras salivas fusionan sus sabores, nuestras manos viajan libremente por el cuerpo del otro, las caricias son más intensas, los besos más húmedos, los roces mucho más salvajes y las ganas...

Totalmente desenfrenadas. No llegamos al dormitorio.

Estampo su espalda contra la puerta, le permito bajar, para así poder desprendernos de nuestra ropa, no lo pensamos dos veces, nos deshacemos de ella con urgencia mientras no dejamos de besarnos. Me separo un poco para poder colocarme uno de los preservativos que llevo en la cartera. Soy rápido, tanto que antes de que se dé cuenta, ya la tengo cogida de nuevo por debajo de los muslos, sosteniéndola en el aire como puedo mientras guio mi polla hasta su entrada. Está húmeda, preparada para mí. Entro en ella con facilidad y creo morir de placer, hemos calentado demasiado el ambiente y hundirme en ella es un gran alivio.

La embisto tantas veces como quiero, olvidándome de todo, sólo pensando en mí, sólo siento el deseo carnal de correrme y sentir ese placer devastador, hasta ahora he tenido mi frente apoyada en su hombro y me encuentro perdido en sus jadeos, que salen de su boca para terminar en mi oído, pero entonces ella atrapa mi cara con sus manos, haciéndome levantar la vista, clavando su mirada en la mía, obligándome a encontrarme con esos ojos azules... Y entonces me corro, me corro viendo a alguien que no es Catalina.

—Sigue mirándome. —susurra. Hemos llegado al clímax, pero necesitamos un poco más, necesitamos seguir sintiendo ese hormigueo que se mantiene unos segundos después, ahoga su placer en mi boca y eso me gusta, es mucho más sensual de lo que ella es capaz de imaginar.

Aguantamos así un par de minutos, con nuestros cuerpos empapados en sudor, yo dentro de ella, todavía la sostengo entre mis brazos, permitiéndome deslizar mis manos por su espalda, dejando que un sinfín de caricias recorran su piel, una piel suave y ardiente.

Vuelve a mirarme, vuelvo a perderme en el azul de su mirada, vuelvo a caer rendido, empiezo a volverme loco y esto no ha hecho más que empezar, no sé qué es lo que me lleva a la locura, si el presente o los fantasmas del pasado.

Esa mirada azul turquesa va a ser mi tormento.

Es extraño. La situación en sí es extraña, ya hemos follado, ya ha habido sexo. Entonces... ¿Por qué sigo aquí? Mientras ella se da una ducha rápida, yo me lavo un poco, son situaciones demasiado íntimas para compartir con alguien que acabas de conocer, pero esta chica tiene algo diferente, me hace sentir bien. Vuelvo a oír al Cristian de antes, al de siempre, muy muy leve, pero siento que está ahí y que ella puede ayudarme a traerlo de vuelta.

—¿Te apetece una copa? —Me pregunta al salir del baño.

—No, tranquila. Además, iba a marcharme ya, se hace tarde.

—Cristian. Mañana es sábado, déjate llevar, deja que todo surja como tenga que surgir, no forcemos la situación, pero tampoco huyamos de ella. No me importa que te quedes un rato más, incluso me apetece.

—¿Estás segura?

—Sí. Que te quedes un rato no significa que tengas que quedarte a dormir conmigo. Tenlo claro.

Lo suelta como un dardo envenenado, pero suena cargado de cariño. Me guiña un ojo y los dos nos echamos a reír.

—Eres distinta. —Lo suelto sin pensar.

—¿A quién? —Suena extrañada.

—A las demás. No sé si sabría explicarte exactamente el porque me pareces diferente, puede que me esté equivocando, pero eres aire fresco.

—Creo que yo sí sabría explicarte el porque te parezco diferente. Es más simple de lo que crees, no babeo por ti esperando que seas tú quien venga a buscarme porque únicamente busco ratos como el que me acabas de dar sin esperar ninguna promesa de amor eterno por tu parte y eso te hace sentir libre y te da tranquilidad. Porque no creo en el amor, ya no, al igual que tú. Porque no hay presiones, porque dejamos que fluya, porque aparecí en tu vida ayer y puede que mañana ya no esté. Tanto para ti como para mí es muy cómodo saber que ambos nos sentimos de la misma manera, que todavía sentimos ese dolor, que sabemos que quedan astillas clavadas en nuestro interior que escuecen demasiado y si el rato que estás conmigo te olvidas de eso y soy capaz de aliviarte, aunque sea un poco, esa sensación, me basta. Y ahora, toma tu copa, la ginebra lo cura todo.

Me ha dejado sin palabras, pero tiene razón, es muy cómodo saber que ella no espera más de mí, no hay presiones, no hay esperanza, no hay una futura historia de amor compartida porque ambos nos resignamos a eso. Ya habíamos creído suficiente por ahora en el maldito amor. Y la verdad, ya he abierto los ojos y me he dado cuenta de que está sobrevalorado.

Pone música de fondo y nos sentamos en el sofá. Oigo un ruido extraño que llama mi atención.

—¿Qué narices ha sido eso?

Estalla en carcajadas, imagino que por mi cara de asombro y de alerta al mismo tiempo.

—Tranquilo. Es Eevee, mi gata.

—¿Dónde está?

—No le gusta la gente. Odia las visitas, así que cada vez que me ve llegar con alguien se queda “encerrada” en mi habitación.

—Vaya... que gata más simpática. —digo irónico— Menos mal que las prisas no me han dejado llevarte a la cama, si no hubiera salido de aquí herido, sin saberlo, me hubiera adentrado en la boca del lobo.

Los dos reímos, me siento cómodo hablando con ella, me pica la curiosidad, me apetece saber más, que me cuente algo de su vida, como por ejemplo quien ha sido el capullo que le partió el corazón y le ha obligado a ser la persona fría que se supone que es hoy día.

—¿Me lo contarás algún día?

—¿El qué? —dice sorprendida.

—Lo que pasó. Quién te hizo daño y cuánto hace de ello.

—No creo que sea necesario que hablemos de esas cosas ¿no crees? ¿Tú me lo contarás?

Buena pregunta. ¿Algún día estaré preparado para hablar con otra mujer de todo lo que sentí por *ella*? ¿Sería capaz algún día de recordar todos y cada uno de los días que compartimos sin que duela?

—No lo sé. Quizá si nos seguimos viendo acabe explicándote más cosas, de las que hoy mismo creo que te explicaría.

Y sin querer, en esa frase se esconden las ganas de verla de nuevo, la estoy invitando a entrar en mi vida. Me doy cuenta cuando sus ojos se abren un poco más de la cuenta al escucharme y tarda en responder. Pero ya lo he dicho, ya no puedo hacer nada al respecto. Cuando las cosas surgen así, sin más, es mejor no frenarlas.

—Pues entonces lo iremos viendo. Quizá algún día yo también te lo cuente.

Me gusta su respuesta. No cierra la puerta y eso me hace sentir diferente a los demás y, quizá sin querer, haya encontrado a la persona que va a rescatarme.

—Por cierto...

—Dime. —responde con el ceño demasiado fruncido.

—Eevee. No te creas que voy a pasar por alto el detalle de que le pongas a tu gata el mismo nombre que un Pokémon.

Su cara se relaja al instante y me propina un golpe en el brazo, un intento de puñetazo que con la risa es bastante flojo. Esta vez los dos estallamos en carcajadas y nos sentimos aún más cómplices si cabe.

—Que te hayas dado cuenta sólo me deja una cosa clara machote.

—¿Ah sí? ¿Cuál?

—Que eres tan friki como yo.

Y así, creando un vínculo que no teníamos intención de crear, pasamos las horas, hablando un poco de todo en general y de nada importante que pueda ensombrecer este momento, me dejo llevar por su sonrisa y ella se deja cautivar un poquito más, ambos suprimimos muchas de las barreras que habíamos forjado a nuestro alrededor y, entre risas, besos y caricias, el primer rayo de sol entra por la ventana, avisando de que está a punto de empezar un nuevo día y que quizá no hayamos pasado la noche durmiendo juntos, pero que esto es mucho más que dormir.

5

LO PROMETIDO ES DEUDA

Vale, sí, se nos ha ido de las manos. La noche ha pasado sin darnos ni cuenta. Cuando el sol ha decidido demostrarnos que se ha terminado nuestro momento Catalina me ha invitado a desayunar y mientras ella prepara el café, yo he bajado a por churros, las calorías las quemaremos después, y creo que no hace falta que os diga cómo.

Son las once de la mañana cuando cruzo la puerta de casa más que agotado. Necesito ducharme, dormir y descansar, debo reponer fuerzas. Tengo la inmensa suerte de que no hay nadie en casa, cero conversaciones, cero golpes, cero ruidos. De vez en cuando resulta que soy un tipo afortunado.

Caigo en la cama, rendido. No, no he pasado por la ducha, me he sentado un momento y sin quererlo he perdido el conocimiento.

El sonido atronador de la melodía de mi móvil no tarda en despertarme.

—Hola. —contesto de manera automática, no he mirado ni quien llama.

—¡Cris! ¿Todavía estás durmiendo? —Reconozco la voz de mi hermana en el mismo instante en que abro la boca.

—Sí. Todavía...

—Pues levanta que estoy llegando a Elche.

—¿Y...?

—Pues que íbamos a pasar el fin de semana juntos.

Mierda. Lo dije, es verdad. Pero no habíamos concretado nada, y mucho menos que sería un fin de semana intensivo, no pensaba que vendría sin haber vuelto a hablar de ello, tampoco esperaba que quisiera hablarlo tan temprano.

—¿No dices nada?

—Sí. Que en cuánto llegues me levanto, estoy muerto Carol. Acabo de llegar a casa.

—Menos mal que Javier tiene el fin de semana libre y se ha escapado conmigo.

—Pues sí, así podéis pasar un fin de semana romántico, pasear por la playa, comer en algún garito una buena paella, tomar unas cañas... Ya sabes,

lo que hacen las parejas enamoradas.

—Captado. ¿Quedamos para merendar?

—De puta madre. Haré el gran esfuerzo de levantarme antes por ti. Para que veas lo mucho que te quiero.

—Preferiría que no me quisieras tanto. Nos vemos después.

Colgamos y agradezco al bendito destino que haya dejado libre a Javier para este viaje. Pongo la alarma a las cuatro, dormir cinco horas no es mi gran plan para hoy, pero tendrán que ser suficientes para volver a ser persona.

Abro los ojos cuando suena la maldita alarma, pero mi cuerpo no quiere responder, no quiere levantarse, no quiere hacer ningún tipo de esfuerzo más que el darse la vuelta en la cama mil veces si es necesario para encontrar la postura más adecuada. Por eso mi cerebro tiene que ser firme y mandar las órdenes adecuadas al resto de mi organismo para que empiece a funcionar.

Me doy una ducha, una de esas que te hacen cobrar el sentido, agua más bien fría y no demasiado larga, necesito espabilarme y es la mejor manera.

Me visto rápido, unos vaqueros, mis deportivas y una camiseta de manga corta, despeino un poco mi pelo con uno de esos productos de efecto mojado y listo. No es por fliparme, pero ya estaba perfecto para enamorar a cualquier damisela en apuros.

—Ahora sí, supongo. Buenos días hermanito. —contesta rápido, al segundo o tercer tono.

—¿Dónde estáis?

—En la playa, estamos en El Carabassí. Ahora justo terminamos de comer, se nos ha hecho un poco tarde, ya mismo vamos para casa.

—Entonces os espero aquí. Un beso.

—Un beso, hasta ahora.

Tengo tiempo de relajarme un rato, no tengo ni idea de donde se han metido mis padres, juraría que no han pasado por casa en todo el día, pero no es algo demasiado preocupante, así que me dejo caer en el sofá y antes siquiera de encender la tele, una mirada azul cielo me atormenta por completo, mi cerebro recrea la imagen sin pudor alguno, clara y nítida como si la tuviera delante y eso... eso sí que me preocupa.

Me preocupa no saber a quién de las dos pertenece, tienen los mismos ojos, el mismo color, prácticamente la misma forma de mirar... Seguramente haya millones de miradas distintas en el mundo, pero yo soy así de "afortunado" y entre todas ellas tengo que encontrarme con una que me atormenta y me ilusiona a partes iguales. Quizá ese sea mi destino. Quizá esté

destinado a no olvidarme nunca de *ella*.

Y me pierdo en mis propios pensamientos, tanto que cuando quiero darme cuenta mi cuñado me da una colleja para hacerme volver a la realidad.

—Tío que estás en babia.

—¡Joder! ¿Ya estáis aquí?

—¿Ya? Ha habido un accidente y hemos estado media hora parados en la carretera. Son las seis y media.

Ha pasado más de una hora. Últimamente el tiempo se está cebando conmigo y mi cabeza es su gran aliada, ha permitido que me pase todo este rato vagando por mis recuerdos, reviviendo cada momento, pero también me ha mostrado a Catalina tendiéndome la mano, intentando ayudarme a salir y casi lo consigue, pero cada vez que nuestros ojos se encontraban, me desprendía, la soltaba, el contacto de su piel con la mía ardía, ardía de tal forma que me obligaba a soltarla, volviendo a caer a la oscuridad de ese maldito pozo.

—¿Qué le pasa? Javier, esto no es normal. —es la voz de Carol— ¡Cris! ¿Me oyes?

—Sí, sí. Perdona, es sólo que me he quedado traspuesto, he dormido poco, eso es todo.

Veo cómo se miran entre ellos. Ella preocupada y él intentando consolarla en silencio. Nunca he visto a nadie con tanto entendimiento, no he conocido una pareja que se compenetre como ellos dos, jamás había visto a Carol mirar de esa forma a Marcos.

Eso es lo que yo quiero, yo también quiero encontrarlo.

—Cristian... Podrás engañar al resto del mundo, pero a mí no. ¿Qué ocurre? —Ella habla primero.

—Cualquier cosa estamos aquí. Voy a por un par de cervezas y nos lo cuentas. —Continúa Javier.

¿Qué quieren saber? ¿Qué han notado en mí? Hay una clara evidencia, todos sabemos el día en que mi personalidad decidió hacer un cambio, es absurdo darle más vueltas.

—Y... ¿Bien?

Se acabó. Soy incapaz de aguantar otra vez un interrogatorio de tercer grado, estoy harto, llevo demasiado sin hablar del tema, llevo cuatro meses evitando cualquier tipo de conversación, pero está claro que ellos no se van a rendir, así que tendrán respuestas. No voy a callar más.

—¡Nada está bien! ¿No lo entendéis? No consigo sacarla de mi cabeza,

no consigo olvidarme de ella, no consigo dejar de quererla. —grito desenchajado en un primer momento, pero prosigo con un suspiro, totalmente abatido— Y si soy incapaz de conseguir eso, seré incapaz de ser yo mismo.

Ninguno de los dos dice nada, no me quitan la vista de encima, no se esperaban esta reacción por mi parte, imagino que es más fácil pensar que voy a seguir callando todo lo que llevo dentro como he hecho hasta ahora.

—Cris... Pensaba que estabas mejor, pensaba que habías conseguido olvidarla. Últimamente no paras por casa, has retomado tu vida, sales con Rubén, conoces a chicas... Pero hasta hoy no había visto esa mirada en ti. Algo ha cambiado.

—¿Sabes el que? Que tu querida amiga me escribió hace dos días. Sí. Me escribió respondiendo al que me prometí a mí mismo que sería el último mensaje que le enviaba ya que ninguno de los anteriores recibió contestación por su parte. Me escribió para decirme que la vida en Los Ángeles no le deja tiempo para nada, para decirme que no nos preocupemos porque Borja la cuida y también dejó muy claro que está muy enamorada y que no se arrepiente de su decisión. Y para colmo lo termina diciéndome que me quiere y preguntándome por vosotros como si así pudiéramos mantener una conversación normal.

—Han pasado muchos meses Cristian, ninguno de nosotros somos capaces de elegir lo que siente el corazón, él va por libre. Y ella te quiere mucho, lo sabes tú y lo sabemos todos, no seas tan duro... A veces en la vida hay que pasar página. Estoy segura de que lo que te espera más adelante le va a dar mil vueltas a todo lo que has tenido hasta ahora.

—Tienes que olvidarte de ella. —dice Javier muy serio. Por un momento he olvidado que también está aquí.

—¿Cómo?

—Sé frío Cristian. Piensa en ti, sé egoísta si es necesario. Conoce chicas, no te enamores, no quieras sentir nada más allá, disfruta de la vida, viaja, sal con tus amigos y rodeate de gente nueva.

—¿Ese es el mejor consejo que puedes darle? —Le pregunta mi hermana.

—Es el único que he puesto en práctica y el único que me ha funcionado. Porque cuando te comportas así no le das el poder a nadie para que te haga daño, y cuando menos lo esperas, de repente aparece alguien que te hace vibrar de nuevo, alguien a quien tú no quieres dejar entrar en tu vida, ni quieres prometerle amor eterno, pero entra y se queda para siempre porque

forma parte de tu destino.

Otra vez ese brillo en sus ojos, en los de ambos.

—Creo que ese es otro de mis problemas. He conocido a alguien.

—Pero eso no es un problema. Es genial, es genial que conozcas a una persona capaz de aportarte todo lo que necesitas. ¿Cómo se llama?

—Catalina. Es diferente a las demás. Tiene algo que me gusta, casi no nos conocemos, pero hay algo que hace que quiera verla otra vez.

—Pues llámala y queda con ella, te irá bien.

—Siento pensar diferente Carol —dice Javier— pero creo que no debes centrarte en una sola mujer, no puedes empezar algo con alguien si tu corazón pertenece a otra persona, déjate llevar, pasa todos los buenos ratos que esté dispuesta a regalarte, pero después... no pienses en amor. Es absurdo.

—Antes has dicho que nunca se sabe, que a veces una persona entra en tu vida y es tu destino. —responde Carol.

—Pero eso sólo lo dirá el tiempo. También he dicho que sea frío y que sólo piense en él. No lo olvides.

—Sólo hay un pequeño inconveniente. Algo que me ata a ella, algo que me atrae como a un imán, pero es algo que a la misma vez me tortura más de lo que me gustaría admitir.

Se quedan callados, observándose, esperando que continúe. Ya no me queda otra opción, tengo que decirlo en voz alta para poder enfrentarme realmente a ello.

—Tiene los ojos azules. Irremediablemente me pierdo en su mirada y mi cabeza me juega malas pasadas, mi cerebro me hace perder el control y hay momentos en los que dejo de estar con Catalina para estar con Claudia. Y es un gran problema.

Por fin he vuelto a decir su nombre, por fin he sido capaz de pronunciarlo y por fin estoy siendo valiente enfrentando la verdad. La única manera de aplacar tus miedos siempre es enfrentándote a ellos.

6

FIN DE SEMANA EN FAMILIA

—Cris... —susurra Carol dulcemente— No puedes pasarte toda la vida enamorado de una persona que no siente lo mismo por ti, no puedes permitirte el lujo de querer a alguien de esta forma, no puedes querer incondicionalmente. No puedes hacerlo porque ella ya no está. Tienes que hacer algo, cualquier cosa, lo que sea. Queda con Catalina, llámala, sal a tomar una copa, invítala a cenar, al cine, no lo sé...

—No lo hagas. Sería una pérdida de tiempo.

Mi hermana mira mal a Javier, muy mal. Cada uno tiene una opinión totalmente distinta a la del otro, y yo estoy dispuesto a escucharlas, pero luego... probablemente haré lo que me dé la gana.

—No entiendo porque tienes que aconsejarle lo contrario a lo que yo diga Javier, me estás poniendo nerviosa.

—No sabía que ahora no podía darle mi propia opinión, perdona.

—No es eso, pero es que le estás dando unos consejos de mierda. ¿No te das cuenta?

—Serán consejos de mierda para ti. Pero déjame decirte que las historias de amor que veías en las películas cuando eras cría y las que leías cuando eras adolescente, no existen. Despierta de una puta vez Carol.

—¿Qué insinúas? —Le responde algo cabreada.

—No es una insinuación, es la realidad. Tu hermano está loco por Claudia, cosa que por cierto todavía no entiendo —añade dirigiendo hacia mí su mirada unos segundos— y hasta que no lo supere no puede centrarse en otra persona. Necesita pasar tiempo solo, saber lo que quiere a partir de ahora, lo que busca en una mujer y, ante todo, quererse a él mismo.

—Que filosófico, perdone usted Sr. Aristóteles.

—Estás un poco tontita Carolina y me estás empezando a sacar de mis casillas.

—Bueno, vale ya, no discutáis ahora. La cuestión es que tengo un gran problema, básicamente porque tome la decisión que tome, sólo hay una cosa clara y es que tengo que olvidarla. —digo por fin.

—Menos mal que queda algo de sentido común en esta familia.

Carol se levanta del sofá, fulminando a Javier con la mirada reprochándole este último comentario y sale del salón bastante molesta. Así que imagino que me espera un fin de semana “amoroso” en toda regla.

Javier sonrío de medio lado con ese gesto tan suyo, ella seguramente estará más enfadada que el mismísimo diablo, él, sin embargo, se ríe por haberla hecho rabiar. Lo que os digo, a veces se llevan como el perro y el gato, ni contigo ni sin ti, pero supongo que así es el amor y que esto es lo que yo quiero... Aunque cada vez tengo más dudas sobre si quererlo o no.

Me escabullo sin pedir permiso, me encierro en mi habitación unos minutos. Necesito hacerlo, abro la caja que tengo encima del armario, encontrándome de nuevo con ella.

Tengo guardadas doce fotos, doce fotos que resumen gran parte de nuestra vida y de nuestra historia, en todas está preciosa y en todas yo derrocho amor por cada poro de mi piel. No entiendo cómo puedo quererla tanto... Nunca fue capaz de devolverme lo mismo y, aun así, ella siempre va a ser el amor de mi vida.

Quiero deshacerme de estas malditas fotos, de esta maldita caja que lleva impregnado su olor y grabado su nombre, pero no puedo. Y no puedo porque, aunque quiera olvidarla, no quiero eliminarla de mi vida. Alguien me dijo una vez que somos nuestros recuerdos y, que nos guste o no, cada uno de ellos, mejor o peor, nos convierte en la persona que somos, y debo asumir que los más importantes nunca puedes olvidarlos.

Pero hay un plan establecido, dejarse llevar. Así que desconecto mi cerebro para impedir que me vuelvan a invadir ciertos recuerdos e imágenes y apago mi mente.

Quizá Carol tenga razón y merezca darme una nueva oportunidad. Catalina es una gran candidata y estoy dispuesto a dejarla entrar en mi vida. Me apetece volver a verla, pero no va a ser fácil, puesto que tendré que esperar que el destino haga de las suyas, o encontrarla por ahí, como una bonita casualidad, porque nosotros teníamos tan pocas intenciones de nada que no nos hemos dado ni los números de teléfono.

Vuelvo a abajo sin avisar, casi sin hacer ruido. Maldita la hora, encontrándome a mi hermana sentada en la encimera y a Javier delante comiéndosela a besos. Una imagen que prefería borrar de mi cabeza inmediatamente.

No entra en mis planes ver cómo estos dos se ponen retozones, de eso estoy seguro.

Carraspeo queriendo hacerme notar.

—No sabíamos que estabas aquí, perdón. —Se echan a reír, recordándome a un par de críos de instituto.

—¿Dónde están papá y mamá? No los he visto en todo el día.

—Hoy salían a comer con María y su marido.

—No tenía ni idea. ¿Os apetece cenar fuera? ¿O tenéis otro plan?

—Cenamos fuera. Llamaré a mamá, que seguro que les gustará venir. Además, nosotros mañana después de comer nos marchamos para Valencia y a este paso me voy a ir con la sensación de no haberos visto casi.

A mí no me queda otra que encontrarme con Catalina en cualquier lugar, así que, mientras tanto, voy a disfrutar de los míos.

Cenamos en uno de los asadores de carne más famosos de la provincia, a todos nos apetece un buen chuletón a la brasa.

—¿Cómo está María, mamá? —pregunta Carol.

—Un poco floja. La quimioterapia, de momento, está dando buenos resultados y eso le mantiene el ánimo a flote gracias a Dios.

—Menos mal... ¡Cuánto me alegro! ¿Y en la Biblioteca?

—Nada. No quieren llamar a nadie y no lo entiendo la verdad. Hay días que tengo muchísimo trabajo.

—Ya podrían llamarme a mí, total, es algo temporal, lo sé y lo asumo.

—También podrías bajarte del burro al que te subiste hace unos meses, dejar de ser tan cabezota y volver a la oficina. —Puntualiza Javier.

—Bueno, no hablemos otra vez de eso. —Mi madre zanja rápidamente la conversación— ¿Cómo estáis vosotros? Hacía tiempo que no veníais a vernos.

—Mamá, no ha pasado ni un mes.

—Hija, parece que se te haya olvidado lo exagerada que es tu madre, para ella un mes sin verte es como media vida. —dijo mi padre entre risas.

Todos reímos menos ella. Y en ese ambiente distendido es cuando Javier decide que es el mejor momento para soltar la gran bomba.

—Tengo algo que deciros. —nos mira a todos mientras toma un poco de vino—Le he pedido a Carolina que se case conmigo.

7

NOTICIAS

Él lo ha soltado sin más, sin pensar en las consecuencias. Mi hermana palidece, se queda completamente blanca, mi madre entra en shock, mi padre vuelca la copa de vino sin querer y lo pone todo echo un asco y yo... Por poco no me atraganto con el taco de carne que tengo en la boca.

—¡Es broma! Que no cunda el pánico. —Ríe Javier a carcajadas.

—¡Eres idiota! Por poco empiezo a hiperventilar. ¡Joder! —Le reprocha Carol tirándole un trozo de pan.

—¿Por qué, nena? ¿Pensabas que iba a sacar un anillo?

—Te hubiera matado antes, créeme.

Es entonces cuando todos los demás comenzamos a respirar de nuevo con normalidad. Y mientras que el camarero limpia como puede el vino que inunda nuestra mesa, nuestros corazones pueden recomponerse y volver a latir pausadamente.

No es que no nos guste Javier, al contrario, reconozco que nos ha costado acostumbrarnos a él porque es muy distinto a Marcos, pero sin duda a nosotros también nos ha ganado y nos encanta verlos juntos. Pero el matrimonio... es demasiado. Quizá algo muy precipitado.

Únicamente llevan unos meses juntos, oficiales, lo sé, pero es poco tiempo y Carol ha salido de una relación demasiado larga como para ahora de repente, pensar en casarse. Era de locos.

—Vale. No penséis que no me he dado cuenta de la gran ilusión que os haría nuestro compromiso.

—No es eso, hijo. —responde mi madre en tono cariñoso— Es sólo que pensamos que quizá es demasiado pronto para dar el gran paso. En esta vida hay tiempo para todo, pero hay que esperar el momento adecuado para que las cosas salgan bien.

—Tienes toda la razón Merche. No estoy tan loco, sé que es demasiado pronto para eso.

—Y que no queremos casarnos mamá. No sé qué mosca le ha picado a este ahora.

—Bueno, he pensado que así no les sorprenderá tanto que te haya pedido

que vivamos juntos.

No me he podido aguantar, no sé contener la risa. El muy cabrón ha soltado lo otro como una simple broma sin pensar que había riesgo de infarto en cuerpos ajenos, pero es que es una idea de puta madre.

—Eres muy grande tío, muy grande. —comento entre risas.

—Y, ¿Por qué tienen que saber que me lo has pedido?

—Pues porque me lo estás poniendo muy difícil, eres demasiado testaruda y quizá ellos me echen un cable y me ayuden a convencerte.

—Me agotas.

A nadie se le escapa cómo Javier contiene un comentario subido de tono, acompañado de una sonrisa pícaro y la mirada que le dedica a mi hermana.

—Y lo que te queda. No pienso parar hasta que me digas que sí.

—Pues precisamente hoy no va a ser el día, así que, a callar, tengamos la fiesta en paz.

—Hermanita, no es por meterme donde no me llaman, pero... Este tío es un buen partido, si yo fuese tú aprovecharía el tirón.

—Otro que si no dice ciertas tonterías al día revienta.

—Di que sí cuñado, yo creo que si seguimos presionando... acabará cayendo. La tengo a punto de caramelo.

Nosotros dos nos descojonamos, sin embargo, los demás no se esfuerzan en ocultar su incomodidad.

La cena termina siendo amena y divertida. Los miro y me doy cuenta de lo mucho que les echaba de menos y de lo gilipollas que fui por apartarles de mi vida.

Tengo demasiados pactos conmigo mismo, tantos que empiezo a dudar si podré cumplirlos todos. Quiero volver a ser el de siempre, volver a pasar muchos más ratos como este con mi familia, no volver a fallarle a mi padre ni a mi trabajo y lo más importante no volver a fijarme en la persona equivocada.

Pero van a ponérmelo difícil. Muy difícil.

Rubén ha llamado cinco veces, y obviamente no se lo he cogido, prefiero llegar a casa y hablar con él tranquilamente, eso sí, tengo que mandarle un WhatsApp para que no insista más.

“Cristian: Te llamo yo en un rato, ahora no puedo hablar”

Ya estamos entre copas y chupitos, así que lo más probable es que en

breve termine nuestra velada, además mi madre está ya que se cae de sueño.

No me equivoco. Salimos del restaurante media hora más tarde y cuando entramos en casa lo primero que hago es devolver la llamada al pelmazo de tío que tengo como amigo.

—¡Ya era hora!

—No empieces que no ha pasado ni una hora.

—¡Demasiado!

—¿Qué quieres? —Me resigno.

—Nos vamos de viaje.

—¿Nos vamos? —pregunto algo alucinado.

—¡Sí! Diego ha encontrado un vuelo tirado de precio a Ibiza.

—¿Para cuándo?

—Para mañana. Volvemos el miércoles, es un viaje exprés.

—No puedo ir. Lo siento.

—¿Cómo qué no?

—No. Yo trabajo. Aunque creo recordar que vosotros también.

—A Diego su padre no le pone ningún problema, ya lo sabes. Y yo tengo la leve sensación de que voy a caer enfermo en unas horas.

—Estás como una puta cabra.

—Puede ser. Ibiza me hace perder el control. Mañana a las tres de la tarde en el aeropuerto. No hay nada más que hablar.

—Ya veremos. Tendré que hablar con mi padre. ¿Te apetece ir a tomar unas cañas?

—Eso no hace falta ni que lo preguntes. ¿Coold Beer?

—Mismamente. Nos vemos allí en treinta minutos. —Estoy a punto de colgar cuando vuelve a hablar.

—Colega, la rubita te está haciendo perder la cabeza.

—Nos vemos ahora capullo.

Puede parecerlo, pero no. No estoy perdiendo la cabeza, por lo menos todavía no.

Es cierto que me gusta su forma de ser y que no quiera una historia de amor, pero lo que más me vuelve loco es su bendita mirada. Necesito tenerla en mi vida.

Llevamos una hora en el local y todavía no la he visto por ninguna parte. Puede decirse que no paro de buscarla en ningún momento. Aunque sea absurdo decirlo, sé que sus ojos azules se encontrarían con los míos a la mínima que estuvieran en el mismo recinto. De eso no tengo duda.

Pero pasan las horas y ni rastro de ella. La cerveza comienza a nublar-me la mente y está claro que ésta no va a ser una noche de reencuentros.

—Rubén, yo me piro ya.

—¿Ya?

—Sí. Se ha hecho tarde. —Miento.

Sé que él no va a venir conmigo. Rubén es así, no necesita a nadie para continuar con su propia fiesta hasta la hora del desayuno si es necesario. Así que no lo pienso más y salgo del local.

—¡Cristian!

Me giro y encuentro a una chica pelirroja mirándome. No es muy alta y tiene el pelo algo alborotado.

—¿Nos conocemos?

—Vaya... Veo que la memoria no es tu punto fuerte.

A decir verdad, sí que lo es, pero para que engañarnos, últimamente he conocido a muchas chicas, probablemente he estado con más chicas en estos cuatro meses que en mis veintiséis años de vida y, su físico precisamente no es el de una belleza imposible de olvidar.

—Soy Esther. — Continúa.

—Encantado, supongo.

—¿Te apetece tomar la última copa en mi casa? La otra vez lo pasamos muy bien.

Y la voz de Javier se apodera de mi mente, retumbando fuerte en mi cabeza. Su consejo cobra mucha más fuerza. Para que voy a perder otra vez el tiempo pensando en una sola mujer si puedo estar con quien quiera.

—Está bien. Voy a por mi coche y te sigo.

Ella sonríe con suficiencia por conseguir su propósito y yo sonrío porque a veces a la vuelta de la esquina te encuentras con un plan que, aunque no sea tu favorito puede hacerte pasar un buen rato.

8

DECISIONES

Es un polvo rápido, y la verdad es que empiezo a perder el interés por estos encuentros sexuales que no me aportan prácticamente nada más que compartir fluidos.

Con la pelirroja no medio palabra, llegamos a su casa, me ofrece una copa que rechazo, follamos y me largo a casa. No tengo nada de qué hablar con ella y mucho menos algo que ofrecerle.

Son las doce del mediodía y aunque estoy reventado no puedo seguir durmiendo, tengo una maleta que preparar y una conversación pendiente con mi padre o con mi jefe, ese es un dato que no termino de tener claro.

Bonito domingo me espera.

Bajo a la cocina y encuentro a mi hermana desayunando con Javier y a mi madre preparando la comida.

—Buenos días.

—Buenos días Bello Durmiente. —dice Carol.

—¿Mucha resaca, cuñado?

—¡Que va! Estas cosas a mí ya no me afectan.

—Anda... Menos lobos caperucito.

—Por cierto, ¿dónde está papá?

—Ha salido a comprar un par de cosas, no creo que tarde. —responde mi madre.

Y efectivamente, no tarda. No han pasado ni diez minutos cuando entra por la puerta dándonos los buenos días. No me preguntéis porqué, pero siento cierto respeto, cómo cuándo eres un crío y tienes que pedir permiso para ir a jugar a casa de un amigo, pues lo mismo. Y es que todavía tengo muy presente la conversación que tuvimos el otro día y me asusta decepcionarle, pero no voy a posponer más una conversación que inevitablemente vamos a tener. Y es que, francamente no me importa mucho lo que se hable en esta mesa, yo ya tengo una decisión tomada y es que me marchó a Ibiza.

—Papá, me gustaría hablar contigo.

Todas las miradas recaen sobre mí, quizá mi tono de voz suena demasiado serio, o puede que simplemente les choque la forma en la que me

mira mi padre en ese mismo momento.

—Tú dirás. —dice sentándose frente a mí en la mesa.

—Quería pedirte tres días libres.

—¿Para cuándo? Ya sabes que ahora tenemos mucho trabajo, y...

—Para mañana. —le corto— De lunes a miércoles.

No paso inadvertido el comportamiento de los demás. Mi hermana y mi madre cruzan una mirada triste y cómplice, Javier evita el contacto visual y se mantiene al margen y mi padre no me quita la vista de encima, no sé descifrar su expresión, pero no por eso voy a rendirme fácilmente.

—Rubén y Diego han cogido un viaje, no supe nada hasta ayer y me gustaría ir.

—¿Crees que es un buen momento?

STOP. PREGUNTA TRAMPA. NO RESPONDAS A ESO. PIENSA.

Pero ya no hay quien me pare.

—¿Un buen momento? ¿Para ti o para mí?

—Para ambos. Creí que habías entrado en razón después de la conversación que mantuvimos el otro día.

—Y lo hice. Sólo son tres días papá, ha surgido así y no ha sido cosa mía.

—Parece mentira que sabiendo cómo está la situación prefieras largarte por ahí.

—Enrique, no seas tan duro. Sólo son tres días. —Intercede mi madre.

—Merche, no te metas en esto, te lo pido por favor.

Genial. La cosa empieza a ponerse seria.

—Tiene razón, mamá, esto es cosa nuestra, no te preocupes. —Le sonreí para calmarla.

—¿Y dónde vas? Si se puede saber, claro.

—A Ibiza.

—Ibiza —ríe con amargura— Un destino idílico para relajarse y desconectar. ¿Dónde cojones está mi hijo?

El puñetazo que da en la mesa nos sobresalta a todos. Y aunque sé que él está en lo cierto y que tiene razón, a mí ya se me han hinchado las pelotas.

—¿Y eso que mierda importa? ¡A ti que más te da si me voy a Cancún a tomar el sol o a Ibiza a hacer lo que me dé la puta gana!

—¡Basta! —grita mi hermana— ¿No os dais cuenta de que esto se os está yendo de las manos? No sé qué narices se os está pasando por la cabeza, ni que conversación habéis mantenido anteriormente, pero vale ya. Eso sí, si

nosotras también formamos parte de esta familia agradeceríamos que se nos explicaran las cosas.

—Tienes razón —admito— Se nos ha ido de las manos. Pero por mí esta conversación ya ha terminado. —miro a mi padre antes de continuar hablando— Necesito marcharme estos días, necesito salir de aquí y necesito desconectar. Entiendo tu punto de vista y sé que no estoy a la altura, échame si lo crees conveniente, lo entenderé, seguramente encuentres a alguien que pueda ofrecerte el doscientos por cien. Siento mucho haberte decepcionado y no ser el hijo que esperabas, de verdad que lo siento.



—Creo que has sido demasiado duro Enrique, te has pasado de la raya.
—La voz de Merche suena demasiado apagada.

—No sé hacerlo mejor, yo lo he intentado todo.

—Papá, no quiero que pienses que me estoy posicionando, pero Cris está pasando un mal momento, aunque no lo creas, y... quizá deberías mantener un poco más la calma.

—Un mal momento es por lo que he pasado yo, que hasta hace dos días no tenía coches que arreglar, me veía negro para poder pagar todas las facturas y encima estrujarme el cerebro para poder pagar dos sueldos. Eso es un mal momento.

—Pero eso ya pasó y está superado papá. No es culpa de Cristian.

—Lo sé. El problema es que ahora tengo el doble de trabajo, tengo coches desde hace un par de semanas esperando por mí y son coches que, si no los arreglo ya, perderé clientes. No puedo hacerlo solo.

—¿Has hablado con él? De padre a hijo, no como jefe frustrado...

—A medias, pero es que le veo totalmente perdido. No piensa en otra cosa que no sea salir y emborracharse, pasar ratos con sus amigotes o estar con una chica diferente cada día. No le reconozco, tu hermano nunca ha sido así.

—Enrique, es joven... Todos en algún momento de nuestra vida hemos actuado de la misma manera.

Se quedan callados unos minutos. Todos saben cuánta razón tiene Merche, de la misma forma que saben que Cristian lo daría todo por ellos,

excepto una cosa, no se entregaría a sí mismo.

—¿Vosotros sabéis que le pasa? Es por Claudia, ¿verdad?

Carolina no quiere hablar, no quiere contar nada para no sentir que le ha fallado, sería algo así como deslealtad entre hermanos. La madre de ambos tampoco dice nada, nunca han tratado el tema, pero... Una madre sabe siempre demasiadas cosas sólo con mirarnos a los ojos. Así que sólo le queda una opción y es una opción incapaz de mantener la boca cerrada.

—El amor. Sólo eso es capaz de dártelo todo o arrebatártelo del mismo modo. Sólo el amor puede hacer vibrar un corazón que anteriormente estaba dormido a la vez que tiene el poder de destruirte por completo y convertirte en alguien que no eres, y es que a veces la única manera de sobrevivir es convirtiéndote en piedra, porque cuando alguien o algo consigue romperte por completo... Es muy difícil recomponerse. Y, Cristian ahora mismo está roto. Se ha enamorado de la persona equivocada y es normal que actúe así, para cicatrizar sólo hace falta tiempo y paciencia. Lo superará. El día menos pensado conocerá a alguien que aporte luz a su vida y volverá a encontrarse a sí mismo.

Javier no aparta la mirada de Carol ni un solo segundo, y ella por un momento se olvida de Cristian y con un brillo en los ojos se detiene para escuchar por primera vez todo lo que un día sintió el que realmente es el amor de su vida.



Me mata el tener que salir de esta habitación. Ya lo tengo todo recogido y la maleta hecha, el último paso va a ser el más difícil, despedirme de mi familia, enfrentarme a mi padre y marcharme. Pero ya he elegido, así que salgo a echarle valor.

—Lo siento por todo... Tengo que irme ya, me esperan fuera.

Mi madre se lanza a mis brazos y mi hermana no tarda en imitarla. Javier me golpea la espalda y me alborota el pelo como despedida y gesto de apoyo, pero me faltaba el más importante.

—Hijo... Perdóname. Tengo muchas cosas en la cabeza, pero ya hablaremos con calma. Disfruta de estos días y vuelve al cien por cien el jueves, te esperaré en el taller. Eso sí, estos días te los descontaré de tus días

libres.

No sé qué responderle, no entiendo el gran cambio de actitud y se lo agradezco. Ahora mismo sólo tengo ganas de ponerme a llorar.

—Dalo por hecho jefe. Te quiero papá.

—Y yo a ti hijo. Y yo a ti.

9

IBIZA

Su abrazo me reconforta, no necesito más. Salgo de casa y por fin puedo librarme de ese par de lágrimas que han empezado a nublar mi vista, el nudo en la garganta cada vez es más imperceptible y la mala sensación la dejo en la calle antes de subirme al coche de Eric.

—En marcha que ya estamos todos. —dice Rubén eufórico.

—Sois unos hijos de puta con mucha suerte, lo sabéis ¿no? —responde Eric.

—¿Por qué no vienes? —Le pregunto.

—Yo no puedo pedir tres días libres de hoy para mañana y si finjo que estoy malo seguro que me echan a la puta calle.

—O no. Yo creo que deberías probarlo. —Cizañea Rubén.

Los miro y no puedo evitar sonreír, porque los miro y aunque son unos capullos me siento muy afortunado de tenerles a mi lado. Cada uno tiene lo suyo, eso es verdad. Somos totalmente diferentes, tanto que, si nos tuvieran que juntar gracias a algún test de compatibilidad, seguramente nunca nos habríamos conocido. Pero siempre que les necesito están ahí, y con eso tengo más que suficiente.

Sin darnos cuenta hemos llegado al aeropuerto. Diego se ha pasado durmiendo todo el camino, juraría que hasta ha babeado el asiento.

Nos despedimos de Eric y nos dirigimos al control de seguridad. Ahora sí, ahora empiezan tres días de desconexión y fiesta, no tengo intención de perder el conocimiento, pero si lo hago... Lo que pase en Ibiza, allí se queda.

Ha sido un vuelo tranquilo, cuarenta y cinco minutos de trayecto, sin turbulencias y unas azafatas bastante monas.

Es la primera vez que piso la isla, he oído hablar mucho de ella, de sus noches de fiesta y sus días de playa, pero ahora está en mi mano comprobarlo.

—¿Dónde nos alojamos? —pregunto con ganas de darme una ducha.

No me contestan y se miran entre ellos antes de partirse el culo de risa.

—Dónde nos lleve el alma.

—¿Perdón?

—Vamos Cristian, no seas coñazo. Hemos venido a la aventura, te dijimos que habíamos encontrado un vuelo tirado de precio, pero no que con el hotel hubiéramos tenido tanta suerte.

—Bueno, no te preocupes, una cosa compensa la otra. ¿Cuánto es?

—Creo que no lo estás entendiendo —añade Diego y, de hecho, no, no lo entendía. —No tenemos dónde dormir. No encontramos nada económico así que hemos venido a la aventura.

—Os mato. Me cago en vuestra estampa. ¿Vosotros estáis mal de la cabeza o qué os pasa?

—Tranquilízate. Podemos dormir cada día en el hotel de alguna.

—Demasiada confianza tienes en ti mismo, ¿no crees?

—En realidad la tengo en ti, eres encantador y todos sabemos que los príncipes azules escasean, así que probablemente con tu gran actitud de don juan consigues que algunas pibas nos dejen compartir habitación o apartamento.

Definitivamente tengo a unos putos locos como amigos, mi padre se queja y se ve de lejos que yo soy el más normal de todos ellos y el más responsable.

—Vamos a tomar unas cañas a algún garito de playa.

—Diego, como vamos a ir con las maletas. ¿Podéis centraros por un puto momento? Deberíamos buscar algo y pillar lo más barato, y si no, entremos en cualquier hotel, quizá alguno tiene habitaciones libres.

Hemos perdido a Rubén, hace unos minutos que ha desaparecido, pero cuando nos damos cuenta lo vemos hablando con tres chicas que están sentadas en la cafetería del aeropuerto. El tío dice de mí, pero él tiene buena planta y mucha labia, demasiada.

Nos llama y con un gesto nos pide que nos acerquemos hasta donde él está.

—Chicos, estas son Nadia, Patricia y Mónica. Y ellos son Cristian y Diego. —añade girándose hacia ellas.

Nos damos dos besos. Son tres chicas guapas, para que os voy a engañar, por su aspecto deben tener nuestra edad, creo que rondarán entre los veinticinco y los veintisiete y además son bastante agradables, no paran de hablar, de preguntarnos cosas y poco a poco vamos creando un pequeño vínculo con unas desconocidas.

—¿Salís esta noche? —pregunta Patricia que juraría que me está mirando más de la cuenta.

—La pregunta que deberías hacernos es si pensamos estar encerrados en algún momento, nena. —responde Rubén con gracia.

—¿Dónde os hospedáis? Quizá estemos cerquita y nos veamos en algún momento más.

Tocados y hundidos.

—Pues verás... Eso todavía es algo que tenemos que solucionar. El hotel que habíamos reservado ha tenido un problema informático, así que ha tenido muchos problemas con las reservas y las habitaciones, nos han dicho que no pueden hacer nada y que nos devolverán el dinero íntegro y probablemente una pequeña compensación por las molestias. Lo hemos intentado todo, pero no ha habido forma. —Continúa él.

—Pero... No os pueden hacer eso, tienen que solucionarlo. ¿O es que piensan dejaros en la calle? —respondió Patricia de nuevo.

Uno de mis mejores amigos podría ser un grandísimo actor de Hollywood y yo sin saberlo. Impresionante. Y ellas... Están cayendo en su trampa como tontas.

—Imagino que sí, pero no hay problema, ahora nos daremos una vuelta por aquí, seguro que algunos de estos hoteles deben tener alguna habitación disponible.

—Sé que suena a locura, pero... ¿Por qué no os venís al nuestro? Hemos cogido un apartamento con tres habitaciones, creo que podemos organizarnos y compartirlo. ¿Qué os parece?

—No, no, tranquila. No queremos molestar. —Alucino, con el morro que tiene Rubén. Mientras Diego y yo callados como un par de idiotas.

—No molestáis, de verdad. ¿A qué no, chicas?

Sus amigas la miran entre mal e impresionadas. No saben dónde meterse, no saben qué decir. Supongo que lo último que planeas en unas vacaciones es conocer a gente rara en el primer momento y después compartir con ellos el día a día. Es surrealista.

Pero aceptan.

Es un apartamento bastante espacioso. Rubén ha demostrado tener buen ojo escogiendo a estas chicas y ellas estar completamente chifladas por dejar a tres desconocidos las puertas de su vida abiertas de par en par, menos mal que nosotros somos buena gente.

—¿Os importa que me dé una ducha? —pregunto.

—Lo mejor será que nos duchemos todos y salgamos a tomar unas copas para ir entrando en calor y esas cosas.

—¿Dónde vais esta noche? —Esta vez es otra de las chicas la que habla, creo que es Nadia.

—Amnesia, nena. ¿Y vosotras? —Rubén le guiña un ojo, él ya ha elegido a su “presa”.

—Pues no tenemos plan establecido, es la primera vez que venimos, nos hemos lanzado a la aventura, a lo loco y no tenemos ni idea de nada.

—Nosotros tampoco hemos estado antes, pero creo que tenemos bastante claras nuestras escapadas.

—¿Podríamos ir con vosotros? Prometemos no molestar. —Nadia era la más dulce de las tres, cualquiera le decía que no.

Lo que os digo, locas de remate. ¿Dónde quedó eso de no confiar en un extraño?

Alucinante. La discoteca es inmensa e impresiona todavía más desde el interior. Hemos tenido la puta suerte de que es la gran fiesta de la espuma. Veo a gente descontrolada por todas partes, ante mis ojos no hay nada más que sexo, drogas y espuma, mucha espuma.

Nosotros optamos por alcoholizarnos, y de qué manera, sin quererlo entras en un bucle de cubatas y chupitos, una ronda tras otra y empiezo a dudar si esto es normal.

Cuando queremos darnos cuenta, Rubén y Nadia ya se están comiendo la boca, desesperados, contoneándose y rozándose de forma animal buscando el disfrute. A Diego y a Mónica hace rato que no los veo por aquí, no sé si estarán juntos o cada uno por su lado, pero han desaparecido. Y cuando quiero darme cuenta una chica de pelo largo y castaño me desnuda y me come con la mirada. En cuanto la miro no tarda en lanzarse a mi cuello y yo la dejo hacer.

—Patricia, cálmate... —Le digo mientras aprovecho para morderle la oreja.

—Lo intento, pero no puedo. Causas algo en mí que me impide pensar con claridad.

Y ese comentario es el pistoletazo de salida, despertando aún más nuestro apetito, abriéndose paso con besos cada vez más húmedos, caricias más desesperadas y roces exagerados. Sus manos se deslizan por mi torso hasta llegar a la erección que claramente ha despertado bajo mis vaqueros. No se corta un pelo, desabrochando el botón de mi pantalón para poder tocarme libremente. No sé si es la cantidad de alcohol que hemos tomado o que esta chica ha conseguido ponerme tan caliente que me la follaría aquí

mismo, total, probablemente nadie a mí alrededor se dé cuenta.

Así que, sin pensarlo dos veces, la cojo en brazos, sus piernas rodean mi cintura y empieza a contonearse provocando un contacto mucho más íntimo y certero. Me la saco rápido, aparto sus bragas como puedo y me hundo en ella sin miramientos. Empleamos un ritmo frenético, necesitamos sentirnos y lo necesitamos ya.

Entiendo que ella ha terminado cuando se contrae con fuerza y muerde mi cuello, es entonces cuando yo me dejo llevar y ahogo mi jadeo en su boca.

—Eres muy impredecible y algo exhibicionista, ¿no te parece?

—Pero te gusta. —Y ambos reímos.

—Bendito sea el motivo que te ha traído hasta aquí.

—Estamos celebrando mi despedida de soltera. —me guiña un ojo y tranquilamente se coloca bien la falda, girándose para aceptar una raya de coca que le ofrece un desconocido.

10

MÁS

Despierto tirado en el sofá cama del apartamento. Silencio. El sol entra por la ventana, no sé ni la hora que es, me siento completamente perdido y desorientado, hasta que oigo la cerradura, alguien intenta abrir, pero no tiene puntería, lo mejor será que me levante y le facilite la tarea.

Encuentro a Patricia en unas condiciones demasiado pésimas. La ropa completamente sucia, el maquillaje esparcido por gran parte de su cara y el pelo totalmente desaliñado, entonces revivo la noche anterior sin poder evitarlo, todas las imágenes pasan por mi cabeza como si de un cortometraje se tratase.

La cantidad ingente de alcohol, un polvo que surgió sin más por culpa de las ganas que nos teníamos, su despedida de soltera y las drogas.

—¡Cristiaaaaaan! —Quiere abrazarme, pero su pequeño cuerpo ni siquiera se aguanta de pie. Si no llego a reaccionar rápido hubiera caído redonda.

—¿Qué has consumido Patricia?! —pregunto un poco asustado, yo no estoy acostumbrado a estas cosas, sinceramente.

—Pero ¿qué dices? ¿Qué piensas que soy una drogadicta, o qué? Únicamente he tomado alguna copa de más.

Ya. Alguna copa de más. Puede que no se acuerde absolutamente de nada o puede que me esté tomando el pelo pensando que quizá soy yo el que no recuerdo lo que ha pasado. Intento descifrar sus intenciones y pensamientos cuando un fuerte golpe me hace reaccionar. Patricia se ha desplomado justo delante de mí.

Grito su nombre como un loco, la cojo y le doy suaves golpes en la cara. Mierda. No reacciona.

—¡Joder! ¡Patricia! ¡Despierta!

Nada. La dejo un momento para poder llamar a la ambulancia. Me tiemblan las manos y me cuesta reaccionar ante estas situaciones, no esperaba encontrarme con algo así, esta chica es demasiado joven para llevar la fiesta tan al límite.

—Cristian... —Me llama. Lo hace con un hilo de voz, pero lo hace.

Dejo el teléfono a un lado y corro hacia donde la he dejado.

—Patricia. ¡Mírame! —y por fin sus ojos se centran en los míos— Que susto me acabas de dar. ¿Estás bien?

—La verdad es que no. Todo me da vueltas, me siento fatal y tengo muchísimas ganas de vomitar.

—Ve a darte una ducha, necesitas despejarte.

Se levanta y sus piernas no mantienen el equilibrio, pero esta vez la puedo coger.

No me quedan más opciones, la cojo en brazos y la llevo hasta el baño, le quito la ropa y la meto debajo del chorro de agua helada. No se queja, aguanta el tirón y al cabo de unos minutos se abraza a su cuerpo y empieza a tiritar.

—Me congelo, no lo aguanto más, sácame de aquí, por favor.

Y lo hago. Apago el agua y la ayudo a salir, la seco como puedo, aunque su ropa interior empapada no me lo está poniendo nada fácil.

—Ve a cambiarte, ponte cualquier cosa y duerme. Te irá bien.

—Eres muy bueno, ¿sabes?

Me mira con una dulzura que no había visto en ella la noche anterior y me pregunto si realmente sabe todo lo que ha hecho hace apenas unas horas, pero no es el momento de salir de dudas. Le doy un beso en la frente, ha despertado en mí cierta ternura y no voy a dejarla sola en estos momentos.

La acompaño a su habitación y la ayudo a meterse en la cama.

—No sé si sabes que estoy a punto de casarme, pero si no estuviera tan enamorada de mi chico, seguramente me enamoraría de ti, eres un cielo. Gracias por todo.

Duda resuelta. No se acuerda absolutamente de nada.

Los demás no tardan en llegar, no tengo ni idea de donde han pasado la noche (o el día, mejor dicho), tampoco si lo han pasado juntos, aunque en realidad no me importa, y es que cuando no quieres que te pregunten lo mejor es no preguntar.

Miro el reloj por primera vez desde que he despertado y veo que ya son las ocho de la tarde y eso sólo significa una cosa. Más fiesta.

—¡Míralo! No sabíamos dónde te habías metido. —dice Diego justo cuando abre la puerta.

—Es que no os puedo seguir el ritmo.

—Entonces que, ¿recuperado? Deberíamos irnos ya mismo.

—Tendréis que comer algo y daros una ducha, ¿no?

—Es verdad, deberíamos ser personas decentes. —comenta Rubén en tono jocoso.

—Oye Cristian —dice Nadia— ¿Patri ha estado contigo? Le perdimos la pista y... —No la dejo terminar, su cara delata que se siente bastante peor amiga de lo que quizá realmente es.

Opto por no contarles toda la verdad, ni lo que hicimos, ni lo que vi, ni lo que ha pasado hace apenas un par de horas.

—Estuvo conmigo un rato, pero después ella desapareció y yo me vine a dormir. Ha llegado hace unas horas y no en muy buenas condiciones, la he metido en la ducha y ahora está durmiendo la mona. No creo que se levante hasta mañana.

—Y creo que nosotras vamos por el mismo camino, una ducha y morir. No literalmente, claro está.

—¿No venís con nosotros? —Le pregunta Rubén.

—No, no, no. Yo ya no puedo ni con mi alma, estoy agotada, aunque quizá si te apeteciera quedarte aquí haría un esfuerzo... —Y todos entendimos el comentario al momento.

—Uy nena... Demasiado pronto quieres atarme en corto, y eso conmigo lo tienes difícil. —le tira un beso— Esta noche me reclaman en Pachá, no puedo desperdiciar un solo minuto que pase en esta isla.

—Miedo me dais, pasadlo bien.

Y no es para menos. Los tres solos en Pachá Ibiza, cierto es que no me llevo la misma impresión que la noche anterior. Esta sala es más pequeña pero exactamente el mismo ambiente. Gente bastante desfasada allá donde mirase, mucha fiesta, mucha droga, mucho alcohol y muchas chicas. Tantas que no recuerdo ni cómo era con la que me enrollé.

Sale el sol y optamos por no volver al apartamento y dejarnos morir en la arena de una de las maravillosas playas que nos ofrece la isla.

—No sé vosotros, pero yo necesito darme un baño, creo que me irá bien para bajar el colocón. —dice Diego agotado.

—Y yo necesito morirme y resucitar dentro de tres días como mínimo. —Y creedme que lo dice de verdad, porque probablemente Rubén es el que se pasa más de la cuenta de los tres.

—Tío, estamos en Ibiza, tienes que aguantar un poco más, no sabía yo que eras tan tierno... —suelto entre risas con intención de tocarle un poco las pelotas.

—¿Tierno? Pregúntale a la rubita que me he tirado esta noche si soy

tierno.

—Uh... Y nosotros pensando que te habías enamorado de Nadia y que de este maravilloso viaje surgiría una historia de amor.

—Ahora que lo dices mientras tenía a la chavala a cuatro patas gritando mi nombre sí que me acordé un poco de ella.

Así es Rubén, transparente, sin filtro, suelta todo aquello que se le pasa por la cabeza sin detenerse siquiera a pensarlo un segundo.

—Y la pobre durmiendo tan tranquila, esperando que llegue su príncipe azul para prepararle el desayuno o a despertarla con un profundo beso.

Y los tres rompemos en carcajadas por la ocurrencia de Diego, todos sabemos que eso es tan sumamente improbable como que empiece a nevar aquí y ahora.

Caemos rendidos después del baño, nos relajamos bajo el sol y nos permitimos dormir un rato, quizá tengamos suerte y el alcohol abandone nuestro cuerpo antes de despertar.

Un tedioso ruido me sobresalta.

¿Eso ha sido un trueno?

Abro los ojos y no me lo puedo creer, el cielo está totalmente encapotado por unas nubes grisáceas que incluso asustan. Intento que los chicos despierten antes de que empiece a llover, pero no me da tiempo, empiezan a caer gotas enormes y cuando quiero darme cuenta ya caen con tal velocidad que impactan directamente contra nosotros y todos los demás que estamos tumbados en la arena disfrutando del sol hace apenas unos minutos. Abren los ojos de inmediato, alucinando, cómo no. Es de locos, atrapados en una tormenta de verano, no lo pensamos más y corremos bajo el agua, no hay donde resguardarse y ya una vez mojados que más da.

Llegamos y las chicas están preparando algo para comer, no cabe duda de que les ha sentado bien descansar esta noche. Nos miran sorprendidas, tenemos la ropa totalmente calada y estamos completamente empapados.

—No os quedéis en la puerta, pasad y secaos o lo pagareis caro. —Nadia no puede reprimir su modo madre y eso al menos nos saca una sonrisa.

Ahora no podemos hacer otra cosa que reírnos de nosotros mismos, definitivamente somos unos gafes.

Me quito la camiseta sin pensarlo y noto cómo sus ojos se clavan en mí. La miro, pero prefiero dirigirme al baño sin decirle nada, no seré yo quien la haga chocar contra la realidad, es absurdo.

Todavía no me he metido en la ducha, pero ya estoy completamente

desnudo para hacerlo cuando pican a la puerta y el pomo empieza a girarse ligeramente. Cojo la toalla rápidamente y me envuelvo con ella como puedo, prácticamente no me tapa casi nada, lo sé.

—Hola.

—Patricia. ¿Qué haces? Estaba a punto de darme una ducha.

—Necesito hablar contigo.

Tal urgencia sólo puede significar una cosa. Se acuerda de todo y ahora probablemente nos tocará mantener una de esas charlas en las que tengo que restarle importancia a su comportamiento y ayudarla a desprenderse del peso que ella solita se ha cargado a sus espaldas.

—Te escucho. Aunque quizá podrías esperar un rato... No sé... En diez minutos puedo estar fuera y tomamos algo.

—Cristian, me acuerdo de todo. No puedo retrasar esto porque voy a volverme loca. Necesito que hablemos y necesito hacerlo ahora.

Está bien. Hablemos.

11

EL TIEMPO SE ACABA

Creo que lo mejor es obviar lo que envuelve esta incómoda situación. Estoy desnudo, ocultándome detrás de una pequeña toalla, a punto de mantener una conversación con una chica que prácticamente no conozco de nada, a la que me tiré el otro día en un momento de calentón y que por suerte o desgracia está a punto de casarse, con otro, por supuesto.

—Tú dirás. —No sé si es la mejor manera de empezar, pero sinceramente... No puedo comenzar de otra forma.

—Lo siento. —Dice resignada. Y yo me esperaba de todo menos esto, porque por un momento he pensado que ahora vendría de digna, de chica molesta intentando hacerme parecer culpable por llevarla a hacer algo que ella fingiría no haber querido jamás.

—¿Qué es lo que sientes? A mí no me debes ninguna disculpa.

—Claro que sí. Te la debo por todo lo que ha ocurrido, ojalá no recordara nada, pero es que me he despertado y todas las imágenes han aparecido en mi mente, sin permiso, arrollándome con la terrible realidad. Me avergüenza la forma en la que llegué a casa, yo no soy así, lo juro, cometí la locura de beber demasiado e incluso de probar ciertas... cosas. —sé a lo que se refiere, la vi. —Si no llegas a estar aquí no sé qué hubiera sido de mí. Tengo que darte las gracias por cuidarme, no tenías por qué hacerlo y aun así lo hiciste.

—Todos hemos cometido errores alguna vez en la vida, no te tortures. Cualquiera otra persona en mi lugar hubiera hecho exactamente lo mismo que yo.

—No. Y lo sabes. También me acuerdo de lo que pasó en la discoteca. No logro entender qué me ocurrió.

La noto avergonzada y lo último que quiero es que se sienta así, yo no le he dado más vueltas ni más importancia. Por mi parte todo está bien y olvidado. No tiene de que preocuparse.

—Pasó sin más. Hay cosas que por más que quieras no se pueden evitar y no debes darle más vueltas, puedes estar tranquila, quedará entre nosotros dos.

—Quería decirte que puedes estar tranquilo, no he parado de pensar en ello y sé que cometimos una maldita locura. No utilizamos preservativo y eso es de estar mal de la cabeza —sí, ahí tengo que darle la razón. Gran error— Pero no te preocupes estoy completamente sana y tomo la píldora.

—No había llegado a plantearme esto, pero es un gran alivio saberlo, gracias.

Intento zanjar la conversación dado que el ambiente comienza a tensarse, llevamos unos segundos demasiado largos callados, esquivándonos la mirada, así que supongo que todo está dicho. Pero no, ella aún tiene algo que añadir.

—Nunca le había sido infiel.

Ahí está. Lo que realmente está siendo para ella una tortura, de lo que claramente se arrepiente y quiere dejármelo claro.

—Yo... No sé qué decir Patricia.

—No hace falta que digas nada. Lo sé, soy la peor persona del mundo. ¿Y sabes por qué? —no, no lo sé— Porque no me arrepiento. Debería sentirme mal y culpable por lo que he hecho, pero no lo siento. Me arrepiento de haber consumido ciertas sustancias y de cómo acabé la noche, pero no de nuestro encuentro. Te miro y sé que lo repetiría mil veces más.

¿Qué hago ahora? Porque después de lo me acaba de decir lo único que me apetece es quitarle la maldita ropa y meterla conmigo en ese ridículo plato de ducha. Total, no soy yo el que debe dar explicaciones a nadie. Pero quizá debería desactivar el chip de primitivo y activar el de persona sensata.

—Puede que estés confundida, o que te asuste el hecho de atar tu vida a la de otra persona para siempre. Esto es tu despedida de soltera, no eres la primera que comete un pequeño desliz, tampoco serás la última, créeme, pero todavía estás a tiempo de encauzarlo.

Se levanta sin apartar sus ojos de los míos, dejando bastante claro que no quiere encauzar nada. Se quita la camiseta mostrándome gran parte de su encanto, desliza sus pantalones mostrándome un tanga que probablemente no deja mucho a la imaginación y retira mi toalla para empezar a tocarme mientras su boca se acerca a la mía.

—¿Estás segura?

—¿Ahora mismo? Sí. No sé qué pasará después, pero mientras te tenga aquí no podré pensar con claridad.

Devora mi boca con una familiaridad que me sorprende, como si nuestros labios hubiesen nacido para estar pegados y lo más raro de todo es que no lo siento extraño. Estoy tremendamente cómodo y una gran erección

se apodera de nosotros y de nuestras ganas. Nos controlamos, porque no llegamos a olvidar en ningún momento que tras esa puerta seguramente haya cuatro personas alucinando con esta situación.

Jadeos entre susurros, movimientos lentos y pausados a la vez que certeros, besos húmedos y nuestros cuerpos empapados en sudor no tardan en llegar al clímax. Los dos lo hacemos ahogando nuestro placer en la boca del otro.

—Siento que me hagas perder la cabeza de esta manera. Y siento haber entorpecido tu ducha. —Me besa ligeramente en los labios antes de volver a vestirse y me guiña un ojo justo cuando sale por la puerta.

Me deja descolocado y con una grata sonrisa en los labios. Indudablemente la ducha me va a sentar mucho mejor ahora.

Salgo del baño pasados unos veinte minutos para encontrarme con dos idiotas que esperan ansiosos a que saliese por esta puerta.

—¡Menudo cabrón! Así que Patricia.

—¡Que calladito te lo tenías mamonazo! —dice Diego— Tienes un puto imán, está buenísima.

—Fue un encuentro sin más. Lo que no pensaba es que estaría dispuesta a repetir. Por cierto ¿dónde están?

—Han salido a tomar algo, han dicho que cuando estemos listos para comer las avisemos y subirán a hacerlo con nosotros.

—Esto empieza a parecer una amistad de lo más peligrosa. —dice Rubén esta vez.

—Qué me lo digan a mí. —suelto entre risas mientras me pongo la camiseta y me abro una lata de cerveza justo un instante después.

No las hemos llamado, pero no tardan en subir. Son ya las cuatro de la tarde e imagino que estarán muertas de hambre. Los primeros minutos son algo extraños. Ninguna sabe que decir, todas evitan mirarme, incluso Patricia, aunque hay algo en ella que me dice que se muere de ganas.

—Bueno, ahora ya estamos todos al corriente de los últimos acontecimientos —Mónica rompe el hielo y no está de más decir que se me hace extraño ya que casi nunca había escuchado su voz— Vosotros ya sabéis que estamos celebrando la despedida de soltera de Patricia, en petit comité, claro está, ahora todos sabemos que estos dos se han acostado, que Nadia y Rubén se acabaran enamorando porque es lo que suele pasar en las comedias románticas, y que Diego y yo no nos tocaríamos ni con un palo pese que nos hemos caído genial.

Todos reímos porque ha puesto las cartas sobre la mesa en un momento y sin pensarlo dos veces. Y es de agradecer, yo no hubiese sabido hacerlo mejor.

—Así que ahora que está todo claro, seamos sinceros, lo que pasa en Ibiza se queda en Ibiza, de eso no hay duda. Disfrutemos los días que quedan y después retomemos nuestras vidas, pero ahora no pensemos en lo que vendrá, ya nos encontraremos con ello en el momento oportuno.

Grandes palabras, sí señor. Vivamos el ahora.

12

EL MOMENTO ES AHORA

Son nuestras últimas horas, comemos y decidimos ir todos juntos a Bora Bora, agradezco el tacto de la arena en mis pies, el Sol brilla de nuevo haciéndonos creer que esta vez no va a irse nunca más y la música nos incita a no querer salir de allí.

—¡Vamos a por algo de beber! —Patricia coge mi mano como si lo hubiese hecho mil veces antes, con una confianza y una seguridad que me descolocan, pero aun así me dejo llevar.

—Creo que empezaré por un Gin-Tonic. ¿Te apetece uno? —asiento, cualquier cosa saciará mi sed— Quiero que nos dejemos llevar, que no pensemos en lo que nos espera fuera de esta isla, y que dejemos fluir lo que sea que haya nacido entre nosotros.

Para. Cristian, tú tienes muy claro que no ha nacido nada entre vosotros, quizá debas dejar algunas cosas claras antes de que esta chica siga confundiéndose de una manera que pueda cambiarle la vida por algún motivo que realmente no existe. Ella está a punto de casarse y eso es algo que no debe cambiar y, si lo hace que no sea por ti o por sentimientos infligidos por una invención suya.

Gracias a Dios que todavía queda en mí algo de sensatez. Mi voz suena claramente en mi cabeza, pero cuando quiero abrir la boca y decirle que no quiero que haya malos entendidos, ya tengo sus labios encima de los míos. Me calla. A fin de cuentas, cada uno que haga con su vida lo que crea más conveniente. Yo tengo muy claro que una vez que me suba a ese avión, mi vida va a ser la misma que he llevado hasta ahora, puede que solo cambie una cosa, y es que me apetece mucho volver a ver a Catalina. No me he acordado de ella desde que llegué, pero ahora que esto llega a su fin, me apetece perderme de nuevo en sus ojos. De un azul más intenso que el mar que nos rodea ahora mismo.

—Patricia no quiero que pienses cosas que no son y te confundas por algo que realmente no existe. —He perdido la cuenta de las copas que hemos consumido, y me siento en la obligación de aclarar ciertos aspectos.

—¿Por qué no te dejas llevar y ya está? —Sonríe pícaro.

—¿Crees que no lo hago?

—Sí, sí que lo haces, pero no del todo, deja de pensar y deja que esto fluya.

—Patricia. No te equivoques, me dejo llevar hasta donde quiero y me apetece. Tú te vas a casar y tiene que seguir siendo así y si no te casas que no sea por algo que no va a ocurrir jamás. Yo no quiero nada más que esto.

—Pues dame lo que quieras. Lo aceptaré encantada.

Está bien. Yo he intentado hacerlo lo mejor que he podido, pero es que es una chica demasiado cabezota, no se rinde, no quiere pensar en nada y no hay forma de hacerle ver las cosas de otra manera.

Así que buscamos un rincón que esté prácticamente vacío, nos adentramos en el mar y bailamos fingiendo a la perfección que eso es lo único que queremos.

No tarda en suceder, se sube a horcajadas envolviéndome con sus piernas y no deja de moverse hasta que consigue despertarme, ella sabe que si me lleva al límite ya no podré parar, y me lleva. Volvemos a hacerlo sin importarnos nada más, entro en ella sin dificultad, no deja de besarme mientras me hundo en ella una y otra vez. Esta vez ha sido un impulso demasiado calculado, pero qué más da, somos mayorcitos, lo suficiente como para hacer lo que nos dé la gana.

Se mueve lenta y sutil, eso todavía me provoca más placer, no la recordaba tan sensual y puede conmigo, no tardo en dejarme llevar, me corro, no he esperado a que ella lo haga, termino mucho antes de lo que pensaba y mi gruñido la alerta, entonces cambia el ritmo, empieza a moverse cada vez más rápido e incluso se acaricia para acelerar su placer y lo consigue, en apenas dos minutos se desploma en mis brazos gritando mi nombre. La música y las voces de la gente aplacan uno de los orgasmos más placenteros que probablemente haya tenido jamás.

—¡Chicos! ¿Dónde estabais? Os he buscado por todas partes.

Nadia viene hacia nosotros con cara de circunstancias al vernos regresar.

—Nos hemos dado un baño. Tranquila, estoy bien, Cristian no me ha hecho nada, nada que yo no quisiera, claro.

Algo pasa. Nadia no cambia la cara y la idiota de Patricia está tan centrada en ella que no se está dando ni cuenta. Qué simple puede llegar a ser.

—¿Va todo bien?

—No. Rubén y Diego están fuera. Ha habido pelea. Creo que deberíamos

ir al hospital, están sangrando y los porteros les han echado sin preocuparse de nada más.

—¿Qué cojones ha pasado?

—Se ha acercado a mí un chico, no me ha dado tiempo ni a reaccionar cuando Rubén se ha abalanzado sobre él y lo ha apartado de mí dándole un terrible puñetazo en la cara. El chaval desde el suelo se ha empezado a reír como loco, imagino que iría drogado, y ha dicho algo así como que yo era su puta. Rubén ha perdido el control. Ha empezado a darle patadas y golpes en la cabeza.

—¡Me cago en la puta! ¡Vamos!

Salgo todo lo rápido que puedo y los encuentro sentados en un muro apartado de la entrada. Los dos tienen golpes, ambos sangran y yo empezaba a cagarme en mis putos instintos. Si no me hubiera ido con Patricia por ahí quizá podría haberlo evitado. Según Nadia se ha vuelto loco y ha apaleado al tío. No ha contado nada más. Me falta información.

—¿Quién os ha hecho eso? ¿Qué ha pasado?

—Los colegas del gilipollas ese. —escupe Rubén, literalmente. Puedo ver como de su boca todavía sale algo de sangre.

—¿En qué narices estabas pensando? —Le recrimino.

—No he pensado. Le ha puesto sus sucias manos encima y he perdido la cabeza. No me he dado cuenta de que había seis tíos más a nuestro alrededor.

—Yo he intentado pararlo, pero ya ves, estaban todos fuera de sí.

—Deberíamos ir al hospital.

—Qué va. Yo me piro al apartamento, me daré una ducha y dormiré la mona. Total, ya no me dejan entrar, quédate si quieres.

—Me voy con vosotros.

—No. —Nos giramos a mirar a Patricia, sus ojos arden, está enfadada.

—¿Qué? —respondo incrédulo.

—Que no te vas. Que porque tus amigos sean unos niñatos inconscientes no vas a dejarme aquí sola. Que yo quiero quedarme y tú debes quedarte conmigo.

Uy. No, no, no. Cristian, no entres en esto.

Pero es tarde, y acabo de pisar el pedal del acelerador.

—¿Quién cojones te crees que eres para decirme a mí lo que tengo que hacer? Uno: Claro que me voy a ir. Dos: Mis amigos son igual de niñatos que tú, parece mentira que no te hayas dado cuenta todavía. Tres: Quédate todo lo que te plazca, no te necesitamos bonita. Y cuatro: Yo no DEBO nada contigo,

no tengo ninguna obligación ni eres nada para mí, te lo he repetido mil veces, me importas una puta mierda, hemos echado tres polvos y punto. Así que despierta de una puta vez.

No dice nada. Sé que le hierve la sangre porque sus fosas nasales se abren tanto que probablemente explotará en cualquier momento, pero agarra de la mano a Nadia y hace ademán de volver para dentro.

—No... Yo... Quiero irme con ellos Patri. —dice con un hilo de voz y los ojos empañados en lágrimas.

Patricia la suelta cabreada y se va. Rubén levanta la cabeza y si no llego a estar presente no me hubiera creído jamás la mirada que se acababan de dedicar. Ya no sé si es el alcohol o es que esta isla nos ha vuelto locos.

Volvemos los cuatro al apartamento y Nadia demuestra ser buena persona, es encantadora e inevitablemente se ha ganado un hueco en nuestras vidas.

—Cristian... No le hagas caso, ella es así, pierde la cabeza a menudo, pero es buena chica.

—No te preocupes, sinceramente me importa una puñetera mierda.

13

SIN RASTRO

Reconozco que volver a ser el de siempre es más difícil de lo que pensaba. El viaje a Ibiza ha sido el “clic” que mi cerebro ha necesitado para activarse. Estoy cansado de vivir de fiesta en fiesta y de despertarme cada día en una cama distinta, es cierto que al principio es ideal para aliviar el dolor, pero luego resulta como todo, una vez que te acostumbras deja de servir, si en ese tiempo no cicatriza la herida... acaba escociendo de la misma manera.

Estos tres días incluso han cambiado a Rubén, ha vuelto mucho más tranquilo, en calma, distinto... Y al cabo de los días hemos descubierto el porqué, sigue manteniendo contacto con Nadia. Ella es de Valladolid, pero hablan prácticamente todos los días y por lo que sé están hablando de verse pronto. No tengo ni idea de cuando es pronto, ni si irá él a verla allí o al revés, lo único que nos ha contado es que ella trabaja los fines de semana y que tienen que esperar un poco para cuadrar días libres.

Las cosas cambian cuando menos lo esperas, es impresionante.

Ha pasado casi un mes desde que volvimos y para mi desgracia no he vuelto a saber nada más de Catalina, no nos hemos vuelto a ver, no nos hemos cruzado un solo día, nada, cero. La he buscado en Facebook, cosa que he intentado evitar de todas las formas posibles, pero que no he podido reprimir, aunque tampoco la encontré. La única opción que me queda es plantarme en su casa y obviamente esa es una locura que no voy a cometer. Ella nunca lo esperaría de mí y tampoco le gustaría que sucediera, buscábamos otra cosa y lo dejamos bastante claro el primer día, se supone que ambos queríamos lo mismo, por lo tanto, todo esto que yo siento y se me pasa por la cabeza está completamente fuera de lugar.

He conseguido centrarme en el trabajo, paso muchísimas horas al día en el taller, no salgo entre semana y el cambio ha sido tan notorio que hasta mi padre ha tenido que dedicarme una pequeña charla.

—Cristian. ¿Quieres que hablemos?

—¿De qué? —respondo sin esperar todo lo que vendría después.

—De ti. De tu vida. Puedes contarme lo que sea, aunque no lo creas yo también he tenido tu edad y probablemente haya pasado por cosas que tú

estás pasando ahora y pueda ayudarte. No creas que no me he dado cuenta de que vas dando bandazos de un lado a otro, ahora has escogido otro camino, pero déjame decirte que creo que tampoco es el ideal. Yo no te pedí esto, yo no quería que te pasaras los días encerrado en este taller, quiero que salgas, que disfrutes, que conozcas gente, que te eches una novia, que hagas lo que tengas que hacer... Porque si no cuando quieras darte cuenta se te habrá escapado la vida.

—No tengo nada que contarte papá. Tenemos muchísimo trabajo, eso es todo, hay mucho por hacer y hay que invertirle tiempo.

—Ya hemos invertido el suficiente por hoy, son casi las diez de la noche, yo me voy a casa, deberías venirte conmigo.

—Acabo un par de cosas y voy para allá.

—Como quieras, pero piensa en lo que te he dicho.

No hemos vuelto a hablar del tema, es cierto que paso gran parte del día entre estas cuatro paredes, pero no es verdad que haya dejado mi vida social a un lado.

Salgo todos los fines de semana, incluso he hecho alguna pequeña escapada a Valencia para ver a mi hermana. No negaré que lo tomé como una vía de escape porque salir por aquí con la esperanza de encontrarme a Catalina y que no fuera así comenzó a ser una tortura, la buscaba por todas partes sin poder evitarlo y no verla aumenta mis ganas.

Otra vez viernes, las semanas pasan que ni te enteras y contra más mayor te haces más cuenta te das de lo rápido que va el tiempo, el minuterero de nuestro reloj corre mucho más de lo que lo hacemos nosotros y a veces es imposible seguirle el ritmo. La melodía de mi móvil me despierta de mi ensoñación.

—¡Buenas! —El nombre de Rubén parpadeaba en la pantalla.

—¡Ei! ¡Qué pasa tío! ¿Cómo estás?

—Muerto. Mucho curro por aquí.

—¿Todavía estás en el taller?

—Sí, tengo que terminar un par de cosas todavía. Espero no tardar mucho.

—Te llamaba para salir a tomar unas birras.

—¿Hora?

—¿Ya?

¿Ya? Pues sí. Todo esto puede esperar a mañana o al lunes. Me apetece salir y tomar un par de cañas, un brindis por los viejos tiempos nunca viene

mal.

—Dame media hora, voy para casa y me doy una ducha. ¿Dónde nos vemos?

—Vamos a Coold Beer, el antro por excelencia.

—No. Hoy cambiamos de sitio, no tengo ganas de que el día de mañana ese garito forme parte de todos mis recuerdos.

—De lo que no tienes ganas es de ir con ganas de verla y que vuelva a no estar. A mí no me engañas guaperas.

—A palabras necias... Oídos sordos. Media hora.

Cuelgo. No me he fijado, pero tengo un nuevo WhatsApp, debí fijarme antes de abrirlo, seguramente aparecía el icono de peligro en rojo y amarillo fosforito. No podía ser. Otra vez no.

“Claudia: Hola... Imagino que esta vez tampoco vas a responder, pero no me importa ¿sabes? Yo seguiré escribiéndote para que sepas que la distancia no consigue que me olvide de ti, te echo muchísimo de menos... No te lo vas a creer, pero el otro día vino al estudio ANGELINA JOLIE, flipante, ¿verdad? La voy a tatuar la semana que viene y sólo de pensarlo ya me tiembla el pulso. ¿Tú cómo estás? Me encantaría poder hablar contigo, podríamos hacer una videollamada si quieres, me encantaría volver a oír tu voz, a veces esta ciudad me ahoga, mucha gente y muy pocas almas... algunos días me siento más sola de lo que debería. Di algo por favor... No soportaré que me odies el resto de tus días.”

En mi cabeza se repiten una y mil veces esas palabras a la vez que se entremezclan con un gran silencio, no puede ser, no puede irse, aparecer y desaparecer cada vez que le dé la gana. Noto un fuerte dolor en las palmas de mis manos, hasta ahora no me he dado cuenta de que las estaba apretando con fuerza, conteniendo en ellas todo lo que no quiero que salga todavía. Quiero ignorarla de nuevo, quiero borrar ese maldito mensaje, pero esta vez no tengo suficiente fuerza para hacerlo, y respondo.

“Cristian: Hola Claudia, esta va a ser la última vez que te escriba. Por lo menos respeta eso, tú ya tomaste una decisión y deberías dejar que yo tome las mías, quizá esto no dure eternamente, quizá pronto me vea preparado para esa videollamada, pero no es el momento. Yo estoy bien, pasando página, conociendo gente nueva e intentando centrarme de nuevo.

Te fuiste con un gran objetivo, ser feliz, espero que lo hayas conseguido, te lo mereces.”

El móvil empieza a vibrar de nuevo y el corazón se me para por completo, pero no, no es ella. Nunca me he alegrado tanto de que Rubén me vuelva a llamar.

—Dime.

—¿Dónde estás tío? ¡Han pasado cuarenta minutos!

—¿Cuarenta minutos? ¡No jodas! —Aquí estoy, volviendo a perder la noción del tiempo, con ella siempre es así.

—¿Todavía estás ahí? ¡Te mato!

—Luego te cuento. Salgo ya. Media hora, esta vez sí.

Vuelvo a colgarle y guardo el móvil, no me permito volver a mirarlo, no quiero saber si ha contestado, no quiero volver a leer lo que me había escrito, no quiero darle más vueltas a nada que tenga que ver con ella y no quiero que tenga este poder que claramente todavía tiene sobre mí. ¿Cuánto más va a durar esto?

Recojo a Rubén y evito contarle la verdad. Me invento una milonga que él se traga claramente porque si le digo que Claudia vuelve a las andadas seguramente me dirá todo lo que yo mismo me he dicho antes, que no la deje volver, que no le permita volver a entrar.

Y realmente... ¿Podré hacerlo? No puedo prohibirle la entrada a alguien que todavía no está fuera.

—¡Despierta de una puta vez! ¿En qué coño piensas? ¡Te estoy hablando!

—Joder, es que estoy reventado tío. Me he quedado en babia.

—¿Dónde te apetece ir?

—Vamos a algún chiringuito de playa. Necesito que me dé un poco el aire.

No debo ser el único que necesita aire. La terraza del chiringuito está abarrotada, la gente disfruta de la noche con música chill-out de fondo, charlan animados y beben cócteles tranquilamente, ajenos a la rutina que les acecha durante el día a día.

Se queda una mesa vacía y no tardamos en sentarnos. Y al hacerlo me impacta de lleno el sonido de su risa. Sería capaz de reconocerlo en cualquier lugar. Es Catalina, estoy seguro. Se ríe de la misma manera que lo hizo en su casa cuando me dijo que yo era tan friki como ella. La busco con la mirada,

disimulando y la encuentro. No me equivoco, efectivamente... ahí está.

A su lado hay un chico moreno, un tío de gimnasio que de vez en cuando deja caer una de sus manos en la pierna de ella, y con ellos hay otra pareja, no puedo apartar mis ojos de su mesa y antes de que me decida a saludarla, nuestras miradas se encuentran. Aparta la vista a los dos segundos, no hay nada, no hay un gesto cómplice, ni siquiera una leve sonrisa. Nada.

Se levanta para ir al baño y al pasar por detrás de mí me toca la espalda, lo entiendo a la primera, es un sígueme en toda regla. Espero un par de segundos y eso hago.

—Rubén ahora vengo. Vigila al tío que está con Catalina, cualquier cosa llámame.

La encuentro esperándome apoyada en una de las paredes, está más guapa de lo que recordaba, sus ojos brillan con más intensidad, y...

—Hola... Cuánto tiempo sin verte.

—Sí. No sé ni que hago aquí, me la estoy jugando. Si Toni nos ve aquí se puede liar gorda.

—¿Toni? No te entiendo Catalina. ¿Qué pasa?

—He vuelto con mi ex.

—Bueno, no pasa nada, no tienes que darme explicaciones ya lo sabes.

—Ya, pero quería hacerlo, sé que eres diferente Cristian, y me he acordado de ti muchos días, pero ni siquiera tengo tu teléfono.

—Eso tiene rápida solución, dame tu móvil. —me lo da y se lo apunto en un momento, dejando en sus manos el siguiente paso— ¿Puedo invitarte a una copa?

—Mejor no. Es muy celoso, prefiero que no vuelvas a mirarme como lo has hecho antes, no quiero que haya problemas...

—Está bien. Espero tu llamada entonces.

Quiero despedirme de ella, darle dos besos, pero al acercarme no puedo controlarlo, sentir de nuevo su olor y perderme en esa mirada que tantas malditas ganas tenía de volver a ver me hacen perder la razón y la beso, la beso sin importarme que esté su novio ahí fuera, la beso porque es lo que me apetece y ella no me aparta.

—Tengo que irme. Te llamo pronto.

Niego con la cabeza y me quedo ahí como un pasmarote viéndola marchar. ¿Quién no creía en las casualidades?

Un nuevo WhatsApp. ¿Será ella? Lo abro.

“Claudia: No te imaginas lo duro que es para mí leer esas palabras, pensé que siempre estarías a mi lado, me lo prometiste tantas y tantas veces... Y ahora que te necesito no estás. Te juro que intento entenderlo e intento no molestarte, pero te necesito. Me encantaría retroceder el tiempo y hacer las cosas de otra forma, hacerlas bien sin dañar a nadie. Pero eso ya no es posible. Espero que pronto cambies de idea y te des cuenta de que hay amistades que deberían durar eternamente, y sí, soy feliz... Estar aquí es el sueño de mi vida, sólo que a veces me gustaría poder compartirlo contigo.”

No puede seguir así. Borro la conversación y me entran ganas de bloquear su contacto, pero no lo hago, no se lo merece.

Claudia con sus palabras logra ponerme el mundo del revés y Catalina con su presencia lo hace todo más fácil.

Me voy a volver loco.

Dos mujeres, una misma esencia.

14

LA LLAMADA

No quiero seguir aquí. Algo en mi interior grita con furia que me marche, me meta en la cama y me olvide del mundo.

Me he pasado toda la vida enamorado de ella. ¿Sabéis lo que es eso? ¿Alguna vez os habéis enamorado de una persona que por más que pase el tiempo no podéis olvidar? Yo sí. Y es Claudia. Y ahora la odio, la odio por no dejarme olvidarla, la odio porque ella escogió no quererme, escogió marcharse, escogió otra vida y ahora no me permite elegir. Ahora aparece de nuevo como si nada, queriendo poner mi mundo al revés, pero esta vez no, ya no. La he querido de todas las maneras posibles, en silencio y a gritos, a plena luz del día y metido en mi cama al caer la noche, viéndola con otro y cuando estaba en mis brazos. Siempre. La he querido siempre, y aunque el miedo siempre estuvo ahí, verla sonreír me ayudaba a sacar fuerzas para arriesgarme, quererla me atormentaba porque nunca lo hicimos bien, pero a la vez era mi bálsamo. Y aquí tenéis todos mis miedos hechos realidad, ya no queda nada con lo que un día soñé, fue capaz de arrasarlo con todo, aparece y desaparece cuando le viene en gana igual que esas tormentas que destrozan cualquier cosa que encuentran por el camino. Y no lo puedo permitir, me rompió una vez y no dejaré que lo haga una segunda.

—Vámonos. —Rubén está con una chica morena, pero no me importa.

—¿Ahora? —Me mira intentando decirme que no es el mejor momento, que la tiene en el bote.

—Sí, ahora. Yo por lo menos me voy ya, si quieres quedarte llama a un taxi después.

Duda. Le conozco y sé que ha dudado.

—No, quiero saber qué mosca te ha picado de repente.

Entro en el coche y pierdo los papeles, me pongo a dar golpes al volante como un loco y a gritar histérico, Rubén intenta frenarme, pero no le escucho, oigo su voz, pero no consigo entender lo que me dice.

—¿Qué cojones está pasando? ¡Cristian!

Su grito me devuelve a la realidad y le miro. Noto como me arden los ojos de rabia, cómo soy incapaz de controlar mi pulso y cómo mi respiración

vuelve a la normalidad.

—Claudia. Ha vuelto.

—¿Cómo que ha vuelto? —Reparo en el doble significado de esa maldita frase, tan corta y tan hiriente a la vez.

—Ha vuelto a escribirme, otra vez. Pero algo me dice que ahora es distinto.

—Por un momento he pensado que decías que había vuelto a casa.

—No, por lo menos todavía no. Dice que es muy feliz en Los Ángeles, me imagino que no tendrá ningunas ganas de volver.

—Pero hay algo que me estoy perdiendo. Has ido al baño detrás de la rubita de piernas interminables, pero no sales hablándome de ella, si no de Claudia. Pensaba que habías pasado página hermano.

—Y yo. Yo también lo pensaba.

Rubén me convence para que vayamos a tomar algo a Coold Beer y tres cubatas y dos horas después estoy mucho más relajado y tengo las ideas mucho más claras.

—Que sí. Que tienes razón. Que no pienso pasarme toda la vida queriéndola.

—Eso me dijiste la última vez, pero si permites que te arrastre todas y cada una de las veces que le dé por aparecer, mal vamos.

—Que no, que no.

—¿Quieres otro? —Señaló el vaso de tubo vacío que había encima de la mesa.

—Esta vez un whisky con hielo.

—Vas fuerte campeón.

Y sí, de tan fuerte que voy me siento capaz de todo, quizá el golpe sea tremendamente fuerte, pero ahora mismo no me importa absolutamente nada, así que cojo el móvil y me lanzo al vacío.

“Cristian: ¿Qué es lo que quieres leer? ¿Que sigo en el mismo sitio de siempre? ¿Que sigo completamente loco por ti? Pues sí, aquí lo tienes, puedes estar tranquila porque todavía dispones de un tonto al otro lado del charco. Ahora ya puedes seguir con tu feliz vida americana porque, aunque sé que te mueres por leer esto, conocer la verdad siempre asusta y estas palabras volverán a alejarte de mí.”

Pulso enviar sin pensarlo dos veces. Al instante un número desconocido

hace parpadear la pantalla de mi móvil.

—¿Sí?

—Hola. —La voz de Catalina me abruma de tal forma que el alcohol me baja a los pies de repente.

—Catalina.

—Veo que no esperabas mi llamada.

—No, al menos no tan pronto. —Me levanto y salgo fuera bajo la atenta mirada de Rubén.

—Me ha gustado mucho verte de nuevo, y no sé... No esperaba encontrarte, y mucho menos que me besaras.

—¿Llamas para recriminármelo? —Cambio el tono de voz, más distante, más seco.

—No, para nada. Llamo para decirte que me muero por volver a verte.

—Sólo tienes que decirme hora y lugar.

—Pero...

—No me importa. Tú sabrás lo que haces con tu vida, quieres verme y yo quiero lo mismo, respeto tus decisiones, si me pides que no aparezca no lo haré, de lo contrario... No me importa nada, ni nadie.

—Entonces nos vemos en una hora en mi casa.

Cuelga sin dejarme decir nada más, aunque en realidad está todo dicho, voy a volver a verla y sinceramente imaginarlo hace que la herida escueza un poco menos.

—Rubén, no tardaré en irme, me ha llamado Catalina y he quedado con ella en una hora.

—He renunciado a la morenaza de antes por ti y, ¿así me lo pagas?

—No vayas de víctima, es lo mejor para tu relación con Nadia, tú no lo sabes, pero te estoy salvando el culo colega.

—No tenemos una relación, además, si ella no está y otras quieren cuidarme y darme cariño... Tendré que dejarme querer.

—Ten cuidado, si te gusta, llámala e invítala a pasar el fin de semana contigo, no la cagues otra vez.

Salgo del local dando un consejo cuando probablemente sea el menos indicado para hablar, cuando quizá sea yo el que deba sentarse a escuchar los consejos de los demás, pero mi grado de sensatez es bastante bajo y salgo antes de lo establecido para encontrarme con mi chica.

¿Mi chica? Un pensamiento que cruza mi cabeza sin permiso, pero no suena mal, nada mal.

Mi chica.

15

SI TE PASARA ALGO...

—¡No vuelvas a tocarme! ¿Me oyes?

—¡Siempre he sabido que eras una puta! No sé cómo cojones has conseguido engañarme otra vez.

Se escucha un golpe seco. Y un grito. Es ella discutiendo con alguien. ¿Qué narices está pasando ahí arriba? Toco el timbre, pero nadie me abre, llamo a su móvil tres veces seguidas pero no recibo respuesta, las voces cada vez van a más, escucho barbaridades, ella no se amilana, está enfurecida, necesito estar ahí, necesito calmarla.

—¿A cuántos tíos quieres follarte ahora?

—¡Estás loco! ¡Enfermo! ¡No quiero estar con alguien como tú, ya no! ¡Vete de mi casa de una puta vez!

Parece que no va a acabar nunca, yo cada vez estoy más nervioso, tengo que subir como sea y no dudaré en echar la puerta abajo si es necesario, pero cuando menos lo espero un tipo abre el portal de muy malas formas, me mira de arriba abajo y escupe muy cerca de mí. No quiero entrar en su juego, no pierdo más tiempo, entro y subo todo lo rápido que puedo, dejándolo atrás, escuchando sin querer lo que dice: Vamos, fóllatela, mañana me estará llamando a mí otra vez.

Maldito hijo de puta.

Aporreo la puerta, pero parece que Catalina no esté aquí.

—Catalina, soy yo. Vamos, abre.

Nada, no abre, no contesta, nada... No puedo obligarla a algo que no quiera, no puedo obligarla a verme, no puedo obligarla a pasar un rato conmigo ni a que me cuente lo sucedido, pero sí puedo quedarme aquí hasta que ella decida que es el momento.

Le envío un mensaje.

“Cristian: Está bien. No sé qué narices ha pasado aquí hace unos minutos, pero quiero que sepas que lo he oído todo, he llegado antes de tiempo, las ganas de verte han podido conmigo y ahora ni siquiera me abres la puerta. Espero que estés bien, espero que se te pase y te apetezca verme en

un rato, de todas formas, estaré aquí fuera, dormiré aquí si es necesario. Tú decides, si mañana tengo la espalda destrozada te sentirás culpable por ello y no es para menos.”

Lo he intentado y funciona, en apenas dos minutos aparece su rostro por el umbral de la puerta, apoya su cara en la madera mientras me mira y sonrío con una tímida tristeza.

—No conocía esa parte de ti, eres insistente.

—Sólo cuando alguien me importa.

Sí. Yo he dicho eso... Genial. ¿Dónde se ha quedado eso de ser el hombre de hielo? Empiezo a bajar la guardia.

—¿Quieres pasar?

—Hombre... Si prefieres salir tú... Este escalón es cómodo y probablemente tengamos a los vecinos entretenidos si nos quedamos en el rellano.

—¡Que idiota eres! Anda, levanta del suelo.

Entro y no puedo evitar fijarme en que el comedor está más desordenado que la otra vez, hay un marco de fotos en el suelo, el cristal se ha hecho añicos, todavía no le ha dado tiempo a recogerlo... Cuando algo me asalta de repente. Eevee, la gata que odia al mundo ahora se encuentra en mi regazo, pidiendo cariño y probablemente protección.

—Le gustas.

—Es un gran honor... No me lo esperaba.

Nos sonreímos sin decir nada más, ni una sola palabra. Ella necesita tiempo y yo no quiero presionarla, aunque por otro lado me muera por saber que ha ocurrido.

—Puedes contármelo si quieres. —La miro, quiero que entienda que puede confiar en mí.

—Es difícil. Es una relación complicada, nuestras discusiones son muy fuertes y a veces alertan al resto del mundo, pero es que somos así, no existen las relaciones ideales y perfectas.

Y lo veo, sin querer veo la marca que tiene en el brazo, y algo me quema por dentro, tanto que no puedo controlarlo.

—Quizá no, pero hay cosas que no deberían entenderse como normales. ¿Te lo ha hecho él? —pregunto señalando el golpe.

—Si estás aquí para meterte dónde no te llaman quizá lo mejor sea que te vayas.

—No es eso Catalina, es sólo que no soportaría que te hicieran daño.

—¿Qué más te da a ti? ¡No lo entiendo! Prácticamente no nos conocemos de nada, nos hemos visto muy pocas veces, no sé qué pretendes, no sé qué quieres de mí.

—Y eso te descoloca. Quiero de ti lo mismo que quieres tú.

—Y, ¿Qué quiero yo?

Dejo a Eevee a un lado del sofá y me levanto sin quitarle la mirada de encima. Sus ojos me envuelven y entonces sé que no quiero marcharme, que quiero retenerla, necesito que me mire todos los días porque me hace sentir bien, sé que quiero protegerla y que no soportaría que le hicieran daño. Acaricio la marca de su piel, intentando aliviar su dolor con la yema de mis dedos y entonces hablo.

—Creo que lo único que quieres es pasar el tiempo con alguien que te haga sentir bien, que esté hablando contigo hasta las siete de la mañana sin necesidad de follarte por las esquinas. Creo que mereces apartar de tu lado todo lo que te haga daño, y sí, me refiero a esto. —vuelvo a pasar mis dedos por su brazo— Porque esto no es algo normal, no puedes permitirlo, no puedes creer que te quieren más por tratarte de esta manera, tú no eres propiedad de nadie, tú tienes poder de decisión, no tienes que conformarte con lo que has tenido hasta ahora porque probablemente te merezcas mucho más.

—Claro... Y ahora viene cuando me dices que eres tú la persona que merezco.

Se zafa de mis brazos, me mira dos segundos y negando con la cabeza se marcha a la cocina, dejándome ahí plantado sin saber que contestar.

Vuelve y me tiende mi vaso, no sé qué ha preparado, espero que un whisky doble, esta noche va a ser intensa y lo voy a necesitar.

—¿Ahora ya no tienes nada que decir?

—Creo que ya lo he dicho todo.

—No. No me has dicho lo más importante. No me has dicho por qué has venido sin pensarlo dos veces, no me has dicho por qué me has besado en los lavabos esta noche, no me has dicho por qué no me merezco a alguien como él, y es que si te paras a pensar en realidad no me has dicho nada.

—No te he dicho nada porque creo que todo eso ya lo sabes tú, y no, no voy a decirte que yo soy la persona que mereces porque probablemente te estaría mintiendo. Yo no soy la persona que ahora mismo podría quererte sin límites, yo no soy esa persona que va a curar tus heridas y que está dispuesto

a amar sin condiciones, yo no soy esa persona que podría hacerte feliz... Pero creo que él tampoco.

—Le he dejado.

—Es el primer paso, no aferrarse a alguien que no te hace bien. ¿Es la primera vez que pasa?

— ¿El qué? —miro la marca, ella pasa su mano por encima y me mira, tranquila, en calma— ¿Esto? No. Estas peleas son de lo más normal, los dos perdemos los papeles, los dos decimos cosas que no deberíamos decir y que en realidad no pensamos y a los dos a veces se nos va la situación de las manos.

—No lo permitas, apártalo de tu vida.

—Creo que deberías irte...

Ahí está de nuevo esa barrera que la aleja de mí, vuelve a colocarse la coraza y yo no puedo hacer nada para evitarlo.

—Si es lo que quieres... A mí no me importa quedarme contigo esta noche, es más, me encantaría.

—No es buena idea, de verdad. Después de todo esto creo que necesito estar sola.

—Lo entiendo. Llámame si lo necesitas, sea la hora que sea.

—Descuida, lo haré si es necesario.

Me acompaña a la puerta sin alargar mucho más la conversación, quiere sacarme de aquí, no quiere tratar más ciertos temas, quiere estar sola y lo comprendo, pero no puedo evitar sentirme frustrado, quiero quedarme con ella, me apetece seguir aquí.

Y de repente, una puerta se cierra tras mi espalda.

No hay más que una fría despedida.

16

VERBENA

Desde que tengo uso de razón la víspera de San Juan la hemos celebrado en familia, nos juntamos todos, también algunos de nuestros amigos, por norma general Martín, Claudia y Rubén siempre han estado por aquí, aunque este año todos sabemos que habrá bajas. Martín y Sara lo pasaran juntos en algún lugar de la mancha... O algo así. Me la suda un poco. Y dudo mucho de que en Los Ángeles se celebre la verbena. Eso sí, tenemos nuevo fichaje, Javier.

Barbacoa, música, alcohol y buena compañía. ¿Se necesita algo más?
Bip, bip...

“Claudia: Os echo de menos, aquí es un día sin más, me encantaría poder estar allí con vosotros”

Menos mal que hay otra conversación sin abrir, otro mensaje que no he leído, otras palabras que abren un gran abanico de posibilidades y de nuevas ilusiones.

“Catalina: ¿Pensabas que me había olvidado de ti? Error. No vayas de duro, sé que empezabas a echarme de menos. ¿Qué tal va tu cena? ¿Irás a la hoguera? Me encanta el fuego, soy una chica muy ardiente, por si no te habías dado cuenta todavía.”

Este último mensaje es el alcohol que cura la herida del anterior, el que me empuja a eliminarlo sin dudar y el que hace que una leve sonrisa aparezca en mi cara. Le contesto al momento, para qué voy a esperar, no nos hemos vuelto a ver después de lo que pasó el otro día, pero hemos hablado prácticamente todos los días, me gusta todo de ella, cada vez llega un poco más hasta mí y creo que nuestra relación cada vez es más abierta y sincera.

“Cristian: No pienso responder a eso, no pienso reconocer que quizá un poco de menos sí que te echaba. ¿Me estás proponiendo que vayamos juntos?”

Vaya, vaya... La chica dura empieza a resquebrajar su coraza...”

Y por primera vez en muchos meses no me apetece estar con nadie más, empiezo a sentir de nuevo cómo poco a poco, pieza a pieza, está reconstruyéndose mi interior y sé que en gran parte es gracias a ella.

—¡Oye! —Carol chasquea sus dedos a un centímetro de mi cara— ¿En qué planeta vives? ¡Joder!

—¿Qué pasa?

—Eso digo yo... ¿Qué pasa? Llevo un rato mirándote y estás ido.

—Nada, pensaba en mis cosas. —Y sí, sonrío como un idiota.

—¿Qué vamos a hacer después? ¿Vamos a la hoguera?

¿Todos? Todavía no es el momento, pero claro, tampoco puedo pedirle a mi hermana que se quede en casa simplemente para que no me vea con ella...

—Me ha escrito Catalina hace un momento y justamente me ha hecho la misma pregunta.

—¿Os habéis visto más? —Es una romántica empedernida, se le ha iluminado la cara al momento.

—Sí. Nos encontramos el fin de semana pasado, y bueno... vamos hablando. Tengo ganas de verla.

—No sabes cuánto me alegro, de verdad. Tenía muchísimas ganas de volver a ver ese brillo en tus ojos.

¿Qué brillo? Ella ya está viendo historias donde ni siquiera hay un simple párrafo. Pero mi móvil no tarda en vibrar y yo me muero por leer qué hay al otro lado de la pantalla.

“Catalina: La coraza contigo pesa demasiado. Y sí, te estoy diciendo que vayamos juntos, ¿te apetece? En una hora estaré allí.”

“Cristian: No hay nada más que hablar, nos vemos en una hora.”

—Carol, no te emociones. He quedado con ella en una hora.

—¿Cómo llevas el pequeño inconveniente?

Ah, sí... El “pequeño” inconveniente. MAL. Lo llevo muy mal, aunque cada vez mejor. Es sólo que cuando menos lo espero, vuelve a aparecer, cuando parece que sólo estamos nosotros dos, que por fin he conseguido liberarme de los fantasmas del pasado, cuando parece que la he arrancado de mí y de mi mente, ocurre cualquier detalle, cualquier tontería, que hace que me pierda en esa mirada azul y que me olvide hasta de su nombre para pensar

en el de ella... Y es que la tengo tan clavada en mí que el proceso está siendo más lento de lo que me gustaría.

—Si te digo que está solucionado te estaría mintiendo.

—Todavía piensas en Claudia.

—No puedo dejar de hacerlo. Lleva unos días escribiéndome, no me da tregua, yo necesito un respiro y parece que no quiere verlo. No sé qué es lo que quiere, yo sólo pido que me deje en paz.

—Hablé ayer con ella y te echa de menos... No entiende por qué no le respondes los mensajes, ni por qué la odias.

—No la odio.

—Pero tampoco le permites que continúe en tu vida como si nada.

—Las decisiones cambian las cosas, no hay más. Ella ha decidido y en contrapartida ha obtenido esto por mi parte, imagino que algún día todo podrá volver a la normalidad, pero ahora mismo... no.

—La sigues culpando y tú también estás con Catalina, y...

—Te equivocas. Yo no estoy con Catalina, pasamos tiempo juntos, nos gustamos y nos sentimos cómodos, pero no hay nada más. Ninguno de los dos está preparado para otra cosa.

—Está bien, no seré yo la que te dé el coñazo y se ponga en modo madre.

Tomamos un par de copas más en casa antes de dirigirnos a la playa, Catalina me ha escrito para decirme que no irá sola y es el empujoncito que me falta a mí para dejarles venir conmigo, no estoy seguro de querer que se vean, no tengo ni idea de lo que puede pasar, pero ahora ya sólo nos queda comprobarlo.

No tardo en encontrarla, está preciosa, más que ningún otro día. Lleva el pelo suelto y ondulado, decorado con una corona de flores blancas, un top blanco apretado al pecho, con mangas, pero que deja sus hombros al descubierto y una falda blanca, tan larga que roza la arena, baila descalza, se ríe libre, tranquila... en paz.

Muero un poco por dentro. Irremediablemente esa imagen termina de cautivarme por completo.

—Es aquella de allí. —La señalo disimuladamente, pero mi hermana el disimulo lo tiene en el culo y además perfectamente escondido.

—Me parece que tu hermano prefiere que seas discreta. —Javier no puede contener la risa, a Carol en cualquier momento se le van a salir los ojos de las cuencas de tanto observar o se le romperá el cuello, porque siempre

que intenta disimular hace unos movimientos extremadamente raros.

—Más discreta no puedo ser, nadie se ha enterado que la estaba mirando a ella.

—La verdad es que un poco sí, me sentía observada, muy observada a decir verdad, pero bueno, al menos he encontrado a Cristian rápido. Gracias.

La voz de Catalina nos aborda sin esperarlo. La hemos perdido de vista unos segundos, y aquí está.

Yo niego con la cabeza, ella y Javier ríen, y Carol... Casi explota de vergüenza.

—Soy Carolina, la hermana de Cristian.

—Lo sé, me ha hablado mucho de ti. Tú debes de ser Javier. —se saludan con dos besos— También sé quién eres, os tengo a todos controlados. Yo soy Catalina, una amiga.

—Eres guapísima... Y tienes unos ojos... —Carol me mira antes de seguir hablando, se acaba de dar cuenta de lo que ha estado a punto de decir.

—Muchas gracias, es un placer conoceros, pero si no os importa os lo robo un rato, me lo llevo a tomar una cerveza.

Y vuelve a salvarme. Vuelve a coger mi mano y a llevarme fuera del bullicio de gente, me aparta de la multitud y me besa, con ganas, con ansiedad... Como si llevara toda una vida esperando para hacerlo.

17

SAN JUAN

—No me habías dicho que vendrías acompañado.

—Si soy sincero no era mi intención, ni yo mismo lo sabía.

—Tranquilo, te perdono, pero sólo porque tu cuñado está cañón. —Me guiña un ojo con picardía.

—¿Te he dicho alguna vez lo celosa que es mi hermana?

Sonríe tranquila mientras se acerca lentamente a mi boca, entreabriendo la suya, apresurando el momento del encuentro de nuestros labios.

—Me apetecía mucho verte. —Le dije con ganas de más, con ganas de todo.

—A mí también y lo que más necesitaba era tenerte delante para decirte lo mucho que lo siento.

—¿El qué?

—No quería que te marcharas la otra noche, pero me asusté. Nunca he compartido esos momentos con nadie, no supe gestionarlo y lo más fácil fue apartarte. Siento que vinieras para nada.

—Ya lo habíamos hablado, no te preocupes. Y te equivocas, fui para mucho, creo que alguien te tenía que decir todo lo que escuchaste aquel día. Sé que eres especial, y...

—No puedes enamorarte de mí. —responde más seria de lo que esperaba.

—Relájate. Quizá seas tú la que se enamore y cuando pase no dudaré en decirte que te lo advertí.

Su mirada al escuchar mis palabras cambia y me congela el alma, a veces no hace falta hablar porque nuestros ojos son capaces de decir tantas cosas que incluso a veces asusta. Me parece ver un leve brillo, una aceptación a lo que pueda pasar en un futuro y tengo que reconocer que el reflejo de Claudia en el azul de sus ojos empieza a perder fuerza, cada vez la veo más borrosa, menos nítida, sé que sigue estando ahí, pero me parece que ya no puedo verla con la misma claridad.

Me deja atónito cuando al volver con los demás coge mi mano y entrelaza sus dedos con los míos. La miro y los dos sonreímos al mismo

tiempo, dejándonos llevar.

No esperaba encontrarme con semejante situación al llegar, con ellos hay dos siluetas más, ambas de mujer, y en cuanto las reconozco, una de ellas me provoca cierto rechazo al instante.

—¡Nadia! ¿Tú por aquí? ¿Cómo estás? —la saludo con un fuerte abrazo, me hace ilusión verla, pero la calidez se esfuma en cuanto me toca dirigirme a ella. —¿Qué tal todo Patricia?

—Hola, todo bien, aunque veo que tú estás mucho mejor. —No le quita la vista de encima a Catalina, ella le sonrío con gracia y se pega más a mí.

—Estoy más a gusto que en brazos, la verdad. —Sonrío con indiferencia, es eso o mandarla a la mierda otra vez.

—No os imagináis lo que me ha costado encontrar este sitio, definitivamente tengo un pésimo sentido de orientación. —Nadia quiere romper el hielo, y funciona.

—Que calladito te lo tenías. ¿Sabías que venía? —Le pregunto a Rubén.

—La verdad es que no, habíamos hablado mucho y planeado muchas cosas, pero no había nada claro por el momento. —El tono de voz era distinto.

¿Está más tontito de lo habitual o son impresiones mías?

—Voy a por algo de beber. —Patricia se marcha indignada, y yo lo agradezco.

—¿Qué hace ella aquí? —pregunto.

—Lo siento, no quería traerla, le pedí que me dejara venir sola, pero no ha habido forma, no para de decir que necesita hablar contigo.

Es entonces cuando Catalina carraspea, haciéndose notar, recordándome que es el momento de las presentaciones.

—Perdonad, no he tenido la decencia ni de presentaros. Chicos, ella es Nadia, una amiga, la conocimos en Ibiza. Ella es Carolina, mi hermana. Él es Javier, mi cuñado. Y ella es Catalina.

Catalina, sin más. Sin explicaciones, sin etiquetas, básicamente porque no tenemos que ponerle nombre a algo que todavía está por empezar.

Estamos muy a gusto los seis, nos sentamos en la orilla del mar, permitiendo que las olas nos mojen los pies, nos sentimos cómodos juntos, parece que lo hayamos hecho mil veces antes, parece que nos conocemos de toda la vida, que hayamos compartido muchos momentos, y es que, si tuviera que elegir un lugar en el mundo, me quedaba aquí sin dudar un segundo.

—¿Dónde se ha metido tu amiga? —Le pregunta Carol a Nadia.

Es verdad, no ha vuelto todavía, pero es que realmente nadie la echa de menos.

—Me ha mandado un WhatsApp, se ha quedado tomando algo con no sé quién.

—Siento ser yo el que te diga que esta chica está muy perdida en la vida... —Nadie me ha dado vela en este entierro, pero quiero intervenir.

—Y siento ser yo la que tenga que decirte que lo sé. Ha cambiado mucho, últimamente estamos muy distanciadas, el tiempo nos ha cambiado y cada vez tenemos menos cosas en común.

—Te la has tirado. ¿Verdad?

La pregunta de Catalina produce un gran silencio, ahora todos esperan mi respuesta.

—Sí.

—Se nota, en cómo me ha mirado, en cómo se ha comportado, está resentida.

—No entiendo el porqué. Está a punto de casarse, celebró su despedida de soltera en Ibiza.

—Entiendo... Y te tocó ser el *boy*.

Tenemos que reírnos, está siendo una conversación de lo más natural y de lo menos esperada.

Un cohete sale disparado y estalla contra el cielo explotando en mil colores, iniciando así oficialmente la verbena de San Juan. Siempre se ha dicho que esta es la noche más mágica del año, la que inicia el verano, la noche del fuego y los rituales.

Es el momento de encender la gran hoguera, es tradición que la encendamos entre todos los presentes, los que quieran, por supuesto, y al acercarnos puedo ver como Catalina saca un papel de su bolsillo, lo desdobra y le prende fuego para después lanzarlo y dejarlo ir. Es una carta, supongo que, escrita de su puño y letra, y sin poder evitarlo mi cabeza no deja de preguntarse qué habrá escrito en ese papel.

—Espero que algún día quieras contarme a qué acabas de prenderle fuego.

—A mi pasado, no quiero mirar más hacia atrás.

No sé qué contestarle y ella se calla, quiero que continúe, que siga hablando, quiero conocerla más, conocer su pasado, que se sienta cómoda contándome todo aquello que la haga sonreír al recordarlo, de la misma manera que quiero conocer todo lo que la perturbó alguna vez.

—Hay miles de leyendas sobre la noche de San Juan. —prosigue— Miles de ritos, la más popular consiste en saltar por encima de una hoguera, ¿lo sabías? Según cuentan, el fuego protege a todo aquel que tenga el valor de atravesar las llamas, y para eso debo reconocerte que soy una cobarde, jamás sería capaz de hacer algo así, por eso opto por esto, porque hay otra leyenda que dice que si quieres desprenderte de algo, desahogarte y limpiarte por dentro, debes escribir en un papel todo lo que sientas, expresar todo aquello que te hace sentir mal, todo lo que se haya quedado anclado en tu alma, prenderle fuego y después observar cómo las malas vibraciones y las malas energías se eliminan lentamente gracias a que las hiciste arder.

—Vaya... No esperaba que fueses tan mística.

—Es que realmente creo que no lo soy, pero seguramente te queden muchas cosas por descubrir de mí que tampoco esperas.

—Algo me dice que estaré encantado de hacerlo.

La beso y consigo olvidarme de todo lo que nos rodea, logrando quedarme a solas con ella en mitad de la multitud.

18

AUTÉNTICA Y ESPECIAL

Entramos en su piso comiéndonos a besos, nos hemos ido antes que los demás, hemos terminado la fiesta con ganas de empezar una más privada.

Me empuja hacia el sofá y se sienta a horcajadas encima de mí. Se acerca lentamente a mis labios, me besa, primero es un beso corto, suave y sutil, después sus manos me quitan la camiseta, se pasean por mi espalda hasta que se paran en mi nuca, me acerca más a ella y el beso inocente que estaba ahí hace apenas unos segundos deja paso a un beso hambriento, nuestras lenguas se entrelazan, nuestras manos arden al contacto, nuestros cuerpos se necesitan y yo no recuerdo haberme sentido tan a gusto antes, no recuerdo haberme sentido tan bien en otras manos, en otros labios... Esta sensación es nueva, y quiero quedarme con ella hasta el final.

Me mira y rompe la magia del momento, me mira y alguien más irrumpe en mi mente, me mira y su voz suena en mi cabeza relejendo los últimos mensajes que me ha estado enviando, me mira y es como si todos los kilómetros que hay entre nosotros se desvaneciesen y ella estuviese aquí de nuevo. Me mira y dejamos de ser dos.

No puedo dejar que se apodere de nuevo de estos momentos, no quiero que recobre la fuerza que ya había perdido, este ya no es su lugar.

La giro, la muevo sin pedir permiso, la aparto de mi vista para que me dé la espalda. Ahora mismo sólo puedo pensar en una cosa y no me importa la postura, a ella tampoco, se deja hacer y así será mucho más fácil. Entro en ella desde atrás y sus gemidos me hacen volver a la realidad, quiero quedarme aquí, quiero sentir que este es mi sitio.

—¡Cristian! —Chila mi nombre mientras que con una de sus manos se acaricia sin parar acelerando el orgasmo.

Verla así, tan desinhibida, puede conmigo, Catalina es natural y sensual a partes iguales, es capaz de todo, es capaz de llevarme al séptimo cielo si se lo propone, es una diosa del sexo. Y me dejo ir, me corro pensando en todas las veces que seré capaz de hacerle el amor.

Abro los ojos cuando un rayo de luz comienza a señalarme sin pudor, la claridad me molesta de tal forma que me despierto de golpe.

Estoy en su cama, en su habitación, he amanecido a su lado. Esto sólo significa una cosa y es que ya hemos empezado a saltarnos nuestras propias reglas, nada de amor, nada de dormir abrazados, nada de sentimientos, ¿lo recordáis? ¿Dónde han quedado todas esas palabras?

—Buenos días. Perdona, me quedé dormido ayer, no me odies.

—Mmm... —se despereza— ¿Por qué iba a hacerlo?

—Pensaba que nuestra religión nos prohibía dormir juntos.

—Ya se sabe que lo prohibido es demasiado tentador.

Me giro para mirarla, aguanto mi cabeza en el brazo derecho y le sonrío.

—Entonces, ¿puedo quedarme?

—Si quieres, sí.

Quiero claro que quiero.

—Háblame de ti. —Al oír mis palabras se gira tal y cómo yo he hecho minutos antes.

—No hagas que me arrepienta de la decisión. —su voz suena más suave y dulce esta vez— ¿Qué quieres saber?

—Todo lo que quieras contarme, no sé, cuándo es tu cumpleaños, de qué trabajas, si estudiaste, si te gusta más leer o ver una película, si te has enamorado muchas veces, si de pequeña tuviste una mascota... Puedes hablarme de tus amigos, de tu familia... No sé, prácticamente no sabemos nada uno del otro.

—Vaya, te has despertado curioso hoy, tendrás que recordarme alguna pregunta, no sé si he sido capaz de retener todo eso. —ambos reímos y ella carraspea antes de seguir hablando— A mi familia la tengo más lejos de lo que me gustaría, ellos viven en Madrid y no nos vemos mucho pero siempre están ahí si lo necesito, mis padres siempre han sido muy protectores conmigo y cuando les dije que quería vivir en Valencia casi montan en cólera por el tema de la distancia, pero ya ves, todo se supera. Mis amigas, las de verdad, también están lejos. Lisa, es como mi hermana, pero ella vive en Londres, la vida nos separó, pero únicamente poniendo miles de kilómetros entre nosotras y, aun así, somos inseparables, Marta y Gema también están en Madrid, y aquí he conocido mucha gente, pero no termino de forjar ese vínculo especial con nadie. Soy escorpio, deberías empezar a temerme porque todo lo que se dice de nosotros, es cierto, soy encantadora pero también puedo ser un veneno andante, nací el 10 de noviembre del 92, este año cumpla veinticinco. No quise estudiar, me puse a trabajar muy jovencita, cosas de la vida supongo... Ahora soy dependienta, trabajo en una tienda de

ropa.

Me doy cuenta de lo atento que estoy escuchándola hablar y que se ha dejado un par de preguntas sin contestar.

—Te has dejado alguna. ¿Cine o leer?

—Cine, sin lugar a dudas, debo reconocer que soy una gran aficionada al cine español.

—¡Anda ya! ¡No te creo! ¿Por los efectos especiales? —Y me rio yo mismo de mi broma, me rio mucho, hasta que me doy cuenta de que a ella no le ha hecho ni puta gracia y que además empieza a mirarme raro.

—¿Has terminado de burlarte de mí?

—No me estaba burlando de ti, de verdad, perdona, es que no sé, no imaginaba que ibas a decirme eso, te veía más viendo una comedia romántica de Channing Tatum que una de Torrente.

—El cine español no se basa única y exclusivamente en Santiago Segura, de hecho, no he visto ninguna de las cinco. Personalmente me gusta mucho más David Serrano de la Peña, Almodóvar e incluso Álex de la Iglesia.

—No he visto muchas películas españolas, un día puedes preparar una sesión de cine con las que más te gusten. Podríamos verlas juntos.

—¿Eso es que te gusta más leer?

—No. La verdad es que creo que no he cogido un libro en la vida, quedaría de puta madre si te dijera que sí, pero te mentiría. Prefiero la música.

—¿Cantante favorito?

—No tengo uno por excelencia, me flipa Melendi, me encanta Fito, no sé, escucho todo tipo de música.

—¿Reggaeton?

—También.

—Sal de mi casa, no quiero escuchar nada más. —y esta vez es ella la que se carcajea en mi cara, ¿qué problema hay? Es un estilo pegadizo— Es broma idiota, es que no me gusta nada.

—Has cambiado de tema muy rápido, todavía te queda una pregunta por responder.

—¿Cuál?

—¿Te has enamorado muchas veces?

—No creo que la gente se enamore muchas veces en la vida, y yo no soy distinta, me he enamorado dos veces.

—Ya me vas ganando.

—Tienes que quererla mucho para no conseguir borrarla...

Me da la sensación de que con ella no puedo esconderme de nada, ella siempre va por delante, es como si hubiese estado ahí durante mucho tiempo, observándome, viviendo todo lo que me ha ocurrido a lo largo de los años y me comprendiera mejor que nadie.

—Mucho. Algo así como un amor imposible.

—Los amores imposibles no son sanos, los amores imposibles duelen.

—¿Estás o estabas muy enamorada de él?

—¿De Toni? Locamente. Soy consciente de que no es la típica relación que entra en los baremos de la normalidad, sé que el resto del mundo es incapaz de comprendernos, sé que no es ni sano ni normal, pero le he querido como nunca antes lo había hecho.

—¿Pese a todo?

—Pese a todo. Hemos estado tres años juntos, quizá no muy estables, pero tres años al fin y al cabo...

—Pero no te trata bien.

—No entres ahí porque no lo sabes. Tiene un carácter fuerte, es celoso y demasiado impulsivo, discutimos mucho, los dos somos muy temperamentales y supongo que se nos va de las manos, nos tratamos ambos de la misma forma.

—Perdona, no quería molestarte.

—Tranquilo, en parte sé que tienes razón, supongo que eso es lo que me ha llevado a tomar la decisión final.

—¿Ha intentado ponerse en contacto contigo?

—Sí y no. Me escribió el otro día y hablamos, pero poco más, no ha intentado seguir ahí, no ha intentado llamarme, no se ha presentado aquí como alguna de las otras veces, nada. Y ahora, creo que es tu turno, háblame de ella.

—Se llama Claudia. La conozco desde siempre, es la mejor amiga de mi hermana y llevo enamorado de ella desde que tengo uso de razón, recuerdo admirarla cuando sólo era un crío, recuerdo cómo me gustaba que viniera a casa y se quedase a dormir, recuerdo haberla querido toda la vida. Hará unos cinco meses que se marchó a Los Ángeles porque soy el tío más imbécil del planeta, ella estaba a punto de casarse cuando descubrió que su novio la engañaba, lo pasó mal, muy mal, y yo intenté estar con ella todo el tiempo que me permitía, que cada vez fue más, cada vez la sentía más cerca, de repente noté cómo su mirada hacia a mí era distinta, noté que algo había

cambiado en su interior, empezó a haber ganas, a querer compartir mucho más conmigo, hasta que un día nos besamos. Fue saliendo del estudio de tatuajes al que la había llevado para que le hicieran una entrevista, estaba tan feliz que se lanzó a mis brazos, pero no hubo nada, ese beso estaba vacío, yo volqué en esos segundos todo lo que sentía por ella y todo lo que daría por ella, pero no encontré lo mismo, me encontré con unos sentimientos demasiado confundidos, es más, el dueño de ese estudio es con quién comparte ahora mismo su vida a miles de kilómetros de mí.

19

ESTE NO ERA EL PLAN

Suelto todo lo que llevo dentro, no mido mis palabras porque no creo que sea necesario, ella me pregunta y yo sólo quiero contestarle la verdad, no gano nada mintiendo u ocultando, Claudia ha estado siempre ahí y por desgracia sigue estando.

Compartimos algunas confidencias más, hablamos hasta que nos quedamos sin saliva y nos damos cuenta de que es prácticamente la hora de comer.

—Se ha hecho tarde, tengo que irme.

—Sí, yo he quedado hoy para comer.

—¿Nos veremos pronto? —Cállate que se te ve el plumero.

—Cristian, yo...

—No digas nada. Mejor vamos hablando con calma, sin presiones y decidimos. ¿Vale?

—Perfecto. Mucho mejor así.

Se levanta completamente desnuda, sin pudor alguno y envuelve su cuerpo con la sábana que nos ha cubierto durante la noche, se queda quieta, observando cómo me visto, sonrío y se acerca a mí. No tarda en atrapar mi boca con la suya, pero cuando se separa yo quiero más, con ella siempre quiero más.

—Estabas a puntito de marcharte.

—Parece ser que prefieres que me quede.

—Negaré ante cualquiera haber confirmado semejante tontería.

Le quito la sábana de encima y observo su desnudez, sus imperfecciones me ponen cardíaco, su naturalidad me seduce a cada paso y me parece la tía más jodidamente increíble con la que he estado hasta el día de hoy.

La tumbo en la cama con un único propósito: Hacerla mía hasta desfallecer.



Rubén y Nadia también han pasado la noche juntos, estuvieron en el hotel que ella había reservado, pero él nunca ha pensado en ofrecerle más de lo que le puede dar, aunque esta vez le está costando más de lo normal, no deja de marcar los límites en ningún momento. Delante de cualquier persona no se miran demasiado, no se tocan prácticamente nada y ambos están demasiado ocupados manteniendo las distancias.

E inevitablemente surge la conversación.

—Quizá no debería estar aquí y todo esto haya sido un error. —dice Nadia mirándole directamente a los ojos.

—¿Por qué dices eso?

—Te noto distante. Hemos hablado todos los días desde que volvimos a casa, parecía que tú tenías las mismas ganas de verme a mí que yo a ti, pero ahora... Creo que me he equivocado.

—No es eso tonta, es que esta situación se me hace un tanto extraña.

—¿Por qué?

—Porque yo no estoy acostumbrado a compartir muchos momentos con la misma chica, no soy de esos. Yo soy más de conocer una tía, tirármela y no volver a saber nada más de ella en la vida, y contigo quería lo mismo, pero estoy aquí, así que imagínate si estoy perdido.

—No sé si eso es bueno o malo. No quiero que te agobies, no quiero casarme contigo, pero me gustas y me gusta que pasemos tiempo juntos.

Él suspira dejando escapar todos los pensamientos negativos que le rondan por la cabeza en ese mismo instante, quiere desconectar, no quiere oír su voz interior, quiere vivir el momento y dejar que todo suceda sin más.

Es entonces cuando se acerca a ella y la besa, acompañando el beso de una leve caricia y culmina con una tierna sonrisa.

—Quiero quedarme contigo esta noche.



—Dime. —Cojo la llamada de Rubén prácticamente al instante.

—Qué rapidez. ¿Te apetece que salgamos a comer por ahí?

—Acabo de salir de casa de Catalina, necesito ir a la mía para darme una ducha. ¿Por qué no vienes tú, comemos tranquilos y luego echamos unos

FIFA?

—Nadia está aquí.

—Y, ¿qué pinto yo en una comida de tortolitos?

—Viene Patricia y no la soporto.

—Paso.

—Hazlo por mí. No puedo decirle que no quiero estar con su amiga, me apetece estar con ella.

—¿Qué has dicho?

—No voy a repetirlo.

—Entonces búscate a otro, colega. Yo tampoco quiero estar con esa loca, lo siento.

—ME-APETECE-ESTAR-CON-ELLA. ¿Contento?

Suelto una carcajada, y el gilipollas me cuelga el teléfono.

Lo que hay que hacer para ser un buen amigo. Iré a esa comida, claro que iré, me tocará aguantar a Patricia, me tocará hacerle creer que es una comida rollo parejitas, tendré que fingir estar completamente a gusto y probablemente tendremos la conversación que se supone que ella quiere tener conmigo y que por eso vino hasta aquí, pero no me queda otra que pasar por el aro.

“Cristian: A mí no vuelvas a colgarme el teléfono mamá. Dame una hora. Espérame en tu casa.”

No he guardado el móvil todavía cuando recibo un WhatsApp, es Catalina.

“Catalina: No sé qué narices hago escribiéndote cuando te has ido hace apenas unos minutos, quiero darte las gracias por estas últimas horas, por hacerme sentir tan bien, por aportarme más de lo que pensé que te dejaría y por ver en mí más allá de lo que soy en apariencia. Ya tengo ganas de volver a verte, me gustaría invitarte a cenar esta noche. ¿Te apetece?”

Claro que me apetece, siendo completamente sincero, si hubiera sido por mí no me hubiera marchado de su casa.

“Cristian: Te recojo a las nueve, acuérdate que no debes enamorarte de mí. Me muero por verte.”

Se me ha dibujado una sonrisa demasiado absurda en la cara, Catalina provoca este efecto en mí, cualquier detalle de su parte me incita a querer más, me da miedo empezar a quererlo todo y no poder pararlo.

Rubén no tarda en contestar pasándome una ubicación. Obviamente no es la de su casa, es la de un hotel. Quizá sean demasiados planes para tan pocas horas, ¿no?

20

FUERA DE CONTROL

Llego allí antes de lo previsto, llamo a Rubén y no tardan en bajar. Patricia me mira y sonrío de oreja a oreja, imagino que estaba deseando que llegara este momento, los saludos no son demasiado extensos, dos besos cordiales a cada una y un pequeño abrazo a mi amigo.

—¿Dónde teníais pensado ir a comer?

—Donde os apetezca, no tenemos preferencias. —Me responde Nadia.

—A mí me gustaría ir a un tailandés. ¿Os apetece? —sugiere Patricia.

—Hay uno unas cuantas calles más abajo, os gustará seguro.

Decidido. Nos dirigimos hacia allí en silencio, yo no tengo nada que decir, me siento un poco incómodo con la presencia de Patricia y me da la sensación de que esa energía negativa se palpa en el ambiente.

El restaurante está a tope, van a mil por hora y aun así no consiguen atender a los clientes y servir los platos como deberían, así que decidimos pedir unas cervezas para ir entrando en calor y conseguir estar algo más relajados.

Nos toman nota y nos aconsejan pedir algo para picar ya que quizá los platos también tardarían un poco más de la cuenta, y a ello se suma otra ronda de alcohol.

Conseguimos liberarnos de la incomodidad, la parejita empieza a hablar por lo bajo, seguramente diciéndose al oído todo lo que quieren hacerse entre las sábanas y Patricia no tarda en lanzar el primer dardo.

—La chica con la que estabas ayer... ¿Es tu novia?

—No. Aunque creo que no es algo de lo que tengamos que hablar en este momento.

—Ya no voy a casarme.

—Déjame decirte que me lo imaginaba.

—Vas a estar todo el rato a la defensiva, ¿verdad?

Si hay una cosa en el mundo que se me da rematadamente mal es ser un hipócrita.

—Patricia, estoy aquí por ellos, no por ti. Tú y yo no tenemos nada de qué hablar, no me gustaron ciertas actitudes tuyas y creo que no llegaremos a

entendernos nunca.

—No puedes juzgarme por los ratos que hemos estado de fiesta, soy mucho más.

—No deberías cambiar tanto de un estado a otro, ¿no crees? Además, ayer actuaste de la misma forma y acababas de llegar.

—Ayer lo único que quería era hablar contigo, poder charlar un rato y al verte con ella... me ofusqué.

El camarero interrumpe nuestra conversación y entonces nos damos cuenta de que también Rubén y Nadia se han quedado callados y nos prestan más atención de la cuenta.

El vino hace desaparecer del todo la tensión que hay entre nosotros, charlamos, recordamos el bendito viaje, las conocemos un poco más y debo reconocer que algo bueno tiene esa chica, ahora mismo parece otra persona, se muestra calmada, sonriente, simpática, agradable y dulce, podría haber sido así siempre.

La comida se alarga más de la cuenta, son las cinco de la tarde y todavía estamos sentados en la mesa, tomando algún chupito que otro.

—¿Por qué no tomamos la última en nuestro hotel?

—¡Es verdad! ¡Tenemos mini bar! —añade Nadia.

—Y cama. Ese es el detalle más importante y os olvidáis de decirlo.

Nadia le da un pequeño puñetazo en el brazo a Rubén mientras se ríe como una adolescente enamorada, le brillan los ojos y es un detalle que nadie puede hacerme creer que no he visto.

Aceptamos. Por supuesto, ya vamos más achispados de lo normal y una copa más entra como agua fría en mitad del desierto.

Pierdo la cuenta de los chupitos que llegamos a tomar y caigo muerto en la cama sin importarme nada, necesito abandonarme y dormir un rato, imagino que pedir y suplicar que el alcohol salga de mi cuerpo es demasiado.

Cuando abro los ojos no hay nadie, ni rastro de Rubén, no escucho la voz de Nadia y tampoco veo a Patricia por aquí. ¿Dónde se han metido?

Pero no tardan en responder a mi pregunta. Patricia sale del baño, empapada y completamente desnuda. No me quita los ojos de encima, viene directa hacia a mí y no la detengo.

—Rubén y Nadia están en la otra habitación. Estabas tan dormido que nos ha sabido mal despertarte.

—¿Puedes taparte?

—¿Ahora te molesta que lleve poca ropa?

—Me molesta que no lleves nada de ropa.

—Vamos, Cristian... Los dos sabemos lo que hay entre tú y yo, es pura atracción, me apetece estar contigo.

Yo estoy tumbado en la cama y ella no tarda en sentarse encima de mí, se abre de piernas y las coloca a cada lado de mi cuerpo. Empieza a tocarse, cerrando los ojos y dejándose llevar por el momento, sus movimientos empiezan a llamarme a gritos, me mira y al ver mi expresión no lo piensa más y se lanza a mis labios, me besa y la dejo hacer.

Me la ha puesto dura.

Es un problema importante, un problema que tenemos que solucionar.

La aparto y me desvisto. Ella no tarda en metérsela en la boca, me regala caricias dónde más me apetece recibirlas, ella lo hace todo, ella se toca mientras me lame con ansia y cuando creo que voy a explotar la cojo como puedo, le hago sentarse a horcajadas encima de mí, busco su entrada y sin pensarlo me hundo en ella, desenfrenado, con ganas de disfrutarla.

Mierda. Me voy. La aparto rápido y con mi mano acabo fuera lo que no debe terminar dentro ya que no nos hemos puesto la maldita gomita.

No es igual de placentero que correrse sin preocupaciones, pero sirve.

Mi móvil suena, pero ahora mismo estoy tan exhausto que no puedo levantarme a cogerlo, necesito dormir un poco.

Patricia interrumpe mi momento de paz.

—¿Qué te apetece cenar?

—¿Cenar?

—Sí, son las nueve y media ya, podemos pedir cualquier cosa al servicio de habitaciones.

—¿Las nueve y media?

Pego un gran bote de la cama.

¿Cómo he podido olvidarme de ella? Esto no puede estar pasando, no puedo darle motivos para que desconfíe de mí, porque Catalina es de esas chicas que cuando menos te lo esperas, desaparece, y te sientes el más imbécil del mundo por haberla dejado escapar.

Vuelve a sonar mi móvil y veo que es ella.

—Lo siento. En media hora estoy allí.

—¿Ha ocurrido algo?

—No, tranquila. Está todo bien. Ahora te cuento.

¿Qué cojones voy a contarle? ¿Qué me he estado follando a la loca de turno que conoció ayer por la noche y no le había gustado un pelo? Mejor no,

no es una buena idea.

—Está bien, te espero aquí.

Cuelga sin dejarme decirle nada más. Si no lo sabe, lo sospecha, estoy seguro.

—¿Has quedado con ella?

—Sí, se me ha pasado la hora y la he cagado mucho quedándome aquí contigo.

—Hace un momento no pensabas lo mismo.

—Hace un momento la única que pensaba era esta de aquí abajo, mi cerebro y mi sentido común han estado totalmente inhabilitados por un momento.

—Otra vez he sido tu polvo fácil.

—Me tengo que ir, cuídate mucho.

Cojo el resto de mis cosas y salgo de esta maldita habitación. ¿Cómo he permitido que me pase esto a mí? ¿Cómo he vuelto a caer en las redes de Patricia?

Ni yo mismo lo entiendo.

Paro en casa para darme una ducha y cambiarme de ropa, es lo mínimo que puedo hacer. Empiezo con mal pie, sé perfectamente que así no voy a conseguir jamás que confíe en mí.

Llego a su portal en media hora, tal y como he dicho, eso sí, casi pierdo el hígado por el camino, hago cuentas y todavía no entiendo como he sido capaz de conseguirlo, he batido mi propio récord.

Toco su timbre y escucho su voz.

—Ya bajo.

Sale del portal con esa gran seguridad que la caracteriza, pelo suelto, vaqueros y camisa negra. Es más tentadora que el fruto prohibido, no puede gustarme más... Si lo hiciera, me volvería completamente loco.

—No sabía que una de tus facetas era la impuntualidad.

—Y no lo es. Normalmente siempre llego a la hora acordada.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

Hora de mentir, o de no contar toda la verdad.

—He estado comiendo con Rubén, Nadia y Patricia. Hemos bebido demasiado y me he quedado frito. Perdona.

Me mira muy seria, sus ojos azules atraviesan los míos con una acusación apabullante, ella misma sabe que detrás de esas palabras, se esconde la verdad, pero prefiere callar.

Bip, bip...

“Patricia: Gracias por este rato, espero que, si más tarde estás con ella, te acuerdes de mí y la llames por mi nombre.”

21

NO QUERÍA MENTIRTE

—¿Dónde me llevas?

—Había pensado en llevarte a cenar a un sitio especial, pero no me ha gustado que llegaras tarde, así que lo dejo en tus manos. Espero por tu bien que sea una noche inolvidable.

—Catalina, te pasas la vida amenazándome... —sonríó mientras niego con la cabeza—Anda, sube.

—¿Vamos en tu moto?

—¿Propones algo mejor?

—No, no, está bien.

—Te da miedo.

—No.

—Reconócelo, no pasa nada. Te da miedo. ¿A que sí?

—Un poco. Prefiero ir en coche, no he tenido muy buenas experiencias en estos cacharros.

—¿La estás llamando cacharro? Uy, mal vamos... No pasará nada. Confía en mí.

Y al momento me doy cuenta de que estas palabras no son las más adecuadas, cómo puedo pedirle que confíe en mí si acabo de mentirle.

No me quita la vista de encima, me observa inquieta, queriendo hablar y a la vez mordiéndose la lengua, imagino que tiene algo que decir pero opta por guardárselo y a mí me parece la mejor opción, no quiero entrar en el tema, no quiero hablar de lo que ha sucedido hace unas horas, y es que, realmente no le debo nada, no tengo que darle ninguna explicación, no tengo porque sentirme culpable porque yo no le he prometido nada más que lo que tenemos hasta ahora, los dos somos libres y los dos podemos hacer lo que nos dé la gana.

La melodía de su teléfono irrumpe en mis pensamientos, nos despierta y por desgracia ella aparta sus ojos de los míos para atender esa maldita llamada.

—Hola... —se aleja un poco de mí y al momento sé quién la reclama— No, ya te he dicho mil veces que no quiero. Pero es que no me apetece verte,

esta vez se ha terminado de verdad. —No se da cuenta y poco a poco empieza a alzar la voz— ¿Lo ves? ¡Yo no quiero esto! No podemos estar juntos, no quiero oírte más. ¡Qué no me insultes! —Me acerco y le acaricio la mano, quiero recordarle que estoy allí, que estoy con ella y que no voy a permitir que le hagan daño, vuelve a centrarse en mis ojos, me sonrío y asiente levemente. —Voy a colgar, no tengo nada más que hablar contigo, no me llames más, por favor.

Y cuelga. Sin esperar una respuesta, sin dudar, es una mujer de ideas claras y quiere apartarse de él.

—¿Toni?

—Sí. No está acostumbrado a esto, lo hemos dejado mil veces y después de unas dos semanas siempre hemos vuelto. Imagino que ahora está esperando que vaya a buscarle, que vuelva corriendo a sus brazos, piensa que esta vez es solo una más.

—¿Y lo es?

—¿La verdad? No lo sé. Ahora mismo estoy segura de que no. No quiero volver con él, no quiero más discusiones, no quiero más riñas, no quiero una relación tan tóxica como la que hemos tenido, no quiero más mentiras, no quiero nada que no me haga feliz.

—¿Qué te hace feliz?

—Hoy preguntas demasiado y no sé si estoy preparada para tener una cita con un periodista.

—No puedo contigo. Son preguntas que nos sirven para conocernos mejor.

—No si sólo las respondo yo. ¿No crees?

Cierto. Debo reconocer que en eso tiene absolutamente toda la razón, pero no es el momento de seguir con esta charla, no es el momento de pensar qué respondería yo si me las hiciese a mí, porque ahora mismo me siento completamente perdido.

Saco el casco que llevo guardado y alargo mi brazo para entregárselo.

—¿Vamos?

Ella asiente. Subo a la moto mientras ella se coloca bien el pelo y se lo pone, después le ayudo a subir. Voy a arrancar cuando escucho su voz, más leve de lo normal.

—Esto es lo que me hace feliz, me hace feliz sentir el aire fresco chocando contra mi piel, me hace feliz conocer a alguien de un día para otro y que con el paso del tiempo se convierta en alguien especial, me hace feliz

sentirme yo misma otra vez, que sólo veas mis cosas buenas, que no intentes anularme, que me trates bien, que podamos tener una conversación sin alzar la voz a los dos minutos, me gusta que me entiendas o que por lo menos pongas de tu parte para hacerlo. Me hace feliz ver quién soy yo cuando estás a mi lado Cristian.

—¿Te has puesto el casco tan rápido para que no pueda besarte?

Gilipollas. ¿Eso es lo único que se me ocurre después de todo lo que acaba de soltar? No me esperaba todas esas palabras, no esperaba que Catalina se sincerara de esta manera, ni siquiera sabía que había tanto entre nosotros, pensaba que sólo era yo el que a veces pensaba más de la cuenta y sentía más de la cuenta.

—Me lo he puesto porque me lo has pedido.

Sonríó cuando termina de hablar, voy a arrancar la moto cuando su mano me frena.

—Espera. Se me ha olvidado algo más.

La observo sin decir nada, paciente, esperando que ella encuentre el mejor momento para hablar.

—¿Sabes lo que más me gusta? Poder confiar en ti. Saber que eres de verdad, que eres leal, que hagas de esto algo sincero y que no tengamos necesidad de mentirnos, porque las mentiras destrozan todo lo que hay a su alrededor, a veces antes, otras después, pero acaban destruyéndolo todo. Y eso... es lo que más me gusta de ti.

Me siento la peor persona del universo en el mismo instante en que ella termina de hablar. Me siento perdido, no puedes sentir tanto por alguien al que estás conociendo y a la vez fingir que no te importa absolutamente nada, quizá haya llegado el momento de poner todas las cartas sobre la mesa y frenar antes de que el golpe sea más fuerte.

No sé qué responder, no puedo aguantarle la mirada, mi límite de ocultación de los hechos llega hasta aquí.

Hago rugir mi moto un par de veces, noto cómo sus manos agarran fuerte mi cintura, cómo su cabeza descansa en mi espalda y arranco. Acelero como si no hubiera un mañana, mi cerebro me pide un respiro, la velocidad, el ruido de mi moto, la carretera, su presencia detrás de mí, el viento colisionando contra nosotros sin parar es la mejor cura, un alivio que me ayuda a calmarme.

No sé dónde ir, dónde llevarla, no quiero que termine este momento porque hace mucho tiempo que no me siento tan completo como ahora.

Pero algo ocurre. No sé qué pasa, un gran chasquido destroza mi equilibrio emocional a la vez que provoca que mi moto se desestabilice, me pongo nervioso, escucho a Catalina gritar, damos más bandazos de los que puedo contar porque me está costando horrores conseguir mantenerla en pie y reducir velocidad, no sé cuánto tiempo voy a poder aguantar esta situación, no quiero perder el control, en esos segundos veo su cara a través del retrovisor, siento miedo, yo le he pedido que confiase en mí y no puedo fallarle, otra vez no.

Y gracias a mi fuerza interior, aguanto un poco más, los brazos se me están entumeciendo, pero no me importa, sólo quiero conseguir parar, apartarnos a un lado y poder pisar el suelo sin que alguno de los dos tenga un solo rasguño.

Lo consigo, gracias al cielo, lo consigo.

Son los peores minutos de mi vida.

Ella se baja de un salto, yo la miro y de repente noto como toda esa presión que llevo dentro va a hacerme explotar, me siento orgulloso de mi mismo por no haberme dejado dominar por el miedo, por mirarla y ver que, aunque respira aceleradamente está completamente sana y salva, nos he salvado, literalmente.

—¿Estás bien? —Me acerco a ella, es lo único que me importa en este momento.

—Joder... ¡Casi me da un infarto!

—Lo sé... Perdóname. No entiendo que ha pasado, no sé qué cojones ha sido eso, nunca me ha pasado nada igual, algo ha fallado.

—Íbamos demasiado rápido.

—Lo siento.

—Me he asustado muchísimo, todavía no entiendo cómo has podido controlarlo.

—Yo tampoco, créeme, pero lo importante es que estamos bien.

Ambos miramos la moto, las ruedas están bien, perfectas, ha debido fallar el motor, la dirección, no lo sé, pero me da absolutamente igual, ahora mismo es lo que menos me preocupa.

Ya respiramos más tranquilos, han pasado unos minutos y hemos logrado relajarnos.

—El miedo me ha abierto el apetito. Moriré si no como algo en breve.

—Probablemente seas la única mujer en el mundo que quiera comer después de un susto como este.

—Seguramente. Pero no negarás que esto todavía me hace más especial.

Y no. No puedo negarlo. Me sorprende cada día más, descubro cosas de ella que me enganchan de una forma animal, me gusta tanto que no me importa arriesgarme, estoy dispuesto a probarlo todo con ella, sólo hace falta que ella quiera lo mismo conmigo.

Bendito Google Maps, estamos a dos kilómetros de un motel, es un motel de carretera, no un hotel de lujo, pero podremos cenar cualquier cosa y pasar la noche. Caminamos uno al lado del otro, yo arrastrando la moto, ella mirándome de vez en cuando e intentando echarme una mano, lo que podría haber sido una experiencia horrible, se está convirtiendo en un gran momento especial, en algo que a partir de ahora formará parte de nuestra historia, algo que no olvidaremos nunca.

Algo que quizá... Sea un comienzo.

22

COSAS DEL DESTINO

Entramos y sólo el hecho de ver aquello tan vacío ya es deprimente, las paredes parecen sucias, distan mucho del blanco original que seguramente alguien pintó por allá en 1932, el mostrador de recepción es de una madera vieja y oscura, los cuadros que decoran la estancia podrían quitarlos y donarlos al circo de los horrores, seguramente más de una persona lo agradecería, yo el primero.

—Si prefieres podemos buscar otro sitio...

—¿Estás loco? Hemos venido hasta aquí arrastrando una moto de no sé cuántos kilos, probablemente tengamos un buen paseo hasta encontrar cualquier otra cosa y es tarde.

—Como quieras.

—Además, seguro que has toqueteado algo de ese cacharro para poder pasar la noche conmigo, no disimules más, sé que lo has hecho aposta.

Está completamente loca, claro que quiero pasar la noche con ella, pero no soy tan gilipollas como para intentar matarnos en el intento, el destino nos ha puesto la trampa e inevitablemente a ambos nos ha ido genial caer en ella, ninguno ha tenido en cuenta la opción de llamar al seguro para que viniera la grúa, miento, yo sí, para algo pago asistencia en carretera, pero prefiero hacerlo mañana.

—Hola chicos. ¿Os puedo ayudar en algo?

Un señor que ronda probablemente los sesenta años, quizá alguno menos, pero se nota que la vida no le ha tratado del todo bien, cojea y habla cansado, me da la impresión de que todo lo que pueda llegar a hacer para él es un terrible esfuerzo.

—Sí. Queríamos saber si podíamos pasar aquí la noche.

—Claro que sí. ¿En una misma habitación?

—No. Habitaciones separadas si puede ser. —Catalina se me adelanta. No pasa por alto mi extraña mirada, a la que ella responde con una clara elevación de cejas y una sonrisa triunfal.

—Está bien, no hay problema, no tenemos muchos huéspedes.

Lo imaginamos, no se preocupe.

Yo no vuelvo a abrir la boca, me ha dejado totalmente fuera de juego, no me lo esperaba, no entiendo su reacción ni el porqué de su decisión y ella tampoco dice nada más.

Esperamos pacientes a que nos tome los datos, haga el registro pertinente y nos dé nuestras llaves.

—¿Quieren abonarlo ahora o a la salida?

—Ahora. Mi amigo le pagará señor, mientras tanto, si no le importa iré subiendo a mi habitación, estoy algo cansada y me gustaría darme una ducha.

—Claro que sí señorita. Por las escaleras de la derecha, segunda planta. Disfrute de su estancia, para cualquier cosa estaré aquí si lo necesita.

Río porque no me quedan más opciones, es tan descarada que no puedo enfadarme con ella, me está castigando, me está dejando claro que es ella quien rompe la baraja y quien maneja las cartas como quiere, y eso... es lo que me engancha todavía más.

Bip, bip...

Me mira antes de subir, mientras el maldito datafono se niega a aceptar mi tarjeta por problemas en la conexión.

“Patricia: Veo que estás entretenido, me muero por volver a verte, por volver a besarte, por compartir un rato más contigo. Nos vamos mañana. ¿Quedamos sobre las once?”

Sé que hay personas a las que les cuesta entender las cosas, luego hay otras a las que se lo tienes que decir veinte veces más porque, aunque las han entendido no se rinden tan fácilmente e incluso se tornan demasiado agobiantes.

“Cristian: Patricia, lo de esta tarde ha sido un error. Un error que no se va a volver repetir. Un error del que no me arrepiento, pero tampoco me siento orgulloso. Lo hemos pasado bien, eso es todo. Cuídate.”

Sin más. Porque no hay más.

—Ya está. Disculpe el retraso, la conexión a veces falla demasiado. Muchas gracias por todo, cualquier cosa, estaré aquí también para usted.

—Muchas gracias caballero. ¿Tienen restaurante? No hemos cenado nada y estamos muertos de hambre.

—Claro que sí muchacho, la hora de la cena ya ha terminado, pero

cuando bajéis mi mujer os preparará cualquier cosa en un momento.

Se lo agradezco con un leve asentimiento y me dirijo hacia la escalera por la que ha desaparecido Catalina minutos antes. Miro mi llave, la doscientos diez, ella tenía la doscientos nueve, subo tranquilo y veo nuestras puertas, una enfrente de la otra.

Intento reprimirme, intento entrar en la mía, darme una ducha y recogerla para cenar, pero necesito besarla, necesito recriminarle su actitud, quiero decirle que no me ha parecido bien que escogiera dormir lejos de mí, quiero lamer su cuerpo bajo el chorro de la ducha, quiero gritarle que derribe sus muros porque yo ya no encuentro los cimientos que sostienen los míos, quiero quererla y que se deje querer.

Aporreo su puerta.

Abre. Lenta, tranquila y sexy. Muy sexy.

Entro como un huracán, la cojo con fuerza y no tardo en dirigirme a su boca, saboreo sus labios, su cuello, tiro de su pelo para que me deje el camino libre, ella ríe, ha conseguido lo que quería.

No ha necesitado más que dos comentarios y subir las escaleras de una forma muy provocadora para volverme completamente loco.

—¿Qué ha pasado ahí abajo que vienes con tanta euforia?

—Que me vuelves loco.

—Ya.

—¿Lo dudas?

—No lo hacía. Hasta esta tarde, hasta el momento que has llegado tarde y me has mentido.

Mi cara debe ser un poema, porque ella sigue mirándome a los ojos, pero cambia su expresión.

—No importa, lo único que me molesta es que me tomes por imbécil. Huelo las mentiras a leguas, las detecto en las miradas y la tuya desde que te conozco siempre ha sido demasiado clara para mí.

—No creí que tuviera que darte explicaciones de lo que hago o dejo de hacer en mi tiempo libre.

Me odio a mí mismo en el momento en el que esta retahíla de palabras sale de mi boca sin pedir permiso y en un tono chulesco que para nada pretendo utilizar con ella. Ella no es una chica más, ella me importa más que el resto y si no empiezo a demostrárselo la voy a perder.

—Creías bien. No tienes que dárme las, tú y yo hablamos unas cosas y no es necesario que nada de eso cambie entre nosotros.

—Catalina...

—No digas nada más, ahora mismo todo lo que puedas opinar sobre esto me importa una verdadera mierda, los dos sabemos lo que somos y lo que queremos, así que eso es todo.

—No entiendo en que momento esta conversación se ha convertido en una de reproches.

—En el mismo momento que no he sabido retenerlo más, odio las mentiras Cristian y odio equivocarme con la gente, y no he soportado darme de bruces con la verdad al descubrir que quizá tú no eres diferente.

Suspiro porque no sé qué decir, de repente me siento perdido, todo lo que quería hacía apenas unos minutos se había esfumado, todo lo que necesitaba sentir de ella ya no está, sus palabras me han paralizado, no me gustan, no me siento bien sabiendo que todo esto lo he provocado yo y encima soy totalmente incapaz de arreglarlo.

—Déjame decirte que no te has equivocado conmigo.

—Entonces, ¿a qué juegas?

—No estoy jugando a nada, en todo momento me has dejado muy claro lo que quieres de mí, de nosotros, y es esto, es una relación sin explicaciones, es un no querer más que contacto físico.

—Parece ser que soy la única que piensa que sin quererlo esto se había convirtiendo en algo más, en un querer dormir juntos, en un sentirnos especiales, en una noche mágica alrededor de la hoguera, en besos que sabían a demasiadas cosas, a palabras que en silencio decían mucho. Empezaba a querer que siempre hubiera un hasta mañana en nuestras despedidas.

—Te sientes traicionada.

—Sí. Pero no por el hecho, soy la primera en reconocer lo que te pedí en su día, sé que lo hablamos, que muchas veces no te he permitido que mires más allá de lo que yo quiero mostrarte. Me siento engañada por la mentira, me siento engañada porque esta tarde mirándome a los ojos no me lo has contado.

—¿Puedo saber en qué momento te has dado cuenta de la verdad?

—En ese mismo instante. Tus ojos hablan por sí solos ¿sabes? Eres demasiado transparente para mí y te lo he notado enseguida.

—Ha sido un error.

Tengo mil cosas por decirle, pero no quieren salir, se me quedan atravesadas en la garganta, haciéndola arder, haciéndome sentir un imbécil, queriendo decir tanto a la persona que tengo delante en este momento que,

por primera vez en mucho tiempo, me paraliza.

—No importa Cristian. Lo mejor para los dos es que compartamos los momentos que nos apetezcan y que tengamos claro que debemos frenar en el momento que vayamos a cruzar la barrera.

—¿Qué barrera?

—La que separa el placer del sentimiento. Esa barrera.

No quiero eso, me mira seria, su mirada me traspasa y por primera vez me doy cuenta de que únicamente estamos los dos, que el azul de sus ojos no me aporta nada más que tranquilidad, que allí ya no quedan recuerdos del pasado, que quiero perderme en su mirada hasta que no haya un mañana, que quiero que me mire todos los días con la intensidad que lo ha hecho en otras ocasiones.

Ahora mismo tengo la certeza de que ha entrado en mi vida como un sople de aire fresco, como una tortura fantasmagórica del pasado y que se ha convertido en mi liberación con él, ha conseguido pisar fuerte, destrozar todo lo que había anclado en mí y quedarse ella, sólo ella.

Pero no lo digo. No lo digo porque no estoy seguro de nada, y me acojono.

—Tranquila, no la pasaremos. Voy a darme una ducha, cuando estés lista avísame y bajamos a cenar.

No puedo decir nada más. Nuestras miradas se mantienen ahí, sin inmutarse a las palabras, buscando todo lo que pueda haber detrás, buscando algo más, buscando poder salvarnos de alguna forma de esta situación, pero no hay manera, ambos aguantamos la compostura y ambos nos rompemos por dentro sin mostrarlo siquiera.

23

MÍRAME Y DILO

Me siento perdedor. Salgo de su habitación esperando que me retenga, esperando que ella diga algo más, pero no lo hace. Me deja salir sin decir una sola palabra y algo en mí se rompe justo en el momento que siento cómo la puerta se cierra tras mi espalda, separándonos.

Me dejo caer en su puerta y durante los siguientes minutos me dedico a pensar en otras opciones, en volver a entrar ahí dentro y decirle lo que realmente he comenzado a sentir, en escribirle un mensaje y en echar a correr, huir no es la mejor opción, pero a veces funciona, en tocar su puerta y simplemente comérmela a besos sin necesidad de decir absolutamente nada, me entran mil dudas y la cobardía me hace dejarlo estar, posponiendo para más adelante el momento de tomar una decisión.

Por poco pierdo el conocimiento bajo el agua helada que sale de la ducha, necesito refrescarme y aclarar mis ideas, es la mejor forma de aplacar cualquier sentimiento, me hace falta escucharme a mí mismo, me hace falta oír mi voz y sentir lo que realmente tengo dentro y creo que lo he conseguido.

Vuelvo a ponerme la misma ropa, no huele como me gustaría, pero tampoco huele a sudor, no es la mejor elección para una cita romántica, pero es que nada de esto entraba en nuestros planes y los acontecimientos han derivado en que hoy sea el día para aclararlo todo, en que hoy sea el día de decidir algo más.

Llamo a su puerta más inseguro de lo normal. Me sorprende verla más bonita de lo que la he visto aproximadamente una hora antes.

—Vaya... Estás preciosa.

Deduzco al momento que no sabe si mandarme a la mierda o lanzarse encima de mí y comerme a besos, es tan expresiva que es difícil no saber que pasa por su cabeza a cada momento.

—Anda, tira, que aun te doy una patada en el culo y bajas las escaleras rodando. Pelota.

—¡Qué lo digo enserio! ¡Estás muy guapa!

—Cristian, estoy completamente igual que antes, no traía ropa de

recambio, deja de decir tonterías.

—Pues hay algo que te sienta rematadamente bien.

—No serás tú, que me estás dando cada quebradero de cabeza...

Y la beso. Lo hago porque no puedo contenerme más, necesito sentirla, necesito saber que, aunque hemos dicho mucho y callado todavía más seguimos en el mismo punto de antes, que no he estropeado nada, que no va a tener en cuenta el maldito desliz, la he cagado, me he dado cuenta, tarde, pero lo he hecho.

Nuestras lenguas se entrelazan con ganas, se echaban de menos, sus manos acarician mi nuca y yo deslizo las mías por su pelo, que bien huele, que bien sabe... Esta mujer me está haciendo perder la cabeza.

—Mierda —me aparta con la mano y se separa de mí— Ya me has hecho bajar la guardia otra vez.

Sonrío como un imbécil, no puedo evitarlo, sólo despierta cosas buenas en mí.

—Eso es porque te gusto, aunque sea un poquito.

—Eso es porque soy una imbécil de remate. A mí no me gustan los mentirosos.

—No te he mentado, simplemente no te lo he contado. Que está mal, sí, muy mal, pero no ha sido una mentira.

—Tanto monta, monta tanto, guapo.

—¿Me perdonas?

—¿Lo vas a hacer más?

—Dame una oportunidad y compruébalo tú misma.

No responde, coge mi mano y bajamos las escaleras. Es tarde y el hambre aprieta, el señor ha dicho que nos prepararían cualquier cosa para cenar, pero realmente bajamos bastante tarde, quizá ya estén durmiendo.

—Chicos, os estaba esperando, Jesús me dijo que bajaríais a comer algo y no quería que pensarais que no había nadie por aquí.

Esta mujer desprende dulzura y amabilidad por cada poro de su piel, nos mira con ternura como si nos conociera de antes y ha esperado despierta a que bajáramos sin preocuparse por ella y sus horas de sueño. Nota mental: Antes de irte de aquí, lo mejor será dejar una buena propina.

—Muchísimas gracias, disculpe las horas, entre una cosa y otra se nos ha hecho un poco tarde.

—No te preocupes, los viejos no tenemos gran cosa que hacer chiquilla. ¿Qué os apetece?

—Pues... Yo me comería una hamburguesa si tiene.

—Sí, claro que tengo. ¿Bocadillo?

—Bocadillo, con bacon y queso.

—Vaya, tienes despierto el apetito, otra para mí, por favor. Y dos cervezas. —digo yo.

—¿Las dos son para ti? ¿O has sido tan generoso cómo para pedir la mía?

—Soy una caja de sorpresas, te lo he dicho muchas veces.

La señora se va hacia la cocina con una sonrisa en el rostro, parece que le gusta tenernos aquí, quizá se sientan demasiado solos en este motel, en medio de la nada, con pocas visitas y con demasiadas deudas que pagar. Suposiciones mías, que me gusta más darle al coco e inventarme una historia que al mismísimo Dickens.

—Catalina, creo que deberíamos hablar.

—¿De qué?

—De lo que ha pasado antes, de lo que hemos dicho, de lo que ha ocurrido.

—Yo he dicho todo lo que tenía que decir, Cristian.

—Pero yo no, yo no he dicho absolutamente nada, porque soy un idiota, me he bloqueado y lo único que se me ha ocurrido ha sido decirte la gilipollez de las explicaciones. Y sí, no me importa tener que dártelas, porque realmente si en algo tienes dudas o hay algo que no he hecho bien, quiero explicártelo, porque me importas.

Tras unos segundos de silencio por fin se manifiesta, yo necesito saber su opinión, que esto es algo de dos más que un monólogo.

—Y yo no debería haber sacado el tema, nosotros pusimos ciertos límites y tú no tienes culpa de que a mí se me haya ido esto de las manos.

—¿Qué se te ha ido de las manos?

—Todo. No sé en qué momento empecé a sentir más de la cuenta, no sé en qué momento has empezado a ser alguien tan importante para mí.

—Supongo que en el mismo en el que tú empezaste a serlo para mí.

Vómito de palabras y liberación de miedos.

No recules, no vuelvas atrás. Di todo lo que tengas que decir, ábrete, mírala a los ojos, céntrate en ella, en lo que te aporta, en lo que imaginas sin querer y díselo.

—Yo no quería esto, tampoco lo esperaba. Alguien como tú no entraba en mis planes, te miraba y me perdía, tus ojos me recordaban algo que

todavía me escuece demasiado, pero te has colado sin darme cuenta, con tus risas, con tu armadura de hierro, con tus ganas de comerte el mundo para evitar que él te coma a ti, con tus distancias, jugando a que te eche de menos... has conseguido que lo haga, de repente siento la necesidad de verte, de coincidir contigo en cualquier parte, de invitarte a una copa, de hacerte el amor hasta quedarme sin aliento. No quiero cagarla, si me pides que me quede, me quedo.

—¿Crees que yo sí? No. Yo tampoco quería esto, es más, ni siquiera estoy preparada. Llevo años cargando con una relación que me hace más mal que bien, pero de la que soy incapaz de desprenderme, llevo años completamente enganchada a Toni, aunque sé que no me merece, que no me hace feliz, que no nos tratamos bien... Y de repente llegas tú, con tu naturalidad y tu cara bonita, me invitas a una cerveza y terminamos en mi cama, y lo que iba a ser un polvo sin opciones, se ha convertido en ganas de verte. Y eso me vuelve loca.

—Entonces quizá sea tarde para pararlo.

—¿Qué es lo que propones?

—Creo que está todo muy claro, ya te lo he dicho antes, si quieres que me quede, me quedo. Sin mentiras, sin medias tintas.

—No sé si estoy preparada.

—Yo tampoco, ciertamente creo que no, pero cuando estoy contigo, todo cambia. Podemos intentarlo.

—Esto es una locura.

—Tal vez sí. Vamos, mírame y dilo.

—¿El qué?

—Que me quede, que sólo estemos tú y yo, que te respete, aunque no te prometa amor eterno.

—Siempre he pensado que esas cosas no hay que pedir las, simplemente surgen y se demuestran. Pero sí, yo también quiero probar. Estoy dispuesta.

Me levanto, me acerco a ella y le doy un beso como se merece, uno de esos que paran el resto del mundo, uno de esos en los que la especie humana desaparece, uno de los que te da que pensar... y te ayudan a darte cuenta de que estos labios han nacido para estar juntos, pero les hacía falta un poco de tiempo para encontrarse en el camino.

24

LA QUIERO CONMIGO

Dos meses y medio después

Recuerdo perfectamente aquella noche en la que decidimos formar parte uno de la vida del otro, en la que escogimos el camino más difícil, en la que optamos por intentarlo, en la que nuestras vidas tomaron la misma dirección sin planes previos, simplemente dejándonos llevar por el momento y las ganas.

Y ahora disfruto muchas mañanas de la mejor imagen que puede regalarme la vida, me encanta despertarme y verla dormir, pasarme horas mirándola y perder la noción del tiempo, viviendo muchos momentos a su lado y deseando que esto dure mucho más de lo que imaginamos un día.

Hemos pasado un verano increíble, sólo nuestro, hemos decidido tomarnos las cosas con calma, nada de presentar a los familiares, nada de comer uno en casa del otro, nada de compartir absolutamente todos los momentos, presumimos de querer nuestro propio espacio, de necesitarlo más de lo que en realidad lo necesitamos, porque después... Lo único que queremos es compartirlo.

No todo ha sido fácil.

Toni enloqueció al enterarse que estábamos juntos, empezó a llamarla todos los días, a esperarla en la salida del trabajo, se presentaba en su casa a cualquier hora del día, buscándola, pidiéndole que volviera con él, le prestó toda la atención que no le había prestado antes.

Sin tenerme en cuenta, sin importarle mi reacción.

Ella se sentía cada vez más incómoda, no tenía como evitar esas situaciones, situaciones que más de una vez me han llevado al límite, una noche casi llegamos a las manos, me hizo perder los papeles, Catalina era mi chica y yo no podía permanecer más en el absoluto silencio, tenía que decirle cuatro cosas, intentar que nos dejara en paz, que se diera cuenta de que sus ganas llegaban tarde porque ahora ella estaba conmigo.

Y mi vida anterior tampoco se lo puso fácil a ella.

Cada vez que salíamos a tomar una copa tenía que lidiar con las miradas

de muchas de las chicas con las que había estado, tuvo que soportar comentarios absurdos de proposiciones indecentes y lo hizo en silencio, intentando mantener la calma, queriendo mantenerse al margen de mi pasado, intentando concienciarse de que ahora ella era mi presente, siempre me dice que se siente preparada para ponerse una coraza en esas situaciones siempre que yo no le dé motivos para pensar que se está equivocando al hacerlo.

Y la admiro por ello.

Me gusta todavía más.

Superamos cada bache, cada situación complicada que nos plantea la vida, nos mantenemos unidos y luchamos juntos para vencer, nos lo merecemos.

Dejamos atrás a esas personas que sólo querían hacernos daño, entre ellas Toni y Patricia, ninguno de los dos se rindió fácilmente, intentaron entrometerse en nuestra relación, nos causaron demasiados problemas, los celos pueden llegar a ser muy poderosos, pero vencimos, los dejamos atrás y ahora al fin parece que han entendido la situación y se han esfumado.

—Buenos días. —Sonríe medio dormida.

Su voz de recién levantada es mi debilidad, escucharla de buena mañana es la mejor energía y la mejor manera de comenzar el día.

—Buenos días princesa.

Sonrío y la beso. Y sí. Hasta yo mismo empiezo a empacharme con tanto romanticismo, lo siento chicos, pero es que no puedo evitarlo.

Ha aparecido en mi vida y joder... Siento que me ha convertido en el hombre más afortunado del planeta.

—¿En qué pensabas? Llevas rato mirando al techo, en tu propio mundo.

—Estaba recordando todo por lo que hemos pasado para llegar hasta aquí.

Se sienta en la cama y me mira con tanto amor que pienso que puede matarme aquí mismo si ella quiere, se acerca a mí, me acaricia y me besa.

—Si te paras a pensarlo nos han pasado tantas cosas, que cualquiera diría que llevamos sólo tres meses juntos.

—¿Por qué me has elegido a mí, Catalina?

—Pues no lo sé. Yo no te he elegido, yo no decidí conocerte y meterte en mi vida, simplemente apareciste y te quedaste. ¿Sabes? Podría hacerte exactamente la misma pregunta.

—Y yo te respondería todo lo contrario. Yo sí te elegí. Apareciste en mi vida, pero quise que te quedaras. Podrías haber sido una más, pero necesitaba

tenerte conmigo. Me salvaste.

—¿De qué?

—Más bien sería de quién.

—Está bien. ¿De quién?

—De mí. Apareciste en el peor momento de mi vida para hacerlo infinitamente mejor.

Se lanza a mis brazos. Me abraza fuerte, nuestros cuerpos casi se convierten en uno, sus ojos se clavan en los míos y sus labios no tardan en buscarme, reparte mil besos por mi cara y sé que no hay mejor sensación.

—Tengo que irme a trabajar...

—No vayas. Quedémonos aquí, todo el día metidos en la cama, podemos pedir algo de comer y ver una película mientras manchamos las sábanas, hacernos el amor hasta que nos quedemos sin ganas y encerrarnos en esta habitación para siempre. ¿Qué te parece?

—Que no, sería incapaz.

Me mira extraña.

—Sería incapaz de quedarme sin ganas de hacerte el amor.

Sus brazos rodean mi cuello y su boca no tarda en encontrarse con la mía. Yo, sentado en la cama, ella se sienta encima de mí y rodea mi cintura con sus piernas, noto como sube la temperatura, cómo su lengua recorre parte de mi piel haciéndola arder a su paso, sabe cómo despertarme y cómo conseguir retenerme, pero de repente... para.

—Está bien. Seré buena. Deberías levantarte ya si no quieres llegar tarde.

—Claro... Si esto es ser buena y dejar que me marche así te parece una buena idea, permíteme que no vuelva a cruzar esa puerta. —Me levanto tomando la dirección de salida.

Rompe a reír.

—Es que despiertas enseguida. Todos nuestros besos terminan en la cama, no es que me moleste, pero tampoco es que lo haga para provocarte, sinceramente.

Se deshace de la sábana y se muestra desnuda, invitándome a que me acerque a ella.

—¿Estás segura?

—¿De qué?

Cada vez estamos más cerca, vuelvo a acercarme a la cama, nuestras bocas se encuentran a pocos milímetros y su sonrisa traviesa me está haciendo perder la razón.

—De que no quieres provocarme...

—Por supuesto. Sería incapaz de hacer algo así y buscarte un problema.

—Claro...

—Ajá...

Nuestras voces se convierten en susurros, nuestras respiraciones se aceleran, todo el universo centra la energía en nuestros cuerpos, cada uno somos uno de los polos e irremediablemente tenemos que juntar nuestros cuerpos porque así lo quiere el universo.

Necesitamos unirnos una vez más.

No tardamos en sentirnos y perdernos uno en el otro. He encontrado mi hogar.

Es ella. De eso estoy seguro.

25

ERRORES

Rubén ha metido la pata y necesita ayuda o consejo, no lo tengo claro, nos muestra los mensajes que ha intercambiado con Nadia.

“Rubén: ¿No vas a contestarme nunca más? Ya sé que la he cagado Nadia, te he pedido perdón mil veces, necesito verte, necesito hablar contigo, no sé cómo cojones arreglar esta situación. Dime algo, cógeme el teléfono, deja que me explique, necesito que me perdones.”

“Nadia: Y yo necesito tiempo. No me llames más, no me acribilles a mensajes, necesito pensar y necesito espacio. Por favor, no me agobies.”

“Rubén: No soportaría perderte... He sido un imbécil.”

“Nadia: Sí. Lo has sido. Ahora por favor, déjame en paz.”

No hay nada que hacer, se han estado viendo, los dos estaban ilusionados, ella se ha enganchado a él por completo, se ha enamorado y él no ha tardado en cagarla, se ha acojonado y tirado por la borda todo lo que han construido.

—No voy a recuperarla nunca más. La he perdido.

Hemos quedado para comer, estamos los tres en casa de Catalina, y debo reconocer que nunca he visto así a Rubén.

—Es que has metido la pata hasta el fondo... Ella confiaba en ti y no hay nada peor que traicionar la confianza de una persona que pone su vida en tus manos. —dice Catalina mirándole muy seria, intentando hacerle entrar en razón.

—Me asusté. Joder, yo no estoy acostumbrado a estos sentimientos, a mí todo esto me queda grande.

—Pues ahora sólo puedes hacer lo que te pide. No la presiones, no la fuerces a nada, no la agobies, déjale tiempo, déjale espacio, deja que pueda pensar y sentir, que el dolor desaparezca y que ella decida si necesita

perdonarte o no, pero sin agobios, simplemente porque te necesite y se sienta preparada para superarlo. —Esta vez ella le habla con más cariño.

—Fue un polvo absurdo.

—Con más razón. Todavía es más difícil de perdonar. Es inconcebible que tires algo importante por la borda por meter tu polla en cualquier parte.

—Hermano, ¿no dices nada? —Me pregunta Rubén.

He permanecido callado todo este rato, escuchando la conversación, intentando asimilar los diferentes puntos de vista que ambos exponen sobre la mesa, entiendo ambas partes, pero sobre todo entiendo a Rubén, yo le conozco mejor que nadie y sabía que esto iba a ocurrir, aunque no creía que para Nadia él fuera tan importante.

—Te conozco. Los dos sabíamos que pasaría. No sabes controlarte cuando ves a una piba que te la pone dura y la has cagado. Yo no entiendo mucho a las mujeres, queda demostrado, quizá deberías hacer caso a Catalina.

—Voy a llamarla.

—Te ha pedido que no lo hagas. —Vuelve a reprocharle Catalina.

—Me da igual. Necesito hablar con ella. ¿No lo entendéis?

—Sí lo entendemos, pero ella ha sido muy clara, te ha pedido tiempo, quizá deberías controlarte y dárselo.

—No es tan fácil.

—Claro que no es fácil, qué te crees ¿Qué nunca he estado en esta situación?

Todos callamos, yo la miro, esperando que continúe, me apetece saber más, quiero saber quién la ha llevado al límite de tal forma, aunque pensándolo mejor, todos y cada uno de nosotros hemos pasado por situaciones parecidas, a veces hemos sido Rubén y probablemente en muchas otras ocasiones hemos ocupado el lugar de Nadia.

—Me piro a casa.

—Pero no te vayas enfadado. Nosotros sólo queremos que entres en razón, únicamente te decimos lo que creemos que es mejor para vosotros. —Catalina intenta acercarse a él, aunque a mí no me engaña, sé que lo único que se le pasa por la cabeza es darle un par de ostias.

—Lo sé, pero tengo que arreglar esto como sea, creo que estoy enamorado de ella.

Silencio.

Rubén enamorado.

Rubén enamorado de Nadia.

Una confesión que no esperábamos.

—Tío... Si estás seguro de lo que acabas de decir... Lucha. Ve a por ella. Nunca se sabe lo que puede ocurrir, el no ya lo tienes, no pierdes nada si te marchas a buscarla y le dices todo lo que sientes. —añado mucho más seguro de mis palabras.

—Estáis locos... —dice Catalina— ¿Creéis que estáis en Hollywood o qué? Probablemente ella esté destrozada en este momento. ¡Que se ha follado a otra, joder! Que no todo el mundo tiene la misma capacidad de aceptación, que hay personas a las que algo así las rompe por completo. ¿No lo entendéis?

—Eres tú la que no entiende nada. Necesito decirle que la quiero y sé que ella necesita escucharlo para poder perdonarme.

“Rubén: No puedo hacerlo. Sólo de pensarlo me vuelvo loco, no quiero perderte, necesito verte, necesito hablar contigo, dime que no está todo perdido y muevo el mundo si es necesario.”

“Nadia: Quizá has decidido moverlo un poco tarde. ¿No crees?”

“Rubén: Sí. Aunque también creo que más vale tarde que nunca.”

No obtiene respuesta.

Si sigue así va a conseguir que ella vuelva a sus brazos, pienso lo contrario a Catalina, yo sé que cuando sientes tanto por alguien tarde o temprano deja de importar lo que ha hecho, si te demuestra que está arrepentido y que está dispuesto a todo por ti... Es rematadamente fácil bajar la guardia.

Se marcha de casa sin esperar a que me marche con él, sólo él sabe los pensamientos que rondan por su cabeza.

—La está presionando demasiado. Yo me ahogaría con esa actitud.

—Todo el mundo no es igual. —respondo.

—A todo el mundo le jode que le pongan los cuernos. No importa lo diferente que seamos unos de otros, esa puta mierda, te jode por completo.

—Realmente no se los ha puesto. No son pareja.

—Joder, Cristian. No entiendo cómo puedes defender algo así, y soy la primera que tiene una mente abierta, pero siempre y cuando ambos estén de acuerdo en ese tipo de relación, y los dos sabemos que ella no comparte ese

detalle.

—No lo defiendo, pero conozco a Rubén, él no quería una pareja y sé que se lo ha dicho millones de veces, ella aceptaba la situación, por lo tanto... No entiendo esto. Sé que lo ha hecho mal, fatal, sé que le ha hecho daño, pero por otro lado creo que quizá debería escucharle y darle una oportunidad.

—Es muy difícil olvidar algo así.

—Cuando hay sentimientos yo creo que es más difícil desprenderte de la persona a la que amas.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿Claudia ha vuelto a escribirte?

—¿A qué viene eso ahora?

—Supongo que, a tus comentarios, sé que le has querido como a nadie, igual que sé que ella ha insistido en tener contacto contigo, si lo tuvieras, no me importaría, intentaría comprender la amistad que os une desde niños, aunque haya habido mucho más, quizá a ti te esté costando desprenderte de ella.

—No digas tonterías. Tú me has ayudado a pasar esa maldita página. Además, ella ha asumido que no hay nada de qué hablar. Hace muchísimo que no me escribe.

—¿Y si lo hiciera?

—Pues no lo sé. Quizá a día de hoy me sentiría preparado para hablar con ella, para contestarle, para contarle que soy feliz a tu lado, ya no me queda ni un gramo de rencor y eso era lo que me apartaba de su lado.

—¿Te gustaría verla?

—Catalina... Todas estas preguntas...

—Tienes razón, no debería entrar ahí, disculpa.

—No es eso, podemos hablarlo si quieres, pero no entiendo por qué ahora, no entiendo a qué viene, no sé qué narices ronda tu cabeza ahora mismo y me preocupa.

—Tengo miedo Cristian. Eso es todo. Me he entregado a ti por completo, he escogido quererte por encima de todo, sólo tú has sido capaz de apartarme del lado de Toni, nunca nadie había tenido tanto poder sobre mí, nunca nadie le había ganado la batalla, y no sé... Sé que ella siempre ha sido tu debilidad, y sé que tarde o temprano quizá os volváis a ver... Y eso me asusta.

—Yo pensaba que mi novia era una guerrera. Que no tenía miedos

absurdos.

Sonrío y la abrazo.

—Es que no sé qué narices me ocurre.

—Que estás completamente enamorada de mí. Soy un tío afortunado.

—Muy afortunado, en eso tengo que darte la razón. No se encuentran chicas como yo todos los días.

—Vamos, salgamos a dar una vuelta y te invito a cenar. Ponte guapa.

Se levanta del sofá dando palmas, es tan fácil tenerla contenta, le encanta salir de casa, ir a cenar por ahí, dar un paseo cerca de la playa, tomar una copa en una terraza bajo la luz de la luna y gracias a ella yo he aprendido a disfrutar de esos pequeños placeres de la vida.

Bip, bip...

Miro el móvil extrañado y veo su nombre. Vuelve a ser ella. ¿La hemos invocado?

“Claudia: Hola. No sé ni cómo empezar a escribir este mensaje. Hace tanto que no te escribo que se me hace hasta raro. Cristian, ha pasado mucho tiempo, no me creo que todavía me odies y no me eches de menos, joder, hemos sido muy importantes uno en la vida del otro, yo te sigo echando de menos... Y no puedo creer que tú no lo hagas. Quería contarte algo, todavía no es seguro, todavía me lo estoy planteando, pero quizá pase estas Navidades en España, con vosotros, mi familia... ¿Qué harás? No podemos evitarnos eternamente. Tenemos mucho de qué hablar, necesito que vuelvas a mi vida, necesito hablar contigo, saber que todo está bien, yo que sé... Básicamente necesito saber de ti. Dime algo, por favor...”

—Cariño, estoy lista. ¿Vamos?

Su voz me devuelve a la realidad. Una realidad tan caprichosa que me ha hecho desaparecer durante unos minutos.

—Sí, sí. Vamos.

—¿Qué ocurre? Parece que hayas visto un fantasma.

Pues más o menos... Para qué te voy a engañar.

26

EL PASADO SIEMPRE VUELVE

Y no quiero.

Estaba equivocado. No estoy preparado para su vuelta, no estoy preparado para volver a tenerla en frente, volver a verla, volver a oler su perfume, volver a perderme en esos ojos que me han tenido atrapado durante tanto tiempo...

No puede volver ahora. Todavía no.

Ha permanecido muchos días en absoluto silencio y a mí me ha hecho la vida más fácil, y ahora... Con un simple mensaje hace temblar la seguridad que creía haber construido.

—Amor ¿Te gusta?

Catalina permanece apoyada en el umbral de la puerta con un vestido negro de infarto, tacones rojos y pelo suelto. Está espectacular.

Soy un tío con suerte, después de todo he encontrado a una persona que me llena en todos los aspectos, me gusta todo de ella y aun a día de hoy parece que ni siquiera eso es suficiente para poder olvidarme de Claudia.

—Estás preciosa cariño.

Y lo está. Pero hay unas palabras que no dejan de dar vueltas por mi mente, no puedo pararlo, no puedo dejar de pensar que quizá en unos meses la tenga delante, no puedo evitar pensar en cómo sería el encuentro, si cenaríamos o comeríamos juntos. Si me remueve por dentro estando a millones de kilómetros... No quiero ni imaginar lo que pasará al tenerla delante.

Vamos, lárgate, desaparece.

Tengo una nueva vida. Y es ella. La he elegido a ella por encima de todo y no voy a dar marcha atrás. Me quedo a su lado porque Catalina me da toda la vida que Claudia un día me arrebató.



Un tío valiente.

Rubén sale de casa de Catalina para montarse en su coche y perderse en la carretera, con un destino claro, plantarse en casa de Nadia, sin importarle absolutamente nada más.

Ella no responde más a sus mensajes, no contesta sus llamadas, le ha pedido un espacio que él no está preparado para darle, un gran error, pero a veces el miedo a perder a la persona que quieres te lleva a actuar de la única manera que no deberías.

Seis horas de viaje que se convierten en cinco porque los nervios le hacen pisar el acelerador más de la cuenta.

No es la primera vez que viaja hasta allí, sabe perfectamente dónde encontrarla, igual que sabe que allí estarán sus padres, no le importa, esta vez tiene que arriesgarlo todo.

Hay veces en la vida que si quieres ganar... No debes tener miedo a perder.

“Rubén: Sé que es una maldita locura, pero estoy aquí, por favor, sal de casa, tenemos que hablar.”

“Nadia: Rubén... No tengo nada de qué hablar contigo, por favor, déjame tranquila... Necesito pensar y lo último que quiero es verte, porque eso no me ayuda a hacerlo con claridad.”

“Rubén: Entonces, ahí tienes la respuesta, eso es porque me quieres tanto como yo a ti. Nadia... No hagas que toque tu puerta y tenga que encontrarme con tus padres.”

“Nadia: No serás capaz.”

“Rubén: No cuestiones las medidas que tomaría un hombre desesperado. Necesito verte”

“Nadia: Por favor... No me lo pongas tan difícil.”

“Rubén: Está bien. Tú lo has querido.”

Duda. Duda varios minutos porque sabe que una vez que toque esa

puerta ya no tendrá nada más que hacer, se terminaran las opciones, ésa será su última oportunidad.

El timbre suena y no oye nada al otro lado.

Espera.

Un hombre aparece justo delante de él, mirándolo de arriba abajo, Rubén sabía que esta era una de las probabilidades que tenía, pero tenía la esperanza de que no sucediera.

—¿Puedo ayudarte en algo muchacho?

—Buenas noches, señor. Verá... Estoy buscando a Nadia. Sé que no sabe quién soy, pero para mí su hija es muy importante, he metido la pata, seguramente ella me odie ahora mismo, pero necesito verla, necesito hablar con ella, y...

—Papá. Está bien. Salgo a hablar con él cinco minutos... No te preocupes.

—Pero hija...

—Tranquilo. Sólo es un amigo.

Ella se queda apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados, marcando claramente la distancia que debía haber entre ellos dos y Rubén se relaja inmediatamente al tenerla delante.

—Por un momento he pensado que no ibas a bajar.

—No debería haberlo hecho. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenía que verte, necesito que me escuches.

—Rubén, te he escuchado mil veces, imagino que no tienes nada nuevo que decirme.

—Me he equivocado. No he sabido controlarme, no he sabido tratarte como te mereces, pero dame una oportunidad para demostrarte que soy capaz de todo por ti.

—¿De todo?

—De todo. Hasta de plantarme aquí y hablar con tu padre si es la única opción que tengo a mi alcance.

—Estás loco. —ríe— Loco de remate.

—Completamente loco, pero por ti. ¿Me perdonas?

Duda. Por lo menos eso quiere hacerle creer, no aparta los ojos de los suyos en mucho tiempo y cuando lo hace es para dedicarle una triste mirada al suelo y dejar escapar un suspiro que sabe a dudas. Pero entonces, levanta la vista de nuevo y sonrío esperanzada.

—Sería una idiota si no nos permitiera volver a intentarlo... ¿No? Pero

prométeme que esta vez será de verdad. Sólo nosotros.

No hace falta explicar nada más, su abrazo habla por ellos, sus cuerpos se necesitan y sus corazones hace mucho que no se sienten tan bien acompañados como ahora.



—¡Ya era hora! Tenía un vago recuerdo de cómo era tu cara. Te echaba de menos. —dice Carolina.

—¡Qué exagerada! Si hemos hablado casi todos los días. —responde Claudia.

—Cuatro tonterías, la diferencia horaria me mata.

—Carol... Te echo de menos.

—Y yo a ti también. Ojalá te canses pronto de esos americanos que te han abducido y vuelvas pronto a casa. Me siento tan sola a veces...

—¿Cómo van las cosas con Javier?

—La verdad es que muy bien, es un cielo, me cuida mucho y me encanta todavía más. Y, ¿las tuyas con Borja?

—Bueno, hay días para todo, tiene mucho trabajo, pasamos muy poco tiempo juntos, yo le quiero, muchísimo, pero no sé si sabré llevar esta relación. Pero bueno, hablemos de otra cosa. ¿Martín y Sara siguen igual?

—Clau... Sabías que sería difícil. Estás allí sola, es normal que a veces tengas dudas, pero el amor lo puede todo. Sí. Esta tarde ha estado aquí Martín, Javier está de viaje y a veces me cuesta sobrellevar que sea un hombre de negocios. Pero ¿qué le voy a hacer!

—He vuelto a escribir a tu hermano. Sé que no quiere, sé que me pediste que le dejara un poco de tiempo, pero es que los meses pasan y parece no cambiar de idea.

—Ha conseguido ser feliz. Me siento la peor amiga del mundo al decirte esto, pero no le desmorones la vida, por favor.

—No quiero hacerlo, sólo quiero saber de él, tenerle a mi lado. ¿Qué va a pasar si vuelvo? ¿Piensa evitarme toda la vida?

—No tengo ni idea. ¿Podrás escaparte en Navidad?

—Lo estoy intentando. A Borja le gustaría mucho ir, necesitamos un poquito de calorcito hogareño, estamos locos por volver a casa. Te lo

confirmaré en unas semanas, primero queremos mirar vuelos y todo eso.

—Dímelo en cuanto lo sepas, tendré que plantear el tema con tacto y tiempo, quizá Cristian quiera venir con Catalina.

—Sí, te lo diré en cuánto lo sepa. Tengo que dejarte Carol, se ha terminado mi descanso y tengo dos clientes esperando, dale un beso enorme a tus padres y otro a Javier. Tengo muchas ganas de veros.

—Nosotros a ti también. Te echo de menos.

Una videollamada que deja a Carolina con la palabra en la boca, viendo cómo su mejor amiga ya no está donde había estado toda la vida, dejándola con la sensación de necesitarla más que nunca.



—Tío, hemos perdido al resto del grupo, nos hacemos mayores, quizá vaya siendo hora de enamorarnos. —comenta Diego a Eric un tanto preocupado.

—Eres gilipollas. Todavía podemos jugar solos al fútbolín.

—Eric, se nos pasa el arroz. Hasta Rubén se ha colado por Nadia.

—Eso no se busca tío, aparece.

—Pues lo único que espero es que a mí me aparezca antes que a ti. Que no soporto quedarme atrás.

Es entonces cuando Diego y Eric chocan sus jarras de cerveza, apoyados en la barra de Coold Beer, mirando a su alrededor y viendo cómo, de un día para otro, un grupo de cuatro se ha convertido en una pareja.



—Llevas gran parte de la noche ausente. ¿Qué te ocurre?

—No me quito a Rubén de la cabeza. —miento.

—Tranquilo, seguro que todo le está yendo bien. El tío tiene una puta flor en el culo, aunque no se merezca que le perdonen tan pronto... Sé que lo ha conseguido.

—¿Tú crees?

—Sí. A veces somos demasiado idiotas.

No respondo. Ella pensará que estoy de acuerdo con su comentario, pero la realidad es muy distinta, las palabras de Claudia no dejan de bombardear mi mente.

“Quizá pase estas Navidades en España, con vosotros, mi familia... ¿Qué harás? No podemos evitarnos eternamente.”

No. Es cierto. No podemos evitarnos eternamente. Tarde o temprano tendremos que enfrentarnos a ello. No puedo dejar de darle mil vueltas a sus palabras. Mi cuerpo está cenando con Catalina, pero mi cabeza vuelve a estar en otro lugar... En un lugar al que ya no pertenece.

27

MÁS VALE CALLAR

—Carol... Tengo que hablar contigo.

—¿Qué pasa? No me asustes Cris. ¿Estáis todos bien?

—Sí, tranquila, no es nada malo. Es sólo que necesito que me ayudes con algo. He estado hablando con Claudia.

—¿Cómo? ¿Hablando? ¿Le has contestado? Madre mía, no me ha dicho nada.

—No. Cálmate y deja que te explique. Realmente no hemos estado hablando, pero me escribió hace un par de días... Insinuaba que quería pasar las Navidades con nosotros. ¿Sabes algo?

—De momento sé lo mismo que tú. Todavía no me ha confirmado nada, están a la espera de encontrar vuelo y de cuadrar agendas...

—Ya...

—En cuánto sepa algo, te lo diré. Por el momento no le des más vueltas a algo que no tiene importancia.

—Sí la tiene. He logrado retomar mi vida, estoy muy bien con Catalina y sé que verla puede provocar algo en mí que mande todo esto a la mierda.

—No debería. Han pasado nueve meses... Tienes que pasar página de una maldita vez. Imagino que tarde o temprano ella volverá a casa, pero no lo hará sola, su vida está al lado de Borja e imagino que quieres que sea feliz, ella quiere lo mismo para ti. Quizá un encuentro es lo mejor que os podría ocurrir para cerrar viejas historias y poder avanzar en las nuevas.

—Sí, por lo pronto no digas nada delante de Catalina. No le he comentado que estos últimos días he recibido algún mensaje suyo y mucho menos le he dicho que quizá venga en Navidad.

—Si no tienes nada que ocultar no deberías engañarla.

Esa última frase me recuerda que lo estoy haciendo mal, muy mal. Qué más da ya si miento, engaño o simplemente oculto, prácticamente todo es lo mismo, traicionar la confianza de una persona que está dispuesta a todo por ti.

Mal Cristian. Este no es el camino.

Termino la conversación antes de que me entren ganas de presentarme en

casa de Catalina y contarle todo lo ocurrido, necesito un poco de tiempo, aclarar mis ideas, tener claros mis sentimientos, entenderme a mí y entender la situación, ver hasta dónde somos capaces de llegar.

Necesito tomarme la tarde libre, no iré a trabajar, no saldré de casa, necesito pasar unas horas conmigo mismo.

En unas semanas es el cumpleaños de Catalina, es impresionante lo rápido que se ha colado el otoño en nuestras vidas y cómo el invierno amenaza con su llegada.

Hemos dejado atrás días de playa, tardes de sol, noches al fresco sentados en la orilla del mar, mojitos en las terrazas, se ha terminado el verano, y con él... Mi tranquilidad.

Tengo el regalo perfecto.

Quiero llevarla de viaje, buscar un destino en el que perdernos sea la mejor opción, dónde podamos estar juntos sin pensar en nada más, dónde no tengamos ganas de recuperar nuestras vidas, pero sin embargo nos muriésemos de ganas por empezar una en común.

“Catalina: ¿Dónde está metido hoy el chico más guapo de todo el vecindario? Tengo ganas de verte... Llámame o ven a casa. Te espero aquí.”

Todavía es capaz de sacarme una sonrisa, aunque esté a punto de entrar en la boca del lobo.

“Cristian: Pues no tengo ni idea... Hace días que no me cruzo con él, no lo tendrás encerrado en tu casa y yo aquí como un idiota pensando que eres solo mía, ¿no? Yo también quiero verte, pero hoy... Imposible. Tengo unas cosas que hacer y necesito bastante tiempo. Nos vemos mañana preciosa.”

No quiero distraerme. Quiero preparar el mejor viaje del mundo, que se acuerde siempre del primer regalo que le voy a hacer, del primer cumpleaños que vamos a pasar juntos, quiero escribir tantas hojas en su historia que soy capaz de todo.

Demasiados destinos y muy poca decisión.

Barcelona, Bilbao, Madrid, Málaga, Vigo, Pontevedra, París, Sevilla, Granada, Lanzarote, Fuerteventura, Tenerife, Gran Canaria, Mallorca, Menorca...

Un sinfín de oportunidades.

Creo que recorrí cada ciudad en unos minutos gracias a Google. Y lo tuve claro.

Granada.

Voy a llevármela al sur, quiero recorrer con ella esas calles mágicas, visitar una de las mayores maravillas que tenemos en nuestro país y tapear hasta que perdamos el conocimiento a causa de las cervezas y tengamos que refugiarnos en la habitación de nuestro hotel, tengo que preparar a conciencia el mejor viaje del mundo, uno que signifique mucho para nosotros, uno que sea el mejor regalo de cumpleaños, uno que abra la veda y sea el primero de muchos.

Busco hoteles de todo tipo, baratos, caros, de lujo, más sencillos... Juraría que nunca he pasado tanto rato delante del ordenador, entro en todos y cada uno de los enlaces, leo prácticamente todas las opiniones de los foros, apunto muchos lugares de interés y compro las entradas a la Alhambra, diurna y nocturna, quiero disfrutar de todo lo que esté a mi alcance y quiero hacerlo con ella.

Sólo he necesitado cuatro meses para darme cuenta de ello.

Y encuentro el hotel ideal, no es muy caro y en las fotos se ve espectacular, en los comentarios pone claramente que la ubicación es perfecta y que desde la azotea del mismo podremos ver la Alhambra sin problema.

Con eso es suficiente, ahora sólo queda encontrar el mejor vuelo.

No tengo tanta suerte, es imposible que todo salga tan redondo, no puede ser barato y encima tener buenos horarios. Al final, el que más nos conviene sin molestarme en mirar el dinero que gasto.

No quiero seguir, me acerco a mi móvil y me encuentro con su respuesta.

“Catalina: Cuánto misterio. ¿No vas a contarme nada? Menudo peligro. Creo que quizá deberías dejar eso para otro momento y venirte aquí con nosotras, Eevee te echa de menos... Y yo también.”

Tengo un mensaje más.

¿Adivináis de quién es?

“Claudia: ¡Basta ya! Voy a volverme loca y lo haré por tu culpa. ¿Tan difícil es responder? Algo, cualquier cosa, aunque sea para hacerme saber que estás bien, que no te doy igual. Hazme saber algo Cristian, lo que sea. Tu silencio empieza a hacerme más daño del que esperaba... No habrá forma

de salvarlo. Piénsalo. Pero luego no me culpes a mí de ello, porque yo lo he intentado todo y no he conseguido encontrar la forma de llegar hasta a ti. Cuidate... ”

Algo se remueve en mi interior con este último mensaje, necesito tenerla lejos, pero no puedo soportar que rompa lo poco que queda entre nosotros, me invade el miedo a perderla para siempre, algo me empuja a contestar y precisamente no es mi sentido común.

“Cristian: Hola. No me preguntes por qué respondo ahora... Porque ni yo mismo lo sé. Simplemente lo he sentido así. Durante todo este tiempo únicamente te he pedido espacio, no que salgas de mi vida para siempre... Yo no quiero eso, ten paciencia, podemos intentar que todo vuelva a la normalidad, pondré de mi parte.”

No tarda ni tres minutos en darme una respuesta.

“Claudia: Sinceramente no esperaba contestación, ya no, has permanecido tanto tiempo callado y apartado de mí que ya no contaba con esto... He dicho tanto todo este tiempo, que ahora... Me he quedado sin palabras.”

“Cristian: Te debo una disculpa. Me he comportado como un capullo.”

“Claudia: Un poco sí, pero no me queda otra opción que perdonarte, tengo muchas ganas de verte Cris.”

Una llamada entrante me impide contestar. Catalina.

¿PODEMOS RECUPERAR LO PERDIDO?

—Bueno, bueno... Al menos te dignas en contestar al teléfono.

—Perdóname. —por todo— Pero te prometo que tengo una buena excusa, es algo que todavía no puedo contarte, pero lo sabrás pronto, por el momento tendrás que fiarte de mí.

—No me gustan las sorpresas, lo sabes ¿verdad?

—Ésta seguro que sí.

—Dame una pista... Por favor...

—No puedo, no seas ansiosa, todo a su debido tiempo.

Los dos callamos, yo porque me siento fatal en este momento, ella... No lo sé. Simplemente no dice nada más, quizá esté dándole vueltas al asunto, pensando que podrá ser y que no, o tal vez... No, imposible.

—Bueno, estaré en casa, si te apetece venir a dormir, sabes dónde encontrarme. Si no, ya nos vemos mañana.

—Más tarde te digo algo. Un beso, preciosa.

Cuelga. Y por alguna razón... El sentimiento de culpa ya no está ahí, se ha esfumado, siento liberación, necesito estar solo, necesito continuar una conversación interrumpida.

“Cristian: Yo a ti también Claudia, aunque no voy a negarte que me asusta, no tenemos quince años, no tenemos por qué fingir, los dos sabemos lo que ha habido entre nosotros y lo que he sentido por ti. No me gustaría volver a encontrarme como hace unos meses. Ese ya no es mi sitio.”

Está tardando más de la cuenta en responder, como si todas esas ganas que parecía tener hacía unos minutos se hubieran esfumado, como si ya no le interesara lo que está leyendo, y empiezo a impacientarme y ponerme nervioso. Muy pronto le estoy cediendo el poder de dominar la situación, por estas cosas es que no quiero hablar con ella... Es mi desesperación.

Pero por fin mi móvil suena de nuevo.

“Claudia: No sé qué contestar a eso... Lo habrás notado. Intentemos

volver unos años atrás en vez de a unos meses... ¿Cómo lo ves?”

“Cristian: *¿La verdad? Estoy jodido de todas formas.”*

Y es cierto. ¿Todavía no ha comprendido que lo que sentía por ella no apareció de un día para otro? No me lo puedo creer.

“Claudia: *Pues entonces, miremos al futuro, creo que es la mejor opción.”*

“Cristian: *Sí. He conocido a una chica, llevo con ella unos meses... me gusta muchísimo. No quiero cagarla.”*

“Claudia: *Lo sé. Que tú no hayas querido hablarme todos estos meses no significa que no haya preguntado por ti a los demás y me hayan mantenido informada... Me gusta saber que eres feliz, no quiero que las cosas te vayan mal por mi culpa.”*

“Cristian: *No lo permitiré. Sé en qué lugar estamos cada uno, tu vida está allí, al lado de Borja, y la mía aquí, por lo pronto, cerca de Catalina. ¿A ti cómo te va?”*

“Claudia: *Pues... Verás... No me va mal, pero no es oro todo lo que reluce. Tenemos mucho trabajo y me siento más sola de lo que debería, no puedo reprocharle nada a Borja porque lo está haciendo lo mejor que puede, pero a veces, creo que no es suficiente.”*

Primer motivo. Está pasando un mal momento... Todos volvemos a aferrarnos a nuestro pasado cuando nuestro presente parece no funcionar como debería.

“Cristian: *Una relación se compone de todo tipo de circunstancias, es normal, intenta estar bien y disfrutar cada momento. Ahora tengo que dejarte, no podré estar pendiente del móvil, hablamos otro rato Clau.”*

“Claudia: *Sí. Hablamos pronto, cuídate.”*

No tengo nada más que añadir a esa despedida, sí, es una despedida, porque no estoy completamente seguro de que vaya a producirse una futura conversación. Ella ya ha conseguido lo que andaba buscando, quería que le hiciera caso y aquí me tiene de nuevo, por lo tanto, probablemente el interés disminuirá. Y realmente... Ahora me doy cuenta de que no me siento preparado para una relación mucho más estrecha, el miedo continúa ahí y no puedo evitarlo.

Me siento imbécil por llevar esta maldición a costas el resto de mi vida.



Me presento en su casa casi a las doce de la noche, por un momento mi instinto ha estado a punto de dejarse llevar por el camino equivocado.

En la vida hay decisiones que tenemos que llevar a cabo hasta el final, cueste lo que cueste, por muy difícil que sea.

Antes de tocar la puerta, su voz llega a mis oídos, no puedo entender lo que dice, tampoco logro escuchar quién habla, se la oye lejana, quizá no llegue en buen momento y debería haberla avisado antes de venir, pero, aun así, llamo al timbre.

No tarda en aparecer tras la puerta con uno de esos pantaloncitos cortos que se pone para dormir y no disimula su cara de asombro, está claro que no esperaba mi visita.

—Esta conversación ha terminado. Cristian está aquí y sigo pensando lo mismo que la última vez que hablamos. No me llames más Toni, por favor...

Es escuchar su nombre y notar cómo la rabia se apodera de mí, quiero controlarlo, quiero pasarlo por alto como ya he hecho en anteriores ocasiones, pero no puedo, por un momento imagino que Catalina ha sentido lo mismo que yo hace unos minutos mientras hablaba con Claudia... Y no lo puedo soportar.

—¿Otra vez él? Empieza a cansarme esta situación...

—Sí. ¿Qué quieres que haga? No es mi culpa si no deja de llamarme, no soy yo la que marca su número.

—¡Joder! Pues no respondas a sus llamadas, no es tan difícil.

—Cristian, no tengo que esconderme de nada ni evitar a nadie, sé lo que

quiero y eso me permite estar capacitada para hacer lo que me dé la gana.

Pero... ¿En qué narices estoy pensando? Si soy el primero que todavía duda, el primero que tiene miedo de dejarse llevar... No puedo pedirle a ella algo que yo precisamente he incumplido hoy mismo.

Catalina no me oculta nada y yo no quiero cometer con ella ese error.

—Claudia ha vuelto a escribirme.

—Claro. Entonces a eso se debe tu ataque de celos, que estúpida.

—Perdóname. He perdido los papeles.

—¿Habéis hablado?

Vuelvo a encontrarme en un punto en el que yo escojo la salida, está en mis manos darle una respuesta, una sola decisión que puede cambiar lo que pase a partir de ahora.

—Sí. Me mandó un mensaje justo cuando hablamos de ello.

—Y, ¿por qué me lo ocultaste?

—No lo hice. Ocurrió después. Lo recibí justo cuando íbamos a salir y no quise estropear nuestra noche hablando de ella.

—Entonces no entiendo por qué me lo cuentas ahora.

—Porque ese día no le contesté, pero hoy ha vuelto a escribirme de nuevo... Y hoy sí he hablado con ella.

—...

—¿No dices nada?

—No. ¿Qué quieres que te diga? Eres mayorcito para tomar tus propias decisiones, no puedo enfadarme ni pedirte que no lo hagas, si quieres que ella esté en tu vida... Tengo que aceptarlo.

—Igual que yo tendría que aceptar que Toni esté en la tuya, supongo.

—Sí. Si hay algo que no podemos cambiar es nuestro pasado. Sólo te pido que si en algún momento tienes dudas o sentimientos que se te escapen de las manos... Me lo cuentes.

—No las tengo. Quiero estar contigo.

—Y yo contigo, de verdad. No quiero volver con Toni, no quiero nada que no sea lo que tengo ahora mismo, por el contrario, no te estaría engañando a ti, me estaría engañando a mí misma.

Me da miedo perderla y a la vez me asusta quererla de esta manera, no lo estoy haciendo al cien por cien y eso me parte en dos, ella se merece todo de mí y yo quiero estar a la altura.

No volvemos a hablar del tema esta noche, no los nombramos más, los apartamos de nuestra mente, al menos eso intentamos demostrar, porque yo

no puedo evitar sentir ganas de que mi móvil suene y aparezca otra vez su nombre en mi pantalla.

Es una noche distinta a las demás, juntos en la misma cama, abrazados, pero a mil kilómetros luz, cada uno perdido y sumido en sus propios pensamientos, ella se muestra fría y distante, y yo no sé qué hacer para traerla de vuelta.

—Me he pasado toda la tarde preparando tu regalo de cumpleaños.

—¿Sí? ¿Entre mensaje y mensaje?

—Catalina...

—Perdona. Es que no me lo quito de la cabeza.

No quiero volver a hablar del tema. Ha ocurrido y no puedo cambiarlo, pero sí intentar hacerlo mejor a partir de ahora.

—Te va a encantar, estoy seguro.

—Todavía queda un mes, acabaré averiguando lo que escondes.

—No estés tan segura. Se me dan bien las sorpresas, demasiado diría yo.

Y su abrazo me basta para poder dormir tranquilo, sin preocupaciones ni remordimientos.

29

LA VIDA

—¡Catalina! Dime que estás en casa. —exclama Nadia al otro lado de la línea.

—Estoy en casa. ¿Qué pasa?

—Tengo que hablar contigo, no te muevas de ahí, voy para allá.

—¿Nadia? ¿Qué pasa? No me asustes.

Pero ya no hay nadie al otro lado de la línea. Nadia está muy nerviosa, la ha notado agitada y no le ha dado tiempo a averiguar absolutamente nada más. No entiende que quiere o necesita de ella, pero va a quedarse para descubrirlo, si necesita ayuda, Catalina se la dará.

No tarda ni quince minutos en llegar.

—Pero ¿qué ocurre?

—No sé cómo ha podido pasar, te juro que no lo sé, y yo no estoy preparada, de verdad que no lo estoy, soy muy joven, no siento que sea el momento, me da miedo saber que mis sospechas son ciertas, y...

—Para. Nadia, no sé de qué narices me estás hablando. Empieza desde el principio.

De su bolso saca un test de embarazo. No da más explicaciones, sus ojos se clavan en los de Catalina, ella asiente y Nadia baja la mirada.

—Estoy asustada.

—Tranquila. Todavía no es seguro, relájate, ve al baño y hazte la prueba. Yo estaré contigo.

—Dos semanas de retraso...

Ambas suspiran y se encierran en el baño, ha llegado el momento, ha llegado la hora de enfrentar la verdad, no sirve de nada posponer más esta situación.



—¿Sigues hablando con ella? —pregunta Diego.

—Si contesto la verdad a esa pregunta me siento la peor persona del mundo y el más gilipollas. Pero sí.

—Siempre ha conseguido de ti lo que ha querido. —interviene Rubén.

—Parecía que esta vez se había ido de verdad, que era la definitiva, que no iba a buscarte, y ya ves... Aquí estamos, retrocediendo. —opina Eric.

—Eric, no. No estamos retrocediendo, tampoco me ha buscado, sólo quiere que volvamos a ser amigos, soy yo el único que tiene que ir con cuidado de no confundir sentimientos, esto jamás va a volver a ser lo que era. Estoy con Catalina y es lo único que quiero.

—¿Estás seguro?

Maldito poder tiene en mi mente esa maldita pregunta. ¿Cómo voy a estar seguro? Es una pregunta absurda. Si algo me ha enseñado la vida es que nunca podemos estar seguros de nada, porque en el momento que más confías en ti, en algo, en cualquier persona, en que ya nada va a resquebrajarse... El suelo se empieza a abrir bajo tus pies, mostrándote un abismo dispuesto a engullirte a la mínima que vaciles un poco.

—No. No lo estoy. Los sentimientos son impredecibles.

—Sí. De eso quería hablarte... Hay algo que ha ocurrido estos días y que tengo que contarte.

Diego está más serio de lo normal, mira a Rubén buscando su aprobación, pero él niega con la cabeza una y otra vez, Eric se mantiene al margen, es más, se levanta a pedir otra ronda.

—Estoy conociendo a alguien.

—Pues si me lo cuentas con ese ánimo, creo que quizá deberías dejar de hacerlo tronco. —Me rio, pero lo hago solo.

—Es Patricia.

Shock múltiple. No me jodas Diego. Patricia... La loca, demente, chiflada, perturbada.

—¿Patricia? Pero... ¿Cómo?

—Ha venido un par de veces acompañando a Nadia y ha estado con nosotros. Catalina y tú habéis pasado mucho tiempo juntos estas últimas semanas y ha ocurrido.

—Tío, no le digas nada, yo ya se lo he dicho todo, no podrá decir que no le hemos avisado de que esta tía está enferma, que tiene problemas, pero nada, el tío se ha encaprichado. —dice Rubén dirigiéndose a mí.

—Prefiero que dejemos este tema aparte. No quiero debatir lo que os pueda parecer mi chica, sólo informo de la situación a uno de mis mejores

amigos para que lo sepa, y básicamente lo hago porque se la ha tirado.

—¿Tu chica? —no me esperaba algo así, de verdad que no, pero, por otro lado, me da igual, pueden hacer lo que quieran— ¿Cuánto hace de esto? Quizá deberíais conoceros un poco más antes de afirmar que es tu chica y dejarte llevar tan pronto.

—Lo único que necesito saber es si a ti esto te importa.

—¿A mí? ¿Por qué me iba a importar? Yo nunca he sentido nada por ella, fue lo que fue y ya está. Sin más.

—Hermano, lo que tienes que tener claro es que ella sí que ha estado mucho tiempo detrás de Cristian, asegúrate primero que ese interés se ha esfumado.

Gracias Eric. Yo no hubiera podido decirlo sin parecer el tío más prepotente y gilipollas del planeta.



—No puede ser...

—Madre mía Nadia.

—No, no y no.

—Tranquila... Sabíamos que podía ocurrir. ¿Quieres que llame a Rubén?

—Catalina. Estoy embarazada y ni siquiera sé si quiero seguir adelante. ¿Qué quieres que le diga a Rubén?

—Pues no lo sé, pero supongo que tiene derecho a acompañarte en estos momentos, a saberlo, a tomar contigo una decisión...

—Necesito un poco de tiempo.

—Sí. Quizá deberías asumirlo primero. ¿Le quieres?

—¿A Rubén? Con toda mi alma... Le vi en el aeropuerto y sentí cómo el corazón me daba la vuelta. Desde ese momento mi corazón le pertenece.

—Pues entonces, no hay nada más bonito que lo que te está ocurriendo Nadia, este bebé es fruto de un amor puro.

—Por mi parte. Por la suya tengo miles de dudas. Rubén va a salir corriendo, él ni siquiera estaba preparado para una relación, no hace ni un mes que se acostó con otra, él todavía va dando bandazos por la vida sin importarle el daño que pueda causar... Es cierto que vino a por mí, y que desde entonces no hace más que demostrarme que me quiere y que quiere

estar conmigo, pero esto... Esto es demasiado.

—Mira, soy la primera que en más de una ocasión le hubiera partido la cara por no estar a la altura, pero estos días me he fijado en cómo te mira, no quiere que vuelvas a casa, prácticamente estáis viviendo juntos, sin decidirlo, sin hablarlo... Simplemente dejándoos llevar. Y sí, creo que se va a acojonar cuando se lo digas, es normal, tú también estás asustada, pero creo que va a querer a este niño tanto como te quiere a ti.

—Pero yo no estoy segura. Necesito tiempo para pensar, si quiero interrumpir el embarazo, no seguir adelante, quizá lo mejor sea que no le diga nada.

—No. Deberías decírselo también. No cometas el error de no tenerle en cuenta. Esto es algo de los dos, y ambos debéis tomar la decisión, para continuar o para pararlo... Rubén tiene que estar contigo.

—Gracias Catalina, nunca pensé que correría a tus brazos en un momento así.

Las chicas se abrazan, forjando con fuerza el lazo de amistad que acaba de nacer entre ellas.



“Cristian: Hoy he tenido un día de locos. ¿Cómo estás?”

¿De verdad acabas de enviar ese mensaje a Claudia? Cristian... Mal. Este mensaje debería recibirlo otra persona, lo sabes, este mensaje tan cotidiano y tan íntimo a la vez debería haberlo recibido Catalina.

“Claudia: ¿Tú también? Yo he tenido un día horrible. El estudio es un caos, mucho trabajo, estrés y tensión. Borja y yo últimamente no nos ponemos de acuerdo con nada y no hacemos otra cosa que discutir.”

Vaya... Información que no debería tener. Discuten. El cuento de hadas empieza a truncarse justo en el momento en que nuestras vidas vuelven a unirse.

No. Para. Deja de pensar estas cosas. ¿Qué mierda pasa por tu cabeza?

“Catalina: Amor, ven a casa, no te vas a creer lo que está pasando, está aquí Nadia y tiene algo que contarte.”

¿Nadia? ¿Qué tendrá que contarme ella a mí?

Voy directo a su casa, no respondo al mensaje, dejo a alguien importante esperando por mí al otro lado del charco, pero prefiero evitar conversaciones con ella si estoy cerca de Catalina, no quiero hacerle daño.

Entro en su piso y las encuentro tomando una infusión, ambas me miran y Nadia no tarda en tocar su vientre.

—Cristian... Estoy embarazada.

¿Embarazada?

No puede estar ocurriendo todo esto. Nuestras vidas se están poniendo del revés. Sin avisar. De un día para otro.

Nadia embarazada de Rubén. Yo con el corazón dividido, sintiendo de nuevo por alguien que no está a mi lado y prácticamente engañando a una de las personas más importantes que tengo en mi vida. Diego con Patricia.

Esto va de mal en peor.

30

CAMBIOS Y DECISIONES

“Cristian: Definitivamente mi vida no deja de sorprenderme, ha sido un día de locos, informaciones que me desestabilizan, ya te contaré en otro momento. Espero que lo tuyo con Borja se solucione, cualquier cosa que necesites... Puedes contar conmigo.”

Cristian. No. No esperas que se solucione... Te encantaría leer que su relación no funciona y que ella vuelve a casa.

¿A quién pretendes engañar?

Está bien. Déjame en paz. Por favor, maldita conciencia, cállate.



Rubén llega a casa esa noche un poco más tarde de lo normal y con unas cuantas cervezas de más en el cuerpo.

Encuentra a una Nadia distinta, le mira diferente, se mantiene alejada de él, observándole, sin dirigirle la palabra, sentada en el sofá con los brazos apoyados en sus rodillas y la cabeza gacha.

—Nena, ¿estás bien?

—No. En realidad no. Llevo horas esperándote, tengo algo que decirte, hay algo de lo que tenemos que hablar y ya ves cómo te presentas.

—Bueno, tranquilízate, he ido a tomar unas cañas con los chicos. ¿Hay algún problema?

—Ni te lo imaginas. Un problemón diría yo.

—¿Qué pasa?

—No es el momento de hablar, no estás en condiciones para escuchar todo lo que tengo que decirte, para pensar con claridad y mucho menos para tomar cualquier tipo de decisión. Imagino que esta conversación tendrá que posponerse.

—¿Por qué no dejas de decir tonterías?

—¿Tonterías? Rubén, has bebido demasiado.

—¿Ves? Estas son las situaciones que me agobian de tener pareja. ¡Joder! Yo estoy acostumbrado a hacer lo que me dé la gana, sin dar explicaciones, sin necesidad de estar pensando que lo que hago puede molestar a otra persona, he quedado con mis colegas, me he tomado unas cañas, punto. ¿Qué tiene eso de malo?

—Nada. No tiene nada de malo.

—¿Entonces? ¿A qué se debe tu cara de mierda?

—Déjalo Rubén. Mejor lo hablamos en otro momento.

Nadia intenta alejarse de él, quiere darse una ducha, encerrarse en la habitación y pensar en todo lo que está sucediendo, necesita darle vueltas al asunto para ser capaz de tomar una decisión, sola o con él, ya no le importa.

—No lo dejo. Si estar contigo significa esto... No lo quiero.

—¿Perdona?

—Pues que no quiero estar con alguien que me espera en casa con cara de perro. ¿No lo entiendes?

—¿Tú puedes entender que no todo el puñetero mundo gira en torno a ti? ¿Tú puedes entender que la vida es mucho más que tomarse cuatro cervezas? ¿Tú entiendes que a veces, de repente, la vida puede cambiar? Tranquilo, si no quieres estar conmigo, no voy a quedarme, ahora mismo cojo mis cosas y me voy. Eso sí, esta vez... Ni se te ocurra venir a buscarme.

Rubén la agarra del brazo, impidiendo su marcha.

—No he dicho eso... Yo... Quiero estar contigo, de verdad, no soportaría que cruzaras esa puerta, pero no sé, no entiendo nada, llego y te encuentro así y parece que me culpes por ello. Y no entiendo nada.

—No lo entiendes porque no he podido explicártelo todavía.

—Pues hazlo.

—Mira... Tienes razón. Estoy nerviosa y quizá no he sabido controlar la situación, pero... creo que no es el momento de hablar, necesito que tengas la cabeza despejada, que no ronde una gota de alcohol por tu cuerpo y que puedas centrarte en nosotros.

—Me estás acojonando. —suspira y se frota la cara— Mira, voy a darme una ducha para despejarme un poco. ¿Vas preparando la cena?

Ella asiente, se acerca a él, le besa y le abraza tan fuerte como puede. No quiere decirle que le quiere, pero no puede ocultarlo por más tiempo, Nadia ama a Rubén cómo una loca, sería capaz de entregarle su vida si fuese necesario.



—Todavía estoy alucinando. No puedo creer que Rubén vaya a ser padre.

—No digas absolutamente nada si él no te lo dice. Nadia ha venido aquí porque no sabía a quién recurrir, no tiene claro que quiere hacer, no quería contárselo a Rubén... No sé cómo terminará todo esto.

—¿Cómo no se lo va a contar? Él tiene los mismos derechos que ella.

—Si se lo cuenta... ¿Cómo crees que reaccionará?

—No tengo ni puta idea. El Rubén de siempre le diría que él le acompaña dónde sea mientras interrumpa el embarazo. Saldría corriendo. El Rubén que yo conozco no querría tener un hijo, no aceptaría convertirse en padre, no aceptaría estar atado a alguien para el resto de sus días... Pero ese Rubén, no es el mismo que existe ahora. Ahora... Es un hombre enamorado y ante eso... Todo es impredecible.

—La quiere mucho, ¿verdad?

—Sí. Mucho.

Cenamos prácticamente en silencio, toda la información que he recibido hoy no deja de dar vueltas en mi cabeza, no puedo evitarlo, Diego y Patricia, Claudia y Borja, Rubén y Nadia... Todo está cambiando y yo no estoy preparado, necesito más tiempo.

—¿Qué ocurre Cris? Llevas todo el rato en tu mundo... ¿Estás bien?

—Bueno, sí, estoy bien, flipando, pero bien.

—Es chocante, pero no es tan raro... Vamos teniendo una edad y es normal que las cosas avancen.

—¿A esta velocidad?

—No, quizá no es la velocidad adecuada, pero hay veces que pisar el freno es la peor decisión que se puede tomar.

—¿Sabes que Diego también está con una chica?

—¿Sí? No tenía ni idea. Qué calladito se lo tenía. ¡Me alegro mucho! Ahora sólo falta el bueno de Eric, al pobre... Todas le toman el pelo.

—No te vas a alegrar tanto cuando te diga de quién se trata. —la miro y ella espera a que le dé más información— Está con Patricia.

—¿Patricia? ¿Qué Patricia? ¿La que conociste en Ibiza, te tiraste y

después se ha dedicado a perseguirte sin descanso?

—Esa misma.

—No me lo puedo creer. ¿Ahora quiere estar con Diego?

—Eso parece.

—¿Te molesta?

—¡No! ¿Estás loca? —rio ante su ocurrencia— ¿Por qué dices eso?

—No lo sé, cómo habéis estado juntos, quizá es incómodo que ahora esté con uno de tus mejores amigos.

—Sería incómodo si tú estuvieras con uno de mis amigos si algún día lo dejamos. De hecho, a ninguno de ellos se le pasaría por la cabeza estar con una chica por la que alguno de nosotros hubiera tenido sentimientos y una relación. Pero Patricia... Fueron cuatro ratos contados, sin más.

—Para ti. Para ella... Creo que no.

—Eso es lo que me preocupa. No me molesta en absoluto, pero no acabo de comprender muy bien sus intenciones, si le gustaba Diego podría haberlo intentado con él, esa tía está loca y me da miedo que lo único que quiera sea crearnos problemas.

—Bueno, no pienses en eso, el tiempo dirá. Por cierto, hay algo que tengo que contarte... Toni ha venido esta tarde, me ha traído un paquete por mi cumpleaños, quería que lo supieras...

—Todavía falta una semana. ¿A qué juega?

—Dice que se marcha de viaje y que no quería irse sin dármelo. No tengo ni idea de lo que es, me ha pedido que lo abra el mismo día.

Niego con la cabeza. Quiere recuperarla, está claro. Ella no cierra la puerta por completo y yo no puedo culparla, ella misma me ha dado la respuesta hace unos minutos, tiempo. El gran sabio de la vida, el único capaz de ponerlo todo en su lugar.



—Se lo he contado a Cristian.

—¿Ya? Estás loco, te pedí que esperaras un poco más, todavía es pronto.

—¿Pronto para qué, Patri? ¿Qué es lo que te preocupa? —Diego alza un poco la voz ante esa respuesta.

—Nada. Bueno, sí. Me preocupa todo lo que te pueda decir de mí, es tu

amigo de toda la vida y el único que podría ser capaz de separarnos, sabes que no me soporta, y...

—Y nada. Soy adulto. Tomo mis propias decisiones.

—¿Qué ha dicho?

—Le preocupan tus intenciones.

—Claro, ahora querrá hacerte creer que sólo estoy contigo para acercarme a él. Maldita sea. Me odio a mí misma por haberme fijado en Cristian aquel día teniéndote a ti justo delante. Soy estúpida.

—No le des más vueltas. Las cosas ocurren cómo tienen que ocurrir. Sin más. No era nuestro momento, eso es todo.

—Eres tan bueno... Me gustas mucho Diego.

—Y tú a mí... Ven aquí... —La acercó a él y la besó con más delicadeza de la esperada.

Uno de los mejores amigos de Cristian enganchado a una chica que según el resto del mundo no le llega ni a la suela de los zapatos, nadie quiere opinar de más, ni meterse en una relación, pero es que Patricia... Ha demostrado tantas veces no ser transparente que inevitablemente todos sospechan de su amor por Diego.

Aun así... Deberán darle un voto de confianza.



Rubén y Nadia finalmente deciden salir a cenar, ambos están más tranquilos, no dejan de tocarse, necesitan contacto, sentirse cerca, ella por todo lo que sabe que le tiene que contar y los cambios que puede producir su confesión, él porque la quiere más de lo que nadie imagina.

—Cielo... Creo que tengo las cervezas en los pies. No hago más que darle vueltas a lo que me has dicho en casa. ¿Qué tienes que decirme?

Nadia suspira, mira a su alrededor, justamente el camarero acaba de tomarles nota, por lo tanto, tienen unos minutos de intimidad.

—No sé si es el lugar más adecuado... Quizá deberíamos hablarlo en casa.

—Nadia, no sabes la de cosas que están pasando por mi mente, ya me estoy imaginando lo peor, por favor... Cuéntamelo ya. Sea lo que sea. Quiero saberlo.

Ella lo mira durante unos segundos a los ojos. Quiere hablar, pero le está costando empezar, no sabe cómo hacerlo.

—Nadia... Vamos, ¿qué está pasando? ¿Estás bien?

—Sí. En realidad, debería estar mejor que nunca. —él frunce el ceño y ella continúa— Dos semanas de retraso han sido mi mayor tortura estos días, no quería contarte nada hasta que no estuviera segura, los nervios se apoderaron de mí y pensé que por eso no me bajaba la regla, y... Dejé pasar los días, pero hoy ya no he podido más, he comprado dos test de embarazo en la farmacia y he ido a casa de Catalina... Y sí, los dos han salido positivos. Estoy embarazada Rubén.

Rubén abre los ojos como platos. Esa es su única reacción por unos segundos interminables. No le quita la vista de encima, no se mueve, incluso parece que ha dejado de respirar, quizá todavía no ha salido corriendo porque sus piernas ni siquiera son capaces de responder a las órdenes de su cerebro.

—¿Vamos-a-ser-padres? —pregunta todavía en shock.

—Bueno, la verdad es que todavía tenemos que tomar una decisión, ver si...

Es entonces cuando él se levanta de su asiento, se dirige hacia ella haciéndola levantar también, la coge en brazos, la besa y grita a los cuatro vientos que iba a ser papá.

—¡Señores! Esta señorita acaba de darme la mejor noticia del mundo. ¡Vamos a ser papás!

Los aplausos del resto de la gente ahogan sus risas, ella todavía no se lo puede creer, pero ver a Rubén así le ha borrado las dudas de un plumazo, él es el hombre de su vida y ahora también va a ser el padre de su hijo.



“Claudia: Sé que es tarde para escribirte, probablemente estarás durmiendo, pero no he podido responderte antes. Lo sé, lo has demostrado todo este tiempo, tú también puedes contar conmigo. ¿Cómo te va con Catalina?”

Por suerte o por desgracia... No estoy durmiendo. He salido a la terraza a fumarme un pitillo, no puedo dormir, estoy inquieto, me está costando

mucho conciliar el sueño, así que para no molestar a Catalina he salido con Eevee a que me dé un poco el aire.

“Cristian: No, no duermo todavía, soy un tío de noche, ya lo sabes. He recibido muchas noticias últimamente y creo que sigo dándole vueltas a todo. Con Catalina muy bien, en unos días nos vamos de viaje, es sorpresa, llega su cumpleaños y quiero que sea especial.”

Qué ganas tengo de marcharme con ella lejos de aquí, pasar unos días juntos, solos, alejados de todo...

“Claudia: Qué afortunada es de tenerte, espero que sepa valorarlo. ¿Qué noticias son esas que te tienen en vela?”

¿Afortunada por tenerme? Qué irónico que seas tú quien diga esto Claudia, cuando hubiera puesto mi vida en tus manos sin importarme el final de mi propio destino.

“Cristian: Veo que con Borja sigue la cosa jodida... ¿Qué os pasa? Pues, verás, Rubén va a ser padre y todavía no sé si él lo sabe. Y Diego... Está empezando con una chica que está como una puta cabra, con la que tuve un rollo a principios de verano y se obsesionó conmigo. Una puta locura.”

“Claudia: Es raro... Estoy bien con Borja, pero es como si necesitara más, no es su culpa, sé que soy yo, quizá es el estar en este país... Tan lejos de todos vosotros, costumbres tan distintas, otro idioma, otra forma de vida... Y aunque lo tenga a él aquí dispuesto a todo por mí, necesito sentirlos cerca.”

Te arriesgaste demasiado pronto Claudia... Te fuiste sin pensar en nada, cegada por él, por una nueva vida, creías que iba a ser una de esas historias de película, corriste a sus brazos, dejando los míos a un lado sin pensar que quizá conmigo podrías ser la protagonista de esa película que tanto deseabas rodar.

—Amor... ¿Qué haces aquí? —Catalina aparece somnolienta, se acerca a mí y se sienta en mi regazo.

Qué bonita está con cara de sueño y un tanto despeinada. Es tenerla delante y conseguir espantar todos esos fantasmas que rondan mi alma, tratando de llevarme por el camino equivocado.

—No podía dormir. ¿Te he despertado?

—No... La verdad es que no, pero he ido a abrazarte y he visto que no estabas.

—Ven aquí. —la atraigo hacia mí, con mi mano conduzco su cabeza hasta mi hombro, y ella rodea mi cuerpo como puede con sus brazos— Ay... Qué haría sin estos momentos contigo... Mi niña bonita.

Y es cierto. La quiero mucho, demasiado, tanto que me rompería a mí mismo la cara si le hago daño, tanto que me odio por dejarme llevar en muchas ocasiones, tanto que tenerla así, en mis brazos, me hace feliz.

31

NUESTRO PRIMER VIAJE

Los días han pasado más lentos de lo esperado, necesitaba que llegara este día, necesitaba despertarla, comérmela a besos antes de cantarle el cumpleaños feliz, llevarle el desayuno a la cama, ver en sus ojos todo ese amor que siente por mí y entonces... Entregarle nuestro billete de avión.

—Buenos días princesa.

Tarda un poco en abrir los ojos, no conozco a nadie a quien le guste más remolonear en la cama que a ella. Es de esas chicas que posponen la alarma cinco minutos más por lo menos unas siete veces antes de decidir mostrar sus ojos al mundo.

—Vamos... Despierta. Tienes que tomar una decisión muy importante.

—¿Yo? —responde somnolienta— Pero... ¿Qué hora es?

Me rio y me lanzo encima de ella, me muero por comérmela a besos, quiero traerle el desayuno y que a la misma vez ella sea el mío.

—Feliz cumpleaños a la chica más bonita del planeta.

—¿Esa soy yo?

—¿Quién si no?

—Vaya... Vas a conseguir que me sonroje. Y dime, ¿Qué decisión tengo que tomar?

—Una rematadamente difícil.

—No sé si estoy preparada... Me acabo de despertar y soy bastante básica por las mañanas.

—¿Café o zumo de naranja?

—La decisión más difícil de toda mi vida. ¿Puedo escoger ambas?

—Hoy puedes pedir todo lo que quieras. Es tu día, prometo darte todos los caprichos y dedicarme a ti en cuerpo y alma.

—Espero que lo hagas más en cuerpo, sabes que soy más carnal.

Ambos reímos, la beso y salgo de la habitación. Tengo el desayuno preparado en la cocina, en la misma bandeja le he dejado el sobre dónde encontrará los vuelos y descubrirá nuestro destino.

Se la dejo en la cama sin apartar la vista de ella.

—¿Puedo abrirlo ya? —pregunta ansiosa y con una sonrisa oculta detrás

de sus labios.

—Todavía no has desayunado...

—Pero es que ese sobre es mucho más apetecible. ¿Puedo, puedo, puedo?

—Claro que sí. Es tu regalo. Ábrelo.

Saca los billetes, lee nuestros nombres y el destino en alto y se calla. No dice nada más. No aparta la vista del papel y cuando lo hace es para derretirme con la mirada que tiene guardada para mí. Jamás me ha mirado así en todos estos meses, y de repente me siento el hombre más afortunado del planeta.

—Cristian... ¿Nos vamos a Granada?

—Eso pone ahí, ¿no?

—No sé qué decir... Eres increíble.

—Te dije que mi sorpresa te gustaría. El primer viaje de muchos mi amor, ya lo verás, voy a regalarte todo lo que esté a mi alcance.

—Todo aquello que implique estar a tu lado me hará feliz. Muchas gracias por esto... No tengo palabras, jamás me habían regalado nada igual, me han llenado de joyas, de flores, de bombones, de ropa, pero nada había tenido tanto valor cómo esto.

—Deberíamos desayunar rápido, tenemos que preparar las maletas y ducharnos en menos de dos horas. ¿Cómo lo ves?

—En hora y media estoy lista principito.

Es única, nadie me saca las sonrisas que ella es capaz de sacarme. Me tiene loco, completamente loco.

Mientras yo termino con mi maleta veo que saca un paquete de uno de sus armarios.

—Es el paquete que te dio Toni hace unos días, ¿no? —Ella se gira y asiente levemente.

—Sí. Lo mejor será que no lo abra y me deshaga de él.

—No... Tranquila, te dejo sola si lo necesitas, forma parte de tu vida y lo acepto.

—Prefiero que estés delante, no quiero que haya nada que pueda hacerte dudar.

Y lo abre. El papel esconde una pequeña caja dónde hay una foto de ellos dos cuando probablemente sólo eran amigos, eran dos niños, sonriendo a la cámara, ajenos a todo lo que les deparaba la vida.

—Éramos inseparables. Es de las primeras personas que conocí cuando

vine a Valencia, nuestros caminos se cruzaron y a los meses se entrelazaron haciéndonos creer que lo nuestro era amor verdadero.

Saca una pulsera de cuero, bastante gastada y un bloc de notas que Catalina mira por encima, suspira por cada recuerdo que ahora mismo invade su mente y yo siento celos de no ser el único en su vida.

—¿Estás bien?

—Sí. Voy a guardar todo esto y nos vamos, ¿vale?

No me explica nada más, no sé el significado de esos dos objetos, no sé qué historia guardan, pero pensándolo mejor, prefiero no saberlo, ahora es nuestro momento y el pasado, sólo es eso, pasado.

Llegamos al aeropuerto y no todo es tan fácil como pensamos que sería, Catalina hace saltar las alarmas del detector, nos apartan a un lado y le piden que abra la maleta, sus nervios se huelen desde la otra punta de Valencia, odia estas situaciones y el karma ha decidido jugarle esta mala pasada.

—Agente, ¿está todo bien? Yo no consumo drogas, no llevo nada.

—Tranquila señorita. No se trata de eso. Control de explosivos.

—¿EXPLOSIVOS? Pero...

—No se preocupe, quizá haya tocado algún producto químico, de limpieza... algo que haya hecho saltar las alarmas del detector. Está limpia. Puede pasar.

Y comete el error de bajar la maleta de la mesa sin antes haber cerrado la cremallera. Madre mía. La que está liando. Todo esto me lo apunto para no sacarla más de casa, pero ahora... Tengo que reírme, será algo que recordaremos, este viaje empieza bien, muy bien.

La ayudo a guardar de nuevo toda la ropa dentro antes de dirigirnos a nuestra puerta de embarque.

—Madre mía Cristian, quiero desaparecer, la gente me mira y yo me estoy muriendo de la vergüenza.

—Imagino que no todos los días una loca con explosivos esparce toda su ropa por el suelo del aeropuerto.

—Imbécil.

Me entra la risa, no puedo parar, es que es una situación que no esperaba vivir y ver a Catalina tan muerta de vergüenza me resulta tan extraño que más gracia me hace, por fin algo aplaca a la bestia, no podía ser siempre tan desinhibida.

—Ven aquí, anda. Mañana te reirás de lo que acaba de pasar.

Ella se lleva la mano a la cabeza y no deja de negar y refunfuñar en voz

baja que todo tiene que pasarle a ella.

Ha conseguido aplacar sus nervios tomando un café antes de subir al avión y cuando queremos darnos cuenta ha comenzado el embarque. En unos minutos estaremos en el aire. Cada vez más cerca de una de las ciudades más bonitas de nuestro país.

—¿Te importa si me quedo yo en el asiento de la ventana?

—Claro que no. ¿Estás más tranquila?

—Sí. Ahora sólo pido que el vuelo sea lo más tranquilo posible, me acojona un poco volar, no sé si te lo había dicho.

—No. Creo que de eso todavía no habíamos hablado, pero tranquila, todo va a ir bien, además, estás conmigo nena, nunca permitiría que te pasara nada.

—Claro. Mi caballero andante.

Y no nos enteramos del despegue porque nos dedicamos a regalarnos caricias y besos por doquier.

32

GRANADA

Aterrizamos.

Salimos del avión e incluso huele diferente a Valencia, el sur tiene un encanto especial y para sentirlo sólo debes dejarte llevar por los pequeños detalles.

Un taxi nos lleva al hotel, ninguno hablamos durante el camino, ambos miramos por la ventana, observando todo lo que podremos disfrutar en los siguientes días. Catalina busca mi mano y cuando siento el contacto de su piel con la mía lo único que puedo hacer es acercarme a ella para besarla, porque todo este rato sin sentirla, ahora que lo hago me parecía una eternidad.

—¿Te gusta? No es el mejor hotel al que podía traerte, ni el más lujoso, pero era lo que podía permitirme...

—Cris. Es perfecto. Si estoy contigo no me importa nada más.

—Mentirosa.

—Compruébalo. Si quieres dejamos el hotel y nos dedicamos a buscarnos la vida estos días, eso sí, si después tenemos que dormir bajo un puente, no me culpes a mí, yo en tus brazos estaré tranquila.

—Vaya... Ya no hay marcha atrás. Te tengo completamente enamorada.

—Gracias. Por todo, por fijarte en mí, por crear conmigo algo que ni yo misma esperaba, por quedarte a mi lado, por apartarme de quien no me merecía, por este maravilloso regalo de cumpleaños, por hacer mis días especiales, por... ser tú.

—Nunca me habías dicho nada parecido.

—Sabes que me cuesta mostrarme en lo que a sentimientos se refiere, pero si después de esto no te lo digo, sería una idiota. Nunca nadie había intentado que el día de mi cumpleaños fuera tan especial, sin contar los que tuve de niña, claro.

—Porque quizá todavía no habías encontrado a la persona adecuada.

—Cristian... Te quiero.

Me pierdo en su mirada, sus ojos me atrapan de nuevo, sus palabras vuelven a sonar una y otra vez, retumbando en mis oídos, yo también la quiero y tampoco se lo he dicho nunca, me asusta un poco decirlo en alto, una

vez que lo pronuncias, que lo evidencias... todo lo que venga después se juzgará desde otro punto de vista, pero qué importa eso ahora, si lo único que quiero es tirarla en la cama, quitarle la ropa y fundirme con ella.

—Yo también te quiero, ni siquiera sé si es una maldita locura, pero joder, llegaste para cambiarme la vida Catalina.

No tenemos planing para el resto de la tarde, nos esperan tres días intensos, así que no me importa pasar lo que queda de día encerrado con ella en esta habitación.

—¿Te apetece salir a dar un paseo?

—La verdad es que ahora mismo estaba pensando en otra cosa...

—¿Sí? Tú dirás...

Me acerco a ella, comiéndomela con la mirada, apetecible se queda corto si me refiero a su cuerpo y mis ganas se disparan sólo con imaginarla encima de mí, paseando su lengua por mi cuello y jadeando en mi oído.

Quiero hacerla mía, hacerle el amor, disfrutar de ella y de todos y cada uno de los rincones de su cuerpo, de todo lo que pueda ofrecerme, oler su piel, tirar de su pelo, tenerla expuesta ante mí y hundirme en ella sin pensar en nada más.

De un impulso la siento encima del escritorio, me deshago de su jersey, quiero hacer lo mismo con sus vaqueros, pero estos se resisten un poco más, necesito su ayuda para desprenderme de ellos, y de repente, la tengo aquí, en ropa interior, mía, sólo mía, noto cómo su piel se eriza al sentir mis caricias y cómo su boca se entreabre pidiéndome en silencio que la bese y recorra sus jugosos labios con mi lengua.

Me muero por hacerlo, pero aguanto.

Me apetece llevarla al límite, que sus ganas se tripliquen, que el deseo se torne más fuerte que nuestra voluntad, quiero ser su mayor tentación, el fruto prohibido, conducirla a un placer que sea incapaz de aguantar, quiero que grite mi nombre y me ordene que la tome de una vez.

Reparto besos por cada parte de su cuerpo, no me dejo ningún recodo por recorrer.

Llego a sus ingles, ahí me cuesta mucho más no perder el control, recorro la zona con mi lengua, siento cómo su respiración se acelera y yo ya no puedo aguantar más, voy a reventar, la tengo tan dura que si sigo así conseguiré correrme sin tocarla.

Aparto sus braguitas y empiezo a lamerla despacio, sus gemidos aumentan, sus manos recorren mi pelo, sujetando mi cabeza con fuerza.

—Cristian, no puedo más.

—Que poco aguante tienes...

—Estoy al límite. Si no me dejas ya... —gime—Voy a terminar. Por favor... Para.

Le hago caso, me aparto de ella, le dejo unos segundos para que logre recomponerse, mientras tanto disfruto de las vistas, de todas formas, no tarda en bajar de la mesa y arrodillarse ante mí.

Cuando siento cómo la humedad de su boca envuelve mi polla creo que voy a correrme, consigo controlarme, mantener a raya las convulsiones que ha empezado a sufrir mi cuerpo, todavía no, tengo que aguantar, quiero y necesito disfrutarla un poco más.

Su mirada desde esa posición me enloquece, sus ojos se clavaban en los míos mientras su boca no deja de succionarme una y otra vez, voy a morir de placer, no quiero dejarme llevar, la levanto, la beso e inevitablemente degusto nuestros sabores.

No hay nada más excitante que su sabor en mi boca, el mío en la suya y que nuestras lenguas se encarguen de fundirlo en uno.

Catalina no tarda en tomar las riendas, me empuja y me tumba en la cama, se tira encima de mí, prácticamente arranca mi camiseta, parece ser que no le parece una buena idea que todavía la lleve puesta.

—Me molesta. Todo lo que ahora mismo tape tu cuerpo, me incordia.

—Lo mismo digo señorita.

—Fácil solución.

Se quita el sujetador, hace lo mismo con las bragas y lo lanza todo hacia atrás.

Su desnudez aviva todavía más mis instintos, menos mal que a ella le ocurre exactamente lo mismo y necesita terminar con esta maravillosa tortura.

Se coloca encima de mí, busca la posición correcta y lleva mi polla a su entrada, me hace entrar en ella lentamente, sintiendo con calma y ansia cómo cada centímetro desaparece...

Una vez encajados, cuando nuestros cuerpos podrían pasar desapercibidos como si únicamente fuesen uno, empieza a moverse encima de mí, a rozarse, a buscar su placer sin olvidar ni dejar de lado el mío.

Maldita Diosa.

Aumentamos el ritmo, nos comemos a besos, nos destrozamos de placer, gemimos con ganas, nuestros jadeos probablemente se escapan por las

ranuras de la puerta y de la ventana, pero no podemos contenernos más.

Nos dejamos ir, ella susurra mi nombre, clava sus ojos en los míos y se desploma sobre mi pecho.

Hemos vuelto, hemos sido capaces de dejar los temores y las dudas en casa, otra vez somos nosotros. En esta habitación de hotel, en esta maravillosa ciudad... Catalina y yo estábamos destinados a encontrarnos.

33

EL EMBRUJO DE GRANADA

—Te echaba de menos.

—Y yo a ti pequeña, y yo a ti.

Se acomoda en mi regazo, apoya su cabeza en mi pecho, suspira y siento cómo una lágrima impacta contra mi piel, me giro buscando su mirada, le sujeto la barbilla obligándola a mirarme.

—Eh... ¿Qué ocurre?

—Todo.

—¿A qué te refieres?

—No lo entenderías Cristian.

—¿Por qué no intentas explicármelo? Quizá sea capaz de hacerlo.

—Estoy perdida. No sé cómo ocurrió, ni cuándo, pero has conseguido que me entregue a ti por completo, siento que tienes el poder de hacerme daño, de partirme en mil pedazos si se te antoja y me asusta. Es la primera vez en toda mi vida que me siento así de vulnerable.

—Pero eso no es malo, que sintamos algo así después de todo lo que hemos pasado... Es increíble.

—Sí. Claro que lo es Cristian. Pero no puedes negarme que estos últimos días has estado distante, frío, completamente lejos de mí, pensando en vete tú a saber qué... Por un momento creí que íbamos a terminar con todo, de hecho, me planteé muy seriamente dejarte, pero no pude. Y ahora organizas este viaje, y... No puedo evitar sentirme unida a ti y quererme quedar a tu lado.

—Catalina... Perdóname. Soy el tío más gilipollas del planeta, un imbécil. He permitido que mi cabeza esté en otro lugar, pero mi corazón siempre ha estado aquí, contigo, y ahora lo sé. No quiero perderte, no vuelvas a planteártelo, por favor, no quiero que te sientas así. Cerraré esa puerta, haré lo que sea para dejar atrás el pasado, lo que sea, te lo prometo. Quiero estar contigo, sólo contigo.

Después de la gran confesión, de evidenciar algo obvio sin nombrarla, de dejar atrás cualquier pensamiento en el que Claudia es la protagonista, nos damos una ducha y salimos a pasear, tenemos que empezar a disfrutar del sur

y de todo su encanto.

No hace falta que paremos a cenar, nos adentramos en el Albaicín, recorremos sus calles y entramos en muchas de sus tabernas, cada vez que pedimos una caña nos ponen una de esas tapas tan abundantes como apetecibles y poco a poco vamos llenando nuestro estómago.

—Me encanta este lugar, no quiero irme.

—Pero ¡si acabamos de llegar! Quizá en dos días te cansas.

—Seguro que no, siento este lugar distinto a todos los demás.

Cae la noche sobre nosotros, pero todavía tenemos algo por hacer, quiero llevarla al mirador de San Nicolás, visita crucial y una de las paradas obligatorias, no puedo pasarlo por alto.

Nos sorprende encontrarlo lleno de gente.

Una familia gitana tocando y cantando rodeados de turistas que disfrutan de su arte. Músicos callejeros en diferentes puntos de la plaza, parejas disfrutando de las vistas, niños corriendo de un lado a otro, impregnándonos de sus risas.

Y ahí está ella, una Alhambra completamente iluminada, la fortaleza roja, regalándonos la imagen más bonita que he visto hasta ahora.

—Cristian... —Le brillan los ojos. A partir de ahora, su ilusión y este momento quedarán grabados en mi retina para siempre.

—Lo sé. Granada es mágica. Disfrútala mi amor.

Nos cogemos de la mano y nos perdemos entre el resto de la gente. Vamos a disfrutar de cada minuto que juegue en nuestra contra.



La alarma no descansa ni en vacaciones, y es que tenemos mucho por hacer, todo un día por delante para disfrutar, así que... Debemos salir de la cama.

—Señorita... Lamento informarle de que tenemos que irnos.

—Pero... ¿Qué hora es?

—Las ocho y media.

—Estás loco. Cinco minutos más.

—Ni de broma. Tus cinco minutos más pueden ser prácticamente una hora, no hay trato, bonita. Levanta ese culo.

Se levanta refunfuñona, como siempre, pero no tarda en activarse y en inyectarse de buen humor.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—He contratado una excursión que nos ocupará toda la mañana. La tarde la dedicaremos a descubrir nuevos lugares por nuestra cuenta. ¿Qué te parece?

—Que me encantas. Casi más que todo esto que has preparado.

Termina de hacerse la coleta y viene hacia a mí para plantar uno de sus besos en mis labios.

Buscamos como locos el punto de encuentro, estamos más perdidos que un pez fuera del agua, no hacemos más que dar vueltas por las mismas calles, mirando el mapa que nos han dado en el hotel de mil formas distintas y por supuesto sin saber interpretarlo de ninguna de ellas.

Hoy en día sin tecnología no somos nadie... Así que decido bajarme del burro y poner el maldito GPS.

Justo en frente hay una cafetería donde podremos desayunar tranquilos hasta que llegue la hora, no hemos tomado ni un triste café y yo ya no puedo más, necesito cargar pilas.

—Me muero de hambre Cris, pensé que nunca encontraríamos el sitio.

—Lo sé. No será que no hemos pasado veces por aquí, vaya dos.

—Hola. —nos interrumpe el camarero—¿Saben ya lo que quieren o necesitan un poco más de tiempo?

—No será necesario. Yo quiero churros con chocolate caliente, por favor.

—¿Media ración o ración completa?

—¿Tú que vas a tomar? —Me pregunta Catalina.

—Lo mismo. Pónganos una ración completa con dos chocolates, por favor. Muchas gracias.

—Ahora mismo os lo traigo chicos.

Nada entra mejor que un chocolate caliente en pleno mes de noviembre, obviamente no es el mismo clima que tenemos en Valencia, el invierno en el sur es mucho más cálido y se agradece.

Vemos cómo la gente empieza a amontonarse justo delante del kiosco, dónde hemos quedado con el guía.

Al rato aparecen cuatro chicos jóvenes, más o menos de nuestra edad, llevan acreditaciones colgadas al cuello, deben ser ellos, pronto empezará la marcha.

Nos toca de guía una chica encantadora y agradable, nuestro grupo es el más reducido de todos, consta de tres personas más aparte de nosotros, nada que ver con los otros grupos, pero infinitamente más cómodo.

Empezamos a andar, Lorena nos va informando de todo lo que vemos a nuestro paso, los edificios importantes y nos cuenta historias antiguas, se nota que adora su trabajo y todavía más su ciudad.

Nos lleva por el Realejo, dice que es uno de los barrios con más encanto que podríamos visitar, pero que hay que descubrirlo y caminarlo. Todas y cada una de las calles por las que nos adentra son subidas de aceras estrechas, parece que no vamos a llegar nunca a arriba.

—Vamos chicos. Recordad que cuánto más subamos, más bonitas serán las vistas después y más reconfortante el camino.

—Este chico quiere matarme, no entiendo qué le he hecho para que me haga este regalo de cumpleaños.

—Este chico lo que debe es quererte mucho. No se regala algo así todos los días.

Nos mira y nos sonrío.

Entre sus calles y sus casas podemos encontrar sitios maravillosos. Nos lleva a una especie de mirador, uno escondido, uno en el que vemos justo lo que ayer teníamos bajo nuestros pies.

Desde aquí podemos ver perfectamente todo el Albaicín y el mirador de San Nicolás, lleno de gente, abarrotado, increíble... En cambio, nosotros disfrutando de esto prácticamente solos.

Seguimos subiendo, y de repente nos encontramos con la entrada a los jardines exteriores de la Alhambra, me sorprende la arquitectura, muros enormes, como si de una gran fortaleza se tratara, tres espacios que imagino representaban las puertas de entrada, una central y dos en los laterales, éstas últimas mucho más pequeñas que la anterior.

Todavía nos queda mucho por ver y por caminar, empiezo a arrepentirme de haber contratado este pack.

Nos dirigimos al Carmen de los Rodríguez Acosta, nos dejan entrar para ver parte de la fundación, pero lo que más llama mi atención es toda la parte exterior. He leído que bajo sus cimientos hay unos pasadizos subterráneos, me pareció de lo más interesante cuándo lo descubrí en internet.

Entramos y de repente notamos cómo el frío y la oscuridad nos engullen.

Recorremos un tramo de ellos y de repente tenemos que bajar por unas escaleras que nos llevarían todavía más adentro de esas tierras, es entonces

cuando Catalina suelta un grito.

—¿Pero si aquí han rodado El Príncipe!

—¿Qué dices? —Le contesto.

—Sí, señora. Estuvieron rodando aquí en los pasadizos, también en Carmen de los Mártires.

—¿Vamos a ir? Dime que sí Lorena, por favor.

—Podemos intentarlo, no sé si lo encontraremos abierto, pero pasaremos por ahí y si os apetece a todos, alargamos un poco la visita. ¿Qué os parece?

Estupendo. A ninguno nos parece mala idea, todo lo que podamos ver nos resultará poco.

—Cris, esto es una pasada, gracias y mil gracias.

—Así que El Príncipe...

—¿Qué quieres? Estoy locamente enamorada de Álex González. Lo siento.

Tengo que reírme, a veces me abruma la gran mujer que es, su templanza, frialdad y seguridad, y otras me deja ver a esa niña que todavía habita en su interior y eso... Eso me gusta todavía más.

Todo en este Carmen es mágico, la luz, el ambiente, el sonido del agua... Todo cobra la importancia que merece, me hubiera encantado vivir en un lugar así en cualquier otra época que no fuese esta.

Carmen de los Mártires nos regala las mismas sensaciones, un lugar espectacular, Catalina alucina con cada rincón, no hace más que contarme las escenas que han ocurrido en cada uno de ellos.

—Esto es alucinante. Él ha estado aquí, ¿sabes? Es muy fuerte.

—Vale ya. Vas a conseguir que me ponga celoso.

—Tienes derecho, porque si Álex se cruza en mi camino algún día... Yo pierdo la cabeza, el alma y el corazón, lo siento Cris, mereces que sea sincera contigo.

—La madre que te parió.

Reímos y nos besamos. Y yo... Muy en el fondo y en silencio rezo para que ese más que improbable encuentro se convirtiera en imposible y no suceda nunca.

La excursión está llegando a su fin. Emprendemos el camino de vuelta, muertos de hambre otra vez y completamente enriquecidos por la gran mañana que hemos pasado, hay visitas guiadas que merecen mucho la pena, sólo hace falta tener buen criterio a la hora de escoger.

Nos despedimos de la guía con más pena de la necesaria, ella nos indica

dónde podemos comer sin pecar de turistas y joder, cómo se lo agradezco, tardamos en encontrar el bar que nos ha dicho, pero vale la pena.

Pasamos la tarde de un lado a otro, no he caminado tanto en toda mi vida en un sólo día, pero no podemos desperdiciar un solo segundo, las agujas del reloj corren y cada vez queda menos para volver a casa.

Recorremos el paseo de los Tristes tal y cómo nos han recomendado, buscamos uno de los cármenes que Lorena nos ha dicho que tenemos que ver antes de marchar, dimos mil vueltas, pero con gusto, recorrimos calles y más calles, sentimos Granada como si fuera nuestra, tomamos cervezas hasta hartarnos y cuándo creemos que ya no podemos más, cae la noche y volvemos al hotel.

Agotados, pero con ganas de que amanezca de nuevo.



—Apaga ese maldito cacharro de una vez. No pienso levantarme de la cama.

—Lamento informarte de que tenemos entradas para ver la Alhambra.

—No puedo. Ayer caminamos tanto que no me siento las piernas Cris, soy incapaz de levantarme.

—Venga, va... Que sólo nos quedan dos días.

—Encima eso. Tampoco quiero volver a casa.

—El día que te levantes sin rechistar creo que te pediré que te cases conmigo.

Abre los ojos de par en par y se incorpora de repente.

—Cristian, yo no me quiero casar, vamos, que no me voy a casar. Nunca. Ni loca.

Si llego a saber que con mi comentario iba a activarla tan rápido lo hubiera dicho antes, tengo que reírme, básicamente porque yo tampoco me quiero casar y ella parece que duda de ello.

—Vamos a darnos prisa, todavía tenemos que desayunar y al final perderemos el autobús.

Llevamos un buen rato recorriendo la Alhambra, no quiero marcharme, estoy impresionado por todo lo que mis ojos alcanzan a ver, cada jardín, cada construcción, cada muro, toda la historia que arrastra este emblemático lugar.

Seguramente mi móvil estará al borde del colapso por culpa de todas las fotos que hemos hecho.

Pero no me importa, porque ahí está ella, mostrando su sonrisa en todas y cada una de las instantáneas, deslumbrando con su mirada a cualquiera que pase por delante, haciendo la fotografía mil veces más perfecta.

Esperamos para entrar en los Palacios Nazaríes y mientras tanto el objetivo de mi cámara vuelve a fijarse en ella, tan perfecta, más bonita que todas las demás, cuando de repente veo cómo su nombre aparece de nuevo en mi pantalla.

“Claudia: Ahora sí. Es OFICIAL...”

Y el estómago me da un vuelco, sólo he podido leer el principio del mensaje, pero algo dentro de mí me dice que leerlo al completo volverá a ponerlo todo patas arriba.

—Deja de hacerme fotos ya.

—Usted perdone, es que hoy estás tan guapa que no puedo evitarlo.

Y es verdad. Se ha dejado el pelo suelto, ondulado y el viento se dedica a moverlo a su antojo. Un jersey marrón y un vaquero, no necesita más porque algo tan sencillo a ella le hace resaltar entre el resto, y mejor dejamos su olor para otro momento... O me volveré loco.

El mensaje continuaba ahí, sin leer, me podía la curiosidad... Pero todos sabemos que ésta mató al gato.

“Claudia: Ahora sí. Es OFICIAL. Ya tengo vuelo de ida, en unas semanas por fin estaré en casa. ¡Qué ganas tengo de verte!”

Vuelve.

Esta vez no son imaginaciones mías.

Cuestión de semanas.

Claudia va a volver.

De repente siento que esa noticia para el tiempo, todo desaparece a mi alrededor, el minuterero deja de correr, miles de pensamientos avasallan mi cabeza, sin darme tregua, sin darme unos minutos para pensar en ello. Debo frenar este torbellino de sensaciones.

—Amor ¿estás bien?

—Sí. Es Carol. —miento— Ha tenido una discusión con Javier. La

llamaré más tarde.

—¡Vamos! Nos toca entrar ya.

El resto del día toma un color gris que no puedo evitar, finjo, no quiero que Catalina se entere de nada, no quiero fastidiarle lo que queda de viaje, quiero evitarle más dolor y de nuevo entro en ese bucle de mentiras que pueden destrozarse cualquier historia el día que salgan a la luz.

Mentiras u ocultaciones. Ahora mismo soy incapaz de ver la diferencia.

Llegamos al hotel después de comer, exhaustos, necesitamos un rato de desconexión y tranquilidad, darnos una ducha, dormir... Relajarnos.

—Mientras estás en la ducha, salgo a llamar por teléfono ¿vale?

Ella asiente, despreocupada y tranquila, confiando en mis palabras una vez más.

Salgo a la terraza, la Alhambra luce ante mí, expectante y ansiosa por saber cómo acabará todo esto.

—¡Cris! ¿Qué tal va todo por ahí abajo?

—Genial...

—¿Sí? Cualquiera diría.

—Carol. Claudia va a volver.

—¿Cómo que va a volver? ¿Cuándo? ¿Cómo lo sabes?

—Me ha mandado un mensaje esta mañana.

—Vaya... Pues debes ser el primero en enterarte, a mí todavía no me ha dicho nada.

—¿Qué cojones hago?

—¿De qué?

—Carolina. ¡Despierta de una vez! No sé si estoy preparado para verla... Y le he prometido a Catalina que cerraría la puerta que me ata al pasado.

—Pues si la quieres, hazlo. Ciérrala de una maldita vez.

Sí. Debo hacerlo.

Hablo con ella un poco más, después me ducho y entonces se esfuman las ganas de dormir.

Salimos a dar una vuelta por la ciudad, tomamos algo y comemos todavía más. Queremos volver al mirador de San Nicolás, es nuestra última noche en Granada y no hay mejor lugar que este para disfrutarla.



Nos quedan pocas horas para que comience nuestro viaje de vuelta a casa.

Anulo todos y cada uno de los pensamientos que me mantienen lejos de aquí, si algo tengo claro es que es nuestro momento, nuestro viaje y está en mi mano terminarlo tal y como tenía previsto desde el principio.

—¿Te apetece subir a la Ermita de San Miguel?

—¿Andando? ¡Ni de coña!

—Mira si me tienes engañado que yo pensaba que eras una chica activa y enérgica.

—¡Y lo soy! Lo malo es que lo gasto todo en la cama.

Después de ese comentario, imposible de combatir, porque sé a ciencia cierta que me está contando la verdad, miramos los horarios y las diferentes líneas de bus que pueden llevarnos hasta allí.

Escogemos una que además de llevarnos, hace ruta por el Sacromonte, una barriada dónde destaca el flamenco y resulta muy conocida por sus cuevas.

No hemos pasado un solo minuto en el barrio gitano y ahora que lo veo a través del cristal y que no disponemos del tiempo suficiente, me arrepiento de ello.

—Tendremos que volver algún día.

—Tú tampoco te quieres ir, ¿verdad?

—No. Además, me voy con la sensación de que nos dejamos mucho por hacer.

—Sólo hemos estado cuatro días y hemos visto muchas más cosas que otros en dos semanas.

—De todas formas... Todavía no me he ido y ya quiero volver.

Las vistas desde San Miguel Alto no pueden ser más impresionantes. Toda la ciudad queda bajo nuestros pies, si nos dijeran que podemos manejarla como queramos desde aquí, nos lo creeríamos.

La Alhambra a mano izquierda, un diminuto Albaicín justo enfrente abrazado al centro histórico y a nuestra derecha podemos disfrutar de la sierra.

Cuánta magia en una misma imagen.

Echamos un par de cigarros sentados en ese muro, una foto panorámica del lugar, otra inmortalizando uno de nuestros besos, otra mirándonos... Derrochando amor.

Bajamos caminando y en nada nos plantamos en el centro, pensamos que sería mucho peor de lo que lo es en realidad, porque cuando queremos darnos cuenta estamos comiendo *pescaíto* frito en una terraza.

Por la tarde visitamos la Capilla Real, dónde albergan los restos mortales de Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón, los Reyes Católicos.

Ahí dentro, encerrados, viven más de cinco siglos de historia.

Tan escalofriante como enriquecedor si eres un gran amante de la historia de este país.

Última parada. La Alcaicería.

Sólo necesitamos cruzar el umbral de la entrada para fascinarnos por completo. Estrechas callejuelas repletas de comercios, un barrio típico de cultura musulmana donde aprovechamos para comprar los souvenirs del viaje. Hay detalles y recuerdos que son imprescindibles.

No me entero cuando el avión aterriza en tierras valencianas, me quedé dormido una vez emprendimos el vuelo, estaba agotado.

—Cris, cielo, despierta. Ya hemos llegado. —abro los ojos para encontrarme con los suyos— Tengo que darte las gracias, por todo, ha sido el mejor cumpleaños que he tenido nunca.

Y me besa.

Poniendo así punto y final a uno de los mejores viajes de mi vida.

34

NOS TOCA DESPERTAR

La vuelta a la rutina es mucho más dura de lo que esperaba. Hay mucho trabajo en el taller, me paso las horas aquí metido con mi padre, de Sol a Sol y aun así nos faltan horas al día. Llego a casa tan cansado que sólo saco fuerzas para darme una ducha, cenar y meterme en la cama.

Hablo con Catalina a diario, pero desde que hemos vuelto sólo nos hemos visto un par de veces, la echo de menos, mucho más de lo que esperaba, pero es lo que tiene volver a la realidad.

Claudia no ha vuelto a dar señales de vida, yo no contesté a su mensaje y ella no insistió más, se lo agradezco, aunque inevitablemente no me lo quito de la cabeza, diciembre está a la vuelta de la esquina, ella está a punto de volver y yo parezco no reaccionar.

—Hijo, hoy estás que no estás. ¿Todo bien?

—Sí. —miento— Estaba pensando en cómo podemos solucionar el tema de transmisión del Volkswagen.

—Pues tenías cara de estar pensando en una chica. En la tuya, supongo.

—Papá...

—Es que no sabes cuánto me alegra que por fin hayas conocido a alguien especial. —sonríó al recordarla, es el efecto que causa en mí— ¿Cuándo la vas a traer a casa?

—Creo que todavía no estamos en ese punto papá. Ella no va a querer.

—Déjate de tonterías e invítala a cenar un día.

—Mamá está igual que tú. Ella insiste en que venga en Noche Buena.

—Pues claro que sí, que venga, díselo, seguro que le apetece y así la conocemos todos.

Y me doy cuenta de que ante la insistencia de mis padres cada vez me encuentro menos reacio a la situación, llevamos bastantes meses juntos y estamos seguros de que no queremos que nuestra relación llegue a su fin. Así que ¿por qué no? Quizá haya llegado el momento.

—Está bien. Se lo comentaré.



—¡Por fin! Pensaba que nunca iba a llegar el viernes. ¡Qué tortura de semana!

Me agarra de la mano y tira de mí para hacerme entrar a su piso y darme todos los besos que no me ha podido dar en estos días.

Da gusto que te reciban de esta manera. A mí por lo menos... No deja de fascinarme.

—Veo que estabas ansiosa por verme.

—Tanto como ansiosa...

Yo sí lo estoy.

Qué ganas tenía de abrazarla, necesitaba tenerla cerca otra vez, olerla, sentir su piel, sentirla cerca de mí, aunque me preocupa un poco su reacción a la propuesta que tengo que hacerle.

—Catalina, tengo que hablar contigo.

Me mira muy seria y entiendo que odia esas palabras tanto como lo he hecho yo muchas otras veces, normalmente nunca traen nada bueno con ellas.

—¿Me siento? ¿Te voy a odiar? ¿Qué has hecho? ¿Has hecho algo?

Niego con la cabeza mientras se me escapa la risa, no aparto mi mirada de ella, es imposible, la gran mujer fatal.

—¿Crees que podrías estar callada unos... dos minutos?

—Puedo intentarlo.

—Vale. No te asustes. Pero es que hace unas semanas que mis padres no hacen más que preguntarme por ti, no dejan de decir que les gustaría conocerte y, no sé... creo que ha empezado a gustarme la idea. Me han pedido que te invite a cenar en Noche Buena.

—¡Joder! ¿Era eso? Me esperaba algo mucho peor.

—¿Mucho peor? O sea que no saltas de emoción por lo que acabo de proponerte. ¿Te parece mala idea?

—No. No es eso. Pero no sé... ¿Ya es tan oficial?

—Dímelo tú. Yo pensaba que sí. —admito que respondo un poco a la defensiva.

—No te pongas así, es sólo que seguro que en Noche Buena tu casa estará llena de gente y conocer a toda la familia de golpe... Creo que me ahoga un poco.

—Podrías venir otro día a casa y conocer antes a mis padres si lo prefieres.

—Pues quizá sería lo mejor. ¿Con quién pasáis la Noche Buena?

Pregunta clave. La tengo prácticamente convencida pero tal vez ahora... Se eche para atrás. Es algo que no puedo ocultarle, tengo que contárselo, todo, sé que puede estallar la bomba, pero no me queda otra, ya no.

—Verás... Es algo de lo que también te quería hablar.

—Te escucho.

—Pues este año somos alguno más. Cenaremos con la familia de Javier, el padre, los hermanos y sus respectivas parejas, no tengo mucha idea, también Martín y Sara, son amigos de mi hermana y forman parte de la familia y Claudia... Ella vendrá con Borja. Mis padres, Carol y nosotros.

—Espera, espera... ¿Claudia vuelve?

—Sí.

—Y va a cenar contigo en Navidad.

—Bueno... Conmigo no, casi siempre lo celebra en casa, sus padres viven fuera y van un poco a su bola.

—Va a ser un poco incómodo, ¿no crees?

—No tiene por qué. Ella está con Borja, tiene pareja y su vida a millones de kilómetros de aquí, yo estoy contigo, quiero estar contigo y tú ahora eres mi vida, es una situación con la que tendremos que lidiar tarde o temprano.

—Lo sé... Tienes razón, pero... No esperaba tener que lidiar con ella ya. ¿Desde cuándo sabes que vuelve?

—Me escribió hace unos días. Estábamos en Granada.

—Y no me dijiste nada. Genial.

—Catalina... No era el momento, no pretendía ocultártelo, sería absurdo, pero tampoco quería fastidiar nuestro viaje hablando de ella, ya lo hicimos bastante la primera noche. ¿Qué sentido hubiera tenido?

—Hace una semana que hemos vuelto a casa y tampoco me lo habías contado Cristian.

—No sabía cómo abordar el tema.

—Pues para resultarte tan indiferente le das demasiada importancia y demasiadas vueltas al asunto. Por lo menos es mi percepción, quizá esté equivocada.

—Te prometí que iba a cerrar esa puerta, Claudia es una historia pasada y la he dejado atrás.

—Ya lo veremos. Eso sólo lo sabrás justo en el momento que vuelvas a

tenerla delante.

—Te dije que haría lo que fuera para zanjarlo todo de una maldita vez. Y lo haré.

Ella me escucha, pero creo que no logro convencerla.

Sin embargo, yo sí lo estoy, algo empieza a rondar por mi cabeza, sé muy bien que es una maldita locura, pero también sé que es la mejor opción.

¿Por qué no? Esta vida hay que torearla de la mejor forma posible y a veces, ciertas decisiones se toman en un solo instante.



“Cristian: Necesito hablar con vosotros. Quedamos esta noche en Coold Beer a las once. Es importante.”

Les mando este mensaje a los tres, necesito un cómplice y no se me ocurre nadie mejor que uno de ellos.

Soy el primero en llegar al local, ninguno me ha contestado, pero sé de sobra que se presentarán y, no me equivoco, no me he pedido la caña cuando ya los tengo justo detrás.

—Linda, ponnos una ronda, nos vamos a la mesa de allí. —Señalo la del final, justo la que está al lado del futbolín.

—Cuánto misterio hermano. ¿Qué pasa? —pregunta Eric.

—Claudia va a volver.

—¿Y? —dice Rubén.

—Pues que no sé qué voy a sentir al verla. A Catalina es algo que empieza a causarle un poco de intranquilidad y se me ha ocurrido algo... Algo que voy a hacer con o sin vuestro apoyo, pero que necesito contaros porque no lo puede saber nadie más.

Los tres me miran expectantes, se miran entre ellos sin entender nada, no hablan, sólo esperan que yo vuelva a abrir la boca.

—Tengo que ir a Los Ángeles.

—Estás de coña, ¿no?

—No Diego, no lo estoy, tengo que ir, buscarla, encontrármela frente a frente, sin testigos, sólo nosotros.

—Es una puta locura.

—¿Me vais a ayudar?

Rubén resopla mientras niega con la cabeza, Diego no dice nada, seguramente todavía esté flipando con mi decisión, es Eric el que por fin dice algo.

—¿Qué necesitas?

—Necesito que uno de vosotros me acompañe, necesito una coartada, un viaje ficticio, no sé... Necesito que nadie se entere de esto.

—Si vas y sientes todo lo que sentías antes, vuelves a joderte la vida Cristian.

—Rubén, no va a pasar, lo sé. Necesito ir para asegurarme de ello, necesito comprobar que de verdad todo esto ha terminado, pero necesito hacerlo solo, no cuando ella llegue a mi casa para cenar en Navidad, delante de todos. ¿No lo entiendes?

—¡Joder! ¡Claro que lo entiendo! Pero no lo veo claro. Vas a volver a perder la cabeza.

—Quizá no. Mi intención es recuperarla, no a Claudia, por supuesto, si no a mi sentido común, ella se fue y gran parte de mí se fue con ella, lo sabéis, lo habéis vivido, ahora... Ahora estoy genial, lo quiero todo con Catalina, quiero estar con ella, pero no puedo ofrecerle un para siempre a medias. Antes tengo que finiquitar esto.

—Ostia puta. Estás como una puta cabra, pero me voy contigo.

—Eric estás enfermo. ¿Puedes hacerle entrar en razón? —le reprende Rubén.

—A mí me parece que no hay forma, lo tiene claro y creo... Que es lo mejor que puede hacer. Así que tío... Nos vamos a Los Ángeles.

TENGO QUE MARCHARME

—¿Puedes explicarnos que cojones tienes pensado? —El tono de Rubén empieza a crisparme un poco.

—¿Qué coño te pasa tío?

—Que me parece una estupidez lo que vas a hacer. Otra vez vas a mover el mundo por ella. ¿Cuándo piensas dejar de hacerlo? Vas a perder a una tía de puta madre.

—Veo que todavía no te has enterado muy bien a lo que voy. Desde que vas a ser padre estás más gilipollas de lo habitual.

—Vete a la mierda Cristian.

Vale. Me he pasado. No está más gilipollas, simplemente está más persona y menos Rubén y eso todavía me tiene desconcertado. No reconozco a mi mejor amigo, de un día para otro parece alguien nuevo, extremadamente responsable, prácticamente no sale de casa, se pasa las horas libres con Nadia...

—No os piquéis ahora, no seáis idiotas. —dice Diego—A mí me gustaría acompañarte, pero no puedo, a Patricia no le haría ni puta gracia.

Otro. A Patricia no le haría ni puta gracia... ¿Ahora tiene que hacer una instancia para tomar decisiones?

—No te preocupes, tampoco íbamos a ir todos, pero sí que quería que lo supierais y que me echarais un cable desde aquí. Rubén... Perdona tío, es que pensaba que serías el primero en apoyarme e incluso en ofrecerte a acompañarme.

—Y sabes que lo haría, pero hay algo que no os he contado todavía...

—¿Qué pasa?

—Hace un par de semanas Nadia tuvo pérdidas, se asustó mucho, fuimos al hospital de urgencias y bueno, fue solo un susto, podría haber sido mucho peor, podría haber perdido el bebé... Y ahora mismo, no puedo ni imaginármelo, tiene que estar en reposo los primeros meses y quiero estar con ella.

—Me cago en la puta. ¿Por qué no nos habéis dicho nada?

—Estabas en Granada. Y vosotros... Yo que sé. En esos momentos ni

piensas.

—Ya... Pero ahora entiendo muchas más cosas que antes.

—Patricia no me ha dicho nada. ¿Ella lo sabe? —pregunta Diego.

—No. Ella no se lo ha dicho a nadie, quiere estar tranquila, no quiere que nadie la agobie. Sólo lo sabéis vosotros.

—Rubén, no le cuentes nada de esto a Nadia. Ella y Catalina han hecho muy buenas migas y estoy seguro de que no me apoyaría en esto y que probablemente sentiría la necesidad de contárselo, por favor, guárdame el secreto, aunque no te haga ni puta gracia.

—Eso no hacía falta ni que me lo dijeras. Somos hermanos ¿no?



Esa noche vuelvo a casa, a la de mis padres, tengo demasiadas cosas en mente como para dormir con Catalina.

“Cristian: Cariño, he estado con los chicos tomando algo, acabo de llegar a casa, esta noche me quedaré aquí, estoy muerto. Te llamo mañana en cuánto me despierte.”

No tardo en dejar el móvil tirado en la cama y coger el portátil, voy a organizar un viaje en las siguientes horas, sí, es cuestión de vida o muerte, tengo que hacerlo ya, porque si no... corro el riesgo de pensar un poco más las cosas y arrepentirme.

No quiero eso. Debo ir.

Es una puta locura.

Creo que entro como en cincuenta páginas diferentes y obviamente los vuelos son carísimos, necesito cruzar el charco en los próximos días, de ya para ya, y para colmo no dispongo de mucho tiempo, no me voy de vacaciones, voy a dejarme una pasta en ir hasta allí, hablar con ella, solucionar el asunto y volver.

El vuelo que escojo no es el más económico, pero claro, tengo que cuadrar fechas, tener en cuenta las escalas, cambio de hora... Y los que están más tirados de precio no me salen tan a cuenta como este.

Casi novecientos euros sólo en el maldito avión. ¿Compensa? Os lo

contaré a la vuelta.

Saldremos de Valencia el Martes 12 de diciembre, todavía faltan dos semanas, haremos escala en París, allí esperaremos unas dos horas y entonces nos pondremos rumbo a Los Ángeles, gracias a la diferencia horaria llegaremos allí el mismo martes sobre la una del mediodía.

La vuelta será algo más jodida, pero una vez que el objetivo esté cumplido, todo lo demás, carece de importancia.

De Los Ángeles volaremos a Atlanta, allí esperaremos una hora y volaremos a París, y en una hora y veinte saldrá el vuelo a Valencia.

Dos escalas y diferencias horarias son la muerte. Saldremos de allí el domingo a las nueve de la mañana y llegaremos a casa el lunes a las once de la mañana.

Llamo a Eric para comentarle lo que he encontrado.

—Cristian.

—Tío, perdona las horas. Estoy mirando lo que hemos hablado esta tarde, he encontrado un vuelo para el día 12 que creo que está de puta madre.

Mientras le comento horarios, escalas y precios él se mantiene en silencio, anotando todo en su cabeza, una vez termino de hablar se queda callado y por un momento pienso que se va a echar atrás.

—Píllalos. ¿Tienes pasta para los dos?

—La puta visa.

—Mañana te doy mi parte. Moriremos en el viaje de vuelta, creo que pediré que me den libre también el martes.

—Yo todavía tengo que hablar con mi padre, invéntate algo.

—Yo que sé, di cualquier tontería, busca algo barato para dormir por ahí, cualquier cosa está bien.

—Tendremos que estar allí cinco días y yo creo que con una mañana tengo suficiente.

—Mejor. Así ya que vamos, aprovechamos.

—Eric, tengo que pedirte un último favor... Mañana llámame cuando te avise, estaré con Catalina.

—Se supone que este viaje es idea mía, ¿no?

—Sí.

—Está bien. Avísame mañana.

—Gracias tío, eres el mejor.



—Dormilona, estoy abajo, vístete y desayunamos fuera. ¿Te apetece?

—Mmmm... No. Sube tú mejor.

—Ábreme la puerta, anda.

Subo a su piso, algo nervioso y tenso, ella es demasiado perspicaz y me asusta un poco que note que le oculto algo, me encantaría contárselo, pero para qué, no quiero que piense lo que no es, no quiero que mal interprete mis actos, ni que juzgue mis decisiones, esto lo hago por ella, por mí, por nosotros, lo hago porque necesito enfrentar la maldita situación antes de poder dedicarme a ella al cien por cien.

No desayunamos, más bien nos desayunamos.

Y cuándo me levanto justo para hacerme un café, entra la llamada de Eric.

Que empiece la función.

Lo siento Catalina, por más que quiera... No puedo contarte la verdad.

—Dime Eric... Sí, bueno tendría que hablarlo con mi padre, pero si necesitas que te acompañe lo miraré, ya, ya lo sé... No, no te preocupes por eso... Diego últimamente está más desconectado incluso que Rubén... Te lo confirmo esta tarde, pero sí, por mí no hay problema.

Colgamos.

—¿Qué ocurre?

—Eric. Tiene que hacer un viaje para no sé qué historia del periódico. Ayer se lo comentó a Diego mientras tomábamos unas cañas, pero Diego pasa de todo, está tan cegado con Patricia que le dijo que no podía ir con él. Me ha pedido que le acompañe.

—¿Vas a ir?

—Hablaré con mi padre, pero imagino que no habrá problema. ¿Por qué? ¿Te molesta?

—No, no, para nada. Es pura curiosidad, es sólo que te echaré de menos. ¿Cuántos días os vais?

—Pues todavía no tengo ni idea, quedaré con él esta tarde si mi padre no me pone impedimentos y le ayudaré a organizarlo.

—¿Sabes dónde vais o tampoco?

—Ni puta idea.

Me odio a mí mismo por lo que estoy haciendo, la estoy engañando mirándola a los ojos. ¿En qué momento me he vuelto una persona capacitada para mentir de esta manera?

36

CUENTA ATRÁS

No hemos vuelto a hablar del tema, no contesto a ninguna de sus preguntas aquella noche porque para mentir hay que tener muy bien preparada la historia que quieres contar y, no es mi caso, no quiero decirle que vamos a Los Ángeles porque sé que no tardará en atar cabos.

Debo hablar con Eric, pensar otro destino y ponernos de acuerdo en algunos puntos.

Qué mal lo estás haciendo Cristian... Qué mal.

“Cristian: Eric, nos vemos en dos horas en mi casa, tenemos cosas que preparar.”

Todavía estamos en el taller, falta justamente una semana para que tengamos que marcharnos y aún no he hablado con nadie sobre ello.

—Papá, tengo que contarte algo.

—Dime.

Allá va. Tengo la sensación de que últimamente no hago más que andar contando mis grandes secretos.

—Imagino que a estas alturas no hace falta que te ponga al día de lo que me une o unía a Claudia.

—No. Por desgracia, aunque no lo creas, todos los hemos sufrido contigo y hay algo que nos preocupa. Ella está a punto de volver y seguramente pasaran mucho tiempo en casa. ¿Estás preparado?

—Ahí quería llegar yo. Este tema me ha causado algún problema con Catalina, yo creo que sí lo estoy, creo que es algo que realmente ha quedado atrás, pero ella tiene dudas, dice que no lo sabré hasta que no la tenga delante y, tengo que comprobarlo, pero he de hacerlo antes de que vuelva.

—No te sigo. Antes de que vuelva, ¿quién? ¿Qué quieres decir?

—Que tengo un vuelo a Los Ángeles para el martes que viene.

—¿Cómo?

—Que tengo un...

—Ya te he escuchado. No puedes estar hablando en serio.

—Más en serio que nunca papá. Tengo que verla.

—¿Catalina lo sabe? ¿Tu madre?

—No. No lo sabe nadie y tampoco pueden saberlo. Voy a decirle a todo el mundo que acompaño a Eric a un viaje de negocios. Nos vamos los dos.

Sé a ciencia cierta que mi padre no me apoya en esta locura, quizá él hubiera sabido hacerlo mejor, hubiera actuado de otra manera, pero ahí está el poder del ser humano, que todos pensamos, sentimos y actuamos de forma diferente.

Llegamos un poco más tarde de lo previsto a casa y al entrar encontramos a Eric en la cocina tomando una cerveza con mi madre.

—¿Te vas de viaje y no me has dicho nada? —dice mi madre sorprendida en cuánto me acerco a ella.

—Lo siento tío, pensaba que la habías puesto al día. —responde Eric.

—Iba a hacerlo hoy cuando ultimáramos los detalles.

—Hijo, cada día estás peor, se os ocurren unas cosas... Con lo lejos que está Houston.

Miro a Eric que se encoge de hombros, excusándose por haberle tenido que engañar.

—Houston. Sí, ya. Qué le vamos a hacer, dónde le mandan, así con la excusa puedo visitar el continente americano.

—Pues sí, ojalá pudiera ir con vosotros. Anda que si os encontráis con Claudia por ahí...

—¿Claudia? —pregunta Eric haciéndose el loco—Ella está en Los Ángeles, ¿no?

—Sí, creo que sí.

—Nos queda bastante lejos Merche. Es prácticamente imposible que eso ocurra.

Mi padre me mira y yo no vuelvo a abrir la boca en toda la conversación, Eric tiene la situación bajo control y lo mejor para todos es que sea así.



*“Cristian: Se acabó por hoy pequeña, tengo ganas de estar contigo...
¿Te apetece salir a cenar?”*

Me quedan seis días para estar con ella, bueno, antes del famoso encuentro que voy a tener con el gran amor de mi vida, porque después de eso, cuando vuelva, nos quedará toda una vida por delante.

Esta semana el tiempo juega a mi favor, cuento con cuatro días completos para dedicarle, el fin de semana y dos días festivos por ser el día de la Constitución y de la Inmaculada.

Si la decisión depende de mí, escojo no separarme de ella hasta que tenga que subirme a ese avión.

“Catalina: Claro que sí. En una hora estaré lista.”

Cenamos en un italiano y después aprovechamos para tomar unas copas ya que no tenemos que madrugar al día siguiente.

Volvemos a su casa besándonos como locos, con nuestras lenguas enredadas, nuestras manos buscando dónde meterse, desesperadas por encontrar algún rincón que todavía no hayan visitado.

Obviamente, no lo hay.

Esa noche lo hacemos mucho y de muchas formas. Primero muy fuerte, cómo locos, nos puede la ansiedad, más tarde en la ducha, intentábamos relajarnos y nos alteramos más de lo esperado y al rato hacemos el amor, besos pausados y caricias de esas que son capaces de erizarnos la piel, movimientos lentos y certeros y orgasmos compartidos al estallar de placer al mismo tiempo.

Nos levantamos sin mirar el reloj, corremos las cortinas y dejamos que el sol entre a través de las ventanas, disfrutamos de un buen desayuno y una buena taza de café y yo no puedo posponerlo más, debo sacar el tema.

—Ayer estuvo Eric en casa, le han destinado a Houston.

—¿Houston?

—Sí. Houston, Texas.

—Ya. Sé dónde está, es sólo que no esperaba que fuese tan lejos.
¿Cuándo os vais?

—El próximo martes. No vamos el día doce y volvemos el dieciocho.

—Vaya, casi una semana... Qué rápido todo.

—Son sólo unos días, en los que, por cierto, te voy a echar mucho de menos.

—Ya... Seguro que mucho menos de lo que dices.

—Si dices eso es porque tú no lo harás. —Y me acerco a ella para

abrazarla por detrás.

Estoy tan seguro de lo que voy a sentir, de que la voy a echar de menos, de que estaré loco por verla de nuevo que ni siquiera siento un mínimo de remordimiento por ocultarle lo que estoy a punto de hacer.



Domingo.

Faltan menos de cuarenta y ocho horas... Pero no he vuelto a pensar en ello, no quiero estar pensando en que ocurrirá una vez que esté allí, por el momento prefiero disfrutar de lo que tengo delante, así que dejaré que el día a día me sorprenda.

“Carolina: Cris, estamos llegando a casa de papá y mamá, podríais venir a comer.”

“Carolina: Por favoooooor”

—Es mi hermana, van a ir a comer con mis padres. ¿Te apetece que vayamos?

—Mmmm...

—Eso es un sí. No lo pienses, tarde o temprano tenía que llegar el día y ha resultado ser hoy. Todo irá bien amor, ya lo verás.

Justo en el momento en que la veo sentada en la misma mesa con el resto de mi familia, me arrepiento de no haberla traído antes.

Con Carol y Javier ha coincidido alguna vez y se llevan genial, un punto a su favor. Pero ahora la veo hablando con mis padres, de todo, de su infancia, de su día a día, les cuenta cosas personales que ni yo mismo sabía, escucho sus risas y veo cómo mi madre la mira diferente.

Sé desde el minuto uno que Catalina les ha encantado.

—Queremos proponeros algo, he pensado en un pequeño cambio de planes. —dice Carol.

—Qué miedo me dan a mí tus cambios hermanita.

—Imagínate a mí. Eso que ya sé lo que va a decir, pero lo pienso y todavía me acojona. —Reímos por la salida de Javier.

—Hemos pensado que este año podríamos celebrar la Noche Buena en casa.

—¿Por qué? Vaya ganas de liarte la manta a la cabeza hija, lo hacemos aquí y cocino yo, como siempre.

—Mamá, me hace mucha ilusión hacerlo en casa, cambiar un poco la tradición, entregarnos los regalos, no sé... Además, también viene la familia de Javier y me gustaría encargarme de todo.

Mi madre va a hablar cuando mi cuñado la corta.

—Merche... No. No lo intentes más, yo he intentado disuadirla de todas las maneras posibles y no ha funcionado, no hay nada que hacer, es muy cabezona.

—A mí no me parece mala idea. Nosotros podríamos bajar antes y echarte una mano si lo necesitas. —Interviene Catalina.

—Mamá, yo también creo que es buena idea, así este año tú te lo tomas con más calma. —digo yo.

—Bueno, cómo queráis, pero ya sabéis que por nosotros no hay problema en hacerlo aquí.

—Yo espero que a todos os guste la comida china, no voy a parar hasta que le haga entrar en razón. —añade Javier en plan gracioso.

—¡Javier! No digas tonterías. —mi hermana golpea su hombro.

—Cariño, somos quince, QUINCE. Es una maldita locura, pero qué le voy a hacer si te quiero así... Loca. Yo te ayudaré, ya verás que serán las mejores Navidades de tu vida.

—O de la tuya. —responde en un tono extraño, demasiado risueña y un brillo en los ojos que yo no paso por alto pero que tampoco soy capaz de entender.



El tiempo se me ha echado encima, tengo muchísimo trabajo en el taller, todavía no he hecho la maleta y quiero pasar la noche con Catalina.

A las cuatro de la mañana tengo que estar en el aeropuerto, voy a tener que organizarme al dedillo para poder hacerlo todo.

Lo consigo.

Catalina va a llevarme hasta allí y justo cuando salimos de casa, Eric me

manda un mensaje.

“Eric: Ya estoy aquí. Te espero en el bar, necesito café, mucho café, no he pegado ojo en toda la noche.”

—Eric ya está allí.

—Podríamos haberle recogido nosotros.

—Tranquila, había quedado con una chica esta noche, probablemente lo habrá traído ella hasta aquí.

No sé si os lo he dicho anteriormente, pero odio las despedidas y esta en concreto la odio todavía más.

—Avísame cuando llegues a París.

—Claro que sí. Échame mucho de menos estos días.

—Lo mismo digo, pórtate bien, mantenme informada y ni se te ocurra conocer a ninguna americana.

—Tranquila, me voy con el listón muy alto. Ven aquí anda.

La beso y la rodeo con mis brazos. El abrazo que nos damos me parece el más corto del mundo pese a llevar varios minutos pegados.

Ahora sí que hay pensamientos negativos, remordimientos, angustia... Ahora sí que me duele dejarla aquí.

—Te quiero pequeña. No lo dudes nunca.

ALZANDO EL VUELO

El avión que nos lleva a París no puede ser más estrecho e incómodo, para colmo, no puedo dejar de darle vueltas a todos esos asuntos que me quitan el sueño.

Eric duerme con la boca abierta, le miro y lo veo con la cabeza apoyada en la ventana y babeando como un crío, me da mucha envidia, yo también quiero dormir así, sin preocupaciones, sin que me invadan ciertos pensamientos que no hacen más que perturbarme y ponerme mucho más nervioso.

Ahora mismo me planteo la locura que estoy cometiendo y si pudiera retroceder unos días, creo que no la haría.

¿Y si estoy equivocado? ¿Y si todavía no la he olvidado? ¿Y si estoy enamorado de las dos? ¿Seré capaz de volver a sufrir por Claudia? No puedo perder a Catalina, sin quererlo ninguno de los dos hemos llegado a ser imprescindibles el uno para el otro... Y no puedo dejarla escapar.

Me da miedo reencontrarme con ella y ver que eso que yo creo muerto reviva y me arrolle como si de un tsunami se tratase, han pasado once meses, demasiado tiempo sin verla, sin sentirla cerca, sin que sus ojos atrapen los míos como solían hacer siempre que la tenía delante, volveré a oler su perfume, ese que me volvía loco, probablemente reviva viejos sentimientos y recuerde situaciones pasadas.

No. No lo voy a permitir.

¿Y cómo lo evito?

*Eres un idiota si a estas alturas todavía tengo que darte yo la respuesta.
Es fácil. Catalina.*

Me cuesta la misma vida dejar de discutir con mi yo interior y despertar a Eric, acabamos de aterrizar en *Charles de Gaulle*, París.

Recogemos nuestro equipaje y nos tiramos como dos vagabundos en los bancos a esperar a que empiece nuestro próximo embarque.

—Estoy reventado. Intento mantenerme despierto, pero no puedo, lo siento tío.

—Pues duerme, por mí no te preocupes.

—Cómo no me voy a preocupar si cada vez que te miro tienes peor cara.
¿Qué pasa?

—Qué no pasa, mejor dicho.

—Estás acojonado. ¿Es eso?

—Hasta la médula.

—Es algo que tienes que hacer. Tienes que salir de dudas, matar el gusanillo, destruir todo lo que te ata a ella o dejar que coja toda la fuerza que necesite. Quieras o no, buscas respuestas, sin más. Una vez que las encuentres ya decidirás cómo gestionarlas, no te preocupes antes de tiempo.

—Yo no soy el mismo que ella recuerda.

—Quizá ella tampoco sea la misma e incluso sientas rechazo al verla otra vez, es algo que no podremos saber hasta que ocurra.

—Ni siquiera sé qué voy a decirle.

—No tienes por qué saberlo, nos plantamos ahí, en su estudio y luego...
Te dejas llevar.

En ese rato intentamos echar una cabezada, desayunamos en el bar, un par de croissants cada uno y un café bastante asqueroso, a decir verdad, aeropuerto y Francia son un atentado contra el placer alimenticio.

“Cristian: Cariño, espero no despertarte, estamos en el aeropuerto de París y por fin he conseguido pillar wifi, el embarque empieza dentro de media hora así que cada vez nos queda menos para subirnos al avión. ¿Todo bien?”

Tengo que subirme al segundo avión sin haber recibido respuesta al último mensaje enviado.

Viajamos en turista, tampoco pretendía despilfarrar todo el dinero que tengo en la cuenta y Eric vuelve a coger ventanilla antes de que me dé cuenta y pueda evitarlo.

—¡Cabrón! Juraría que ahora me toca a mí ese sitio.

—A efectos prácticos durante unas horas más me sigue perteneciendo, así que no seas tramposo.

De acuerdo. Planteándolo fríamente tiene toda la razón. Gracias a Dios este avión es bastante más amplio que el anterior, asientos equipados con un sistema de entretenimiento personal a bordo, una pantalla incorporada y con puerto USB. Comida y bebida incluida en el precio.

Yo no estoy acostumbrado a todo este tipo de comodidades, quizá deba

viajar más y dar más vueltas por el mundo que las que doy por mi propia cabeza.

Siento que algo cae encima de mis pies y cuando me giro para ver de dónde viene veo a una chica cargada de cosas que se le desbordan de los brazos.

—Disculpa, ¿necesitas ayuda?

—Sí, imagino que sí. Gracias.

La ayudo a colocar su maleta y ella mientras tanto coloca todas las chaquetas que lleva en la mano, bolso y no sé qué más como puede entre nuestros asientos.

Eric está completamente dormido, otra vez. ¿Cómo cojones lo hace?

En las próximas horas de vuelo tengo que encontrar la manera de alejar ciertos pensamientos de mí, intento centrarme en cualquier película, pero no lo consigo.

Eric continúa pegado a su sueño profundo y la chica a la que he ayudado antes, lo primero que ha hecho al sentarse ha sido colocarse unos auriculares que la alejan del resto del mundo.

Me siento incómodo, no encuentro la postura perfecta, estoy nervioso e inquieto, no puedo ocultarlo.

—¿Nervioso? ¿Quieres que te pida una tila? Quizá así logres dormir algo... —Me pregunta quitándose los auriculares.

Me giro para mirarla, es muy morena y menuda. Me despierta ternura al instante.

—Muy nervioso. ¿Tanto se nota?

—Creo que sí. No como tu amigo que lleva roncando más rato de lo normal.

Los dos reímos y miramos a Eric.

—Soy Cristian, encantado.

—Gabriela.

Nos damos dos besos. Es muy guapa, probablemente más de lo que ella cree, la noto insegura, una de esas personas que se esconde, que no le gusta llamar la atención, que creen que todo lo que les rodea les queda grande y siento que el mundo se va a la mierda, que no puede ser que en pleno siglo veintiuno todavía queden personas que tengan que sentirse así. Nadie es menos que nadie. Nadie merece pensar que no es lo suficientemente bueno.

Hablamos durante mucho rato, nos contamos cosas que jamás hablaríamos con alguien que nos conociese y es que muchas veces es tan fácil

mostrarse ante un desconocido... Y es lo que nos ha ocurrido. Ella me cuenta ciertas situaciones de su vida que me hacen ver que la primera impresión que he tenido de ella no es errónea, yo le cuento lo que estoy haciendo aquí, le hablo de Claudia, de Catalina, de mis dudas y lo único que me contesta es que soy el hombre más valiente con el que se ha encontrado jamás, que siga a mi corazón, que él sabe siempre cuál es el camino correcto a escoger.

La veo bostezar, está cansada, pero por algún motivo no quiere dejarme “solo”.

—Puedes dormir. Estoy bien.

—No, no, tranquilo, prefiero que continuemos hablando, si te fijas, desde que lo hacemos has dejado de moverte, estás mucho más relajado que antes y créeme que lo necesitas, vas a enfrentarte a demasiadas cosas una vez tengas que bajarte de aquí.

—Mejor no me lo recuerdes.

—¿Te apetece escuchar música? Quizá no sea de tu agrado, pero sienta tan bien cuando quieres relajarte y olvidarte de todo.

Me encojo de hombros. Sí. Por qué no. Me presta uno de sus auriculares, reclinamos nuestros asientos y ella no tarda ni dos canciones en caer rendida en los brazos de Morfeo.

Empieza a sonar una canción que de repente capta toda mi atención. No la he escuchado nunca. Juraría que es India Martínez.

La hago mía justo en ese momento, maldita sea, tengo que volver a ponerla, necesito escucharla bien... No es casualidad, esa canción es para mí, debo escucharla antes de bajarme del avión porque estaba destinado a encontrarla.

Le quito el reproductor y pierdo la cuenta de todas las veces seguidas que la hago sonar.

~Se despierta azul Madrid por la mañana, entre las perdidas tengo tu llamada, el mundo estalla en la televisión, pero yo, sigo aquí resistiendo a la confusión. ~

Y veo todas esas llamadas de Claudia que no contesté unos meses antes, quedando ahí reflejadas, esos mensajes que llegaron para hacerme creer que quizá el final todavía no estaba escrito, me veo a mí, resistiéndome a una confusión que ya me había atrapado por completo.

~Guardo en mi pañuelo lágrimas usadas, y también un nudo mudo en la garganta, fue tan maravilloso amarse así, me arrepentiré, pero esta vez prefiero equivocarme sola. ~

Y yo. Si me estoy equivocando prefiero hacerlo solo, prefiero arrepentirme de lo que hago a que un día me reproche a mí mismo el no haberlo hecho. Tengo tantas cosas guardadas, tantas lágrimas, un pañuelo lleno de ellas, de ambos, de todos esos meses que pasamos juntos, en los que no nos separamos, en los que yo fui su salvación y ese nudo que sigue ahí cada vez que recuerdo nuestro beso... Ese beso que supo a despedida.

~Quiero rendirme en sus brazos, quiero conocerle y abrir un camino de nuevo, es que cuando me roza prendo fuego al mar, te digo, quiero encontrarme en sus ojos y volver a ver, ya lo sé, es cruel, perdóname, todo no es casualidad. ~

Siento de nuevo todas esas caricias que tuvo para mí, la primera noche que, llorando por Álex, se quedó dormida en mi pecho, yo también hubiera sido capaz de prenderle fuego al mar. Joder, ni siquiera sé si es normal querer a alguien de esa manera.

Pero de repente aparece ante mí una mirada que soy incapaz de diferenciar, unos ojos azules que me llenan el alma y a la misma vez son mi martirio. Catalina, perdóname, tengo que hacerlo.

~No soy tan perfecta como tu esperabas, somos inocentes, la culpa es del alma y me escapé con otro amanecer, me arrepentiré, pero esta vez prefiero equivocarme sola. ~

La veo. A ella. En todo su esplendor. La encontré y de repente la luz volvió a mi vida. Se convirtió en mi amanecer, en mi anochecer, en mi día. Le estoy fallando, he cogido este avión sabiendo que, si todo esto sale a la luz, puedo perderla para siempre.

Miro el fondo de pantalla de mi móvil, cuánto amor refleja nuestra mirada, sin embargo, parece no ser suficiente.

No soy perfecto princesa, perdóname.

~Quiero rendirme en sus brazos, quiero conocerle y abrir un camino de nuevo, es que cuando me roza prendo fuego al mar, te digo, quiero encontrarme en sus ojos y volver a ver, ya lo sé, es cruel, perdóname, todo no es casualidad. ~

Y de repente no sé en qué ojos quiero perderme. La imagen de ambas en mi mente empieza a resultar imposible de sostener.

~Es que no soy de piedra, soy un huracán que vive de pasión, no soy una estatua en una urna de cristal. Quiero rendirme en sus brazos, quiero conocerle. Es que cuando me roza prendo fuego al mar, te digo, quiero encontrarme en sus ojos y volver a ver. Ya lo sé, es cruel, perdóname, todo

no es casualidad. ~

Qué torbellino de sentimientos me ha producido esta canción, hace tanto tiempo que no me ocurría algo así... No te borro de mi mente Catalina, te lo prometo, siento tanto no haberlo hecho mejor, siento tanto tener que engañarte para poder estar contigo sin peros, sin recuerdos pasados, sin nada escondido en viejos momentos.

Yo también lo sé, es cruel, perdóname... Perdóname por todo lo que pueda ocurrir en estos días.

Y me dejo ir. Con su mirada, su risa, su olor, su sabor... Cada sensación grabada en cada parte de mi cuerpo, en mi mente, en mi memoria, en mi piel, en mi boca.

Eric me despierta, ahora soy yo el que se encuentra apoyado en la ventanilla y ni siquiera recuerdo cómo he llegado hasta aquí.

—Hermano, despierta, hemos llegado.

Miro a mi alrededor y no queda prácticamente nadie en el avión, busco a Gabriela, pero ella tampoco está, no he podido despedirme de ella y sin entender por qué, siento pena, ha sido mi luz y mi calma en un momento crucial de mi vida.

Ahora ya estoy aquí, a punto de respirar el mismo aire que hace once meses está respirando ella.

Sí. Ella. Claudia.

38

LOS ÁNGELES, CALIFORNIA

No hablamos sobre lo que vamos a hacer una vez que salgamos del aeropuerto, está claro que yo no estoy preparado para hablar de ello, tampoco para vivirlo y Eric lo respeta.

Cogemos un taxi y le enseñamos la dirección del motel que hemos cogido, es uno de esos moteles de carretera que salen en las películas pero que nos ha salido tirado de precio.

Es minúsculo, dos camas de noventa en cada lado de la estancia, decoración antigua y televisión con culo en pleno siglo XXI, os podéis imaginar la cara que se nos queda a nosotros, la habitación tiene teléfono, pero no funciona, alguien ha cortado el cable, vete tú a saber por qué y no se han molestado ni en repararlo, el baño es un desastre.

Los dos sabemos que va a ser la única noche que pasemos entre estas cuatro paredes.

—Tío, siento ser yo el que saque el tema, pero... ¿Tienes algo pensado?

—Nada.

—¿Quieres ir a verla hoy?

—Creo que no. Prefiero hacerlo mañana, hoy podemos tomarnos la tarde para nosotros, además, aunque he dormido en el avión estoy muerto, el cambio de hora me ha matado.

—Deberíamos hacer algo, si dormimos ahora, nos costará un mundo hacerlo por la noche.

Vamos a pedir información sobre lo que podríamos visitar en estos días, es un caos, ninguno de los dos habla inglés, pensaba que Eric se defendía algo mejor que yo, pero no, se defiende como el culo, creo que no llegamos a entendernos con el hombre que se encuentra en la recepción del mugriento motel, por suerte parece que se ilumina y ya cansado de intentar entendernos nos da una tarjeta dónde pone la clave del Wifi.

¿Hay wifi en esta ratonera? ¡De puta madre!

Volvemos a nuestra habitación y conectamos nuestros móviles, buscaremos algo de información y miraremos de qué forma sale más barato moverse por aquí.

Cuando consigo que la red de mi móvil emita señal, recibo más mensajes de los que espero.

“Catalina: Amor, me quedé dormida justo cuando volví a casa. Todavía te quedan bastantes horas de vuelo, espero que no se te haga muy pesado. Avísame cuando llegues. Ya te echo de menos. Sí. Lo he dicho. Me he convertido en una cursi de manual.”

Esa última frase me hace sonreír. Todavía recuerdo a la Catalina que conocí, esa mujer más fría que un témpano de hielo, incapaz de mirar más allá de su propio ombligo y lo loco que me volvió por eso mismo.

“Catalina: ¿Todavía no has llegado? Dime algo en cuánto puedas. Te quiero.”

Le contesto antes de leer los mensajes que quedan pendientes.

“Cristian: He llegado. El vuelo ha ido muy bien, estamos en un motel que si lo vieras... Te daría tanto asco o más que a mí, aunque sólo pasaremos aquí esta noche. No he podido escribirte antes porque ha sido una sorpresa ver que aquí disponían de Wifi, imagínate cómo es esto que ni me lo he planteado. Yo también te quiero, échame mucho de menos estos días pequeña.”

Acompaño este mensaje de una foto a la que ella responde con emoticonos que lloran de la risa, otros que vomitan y un gif de Homer Simpson destornillándose por el suelo.

Qué graciosa se ha despertado hoy.

E inevitablemente lamento tanto estar tan lejos y no poder escucharla reír... que siento una punzada tremendamente fuerte impactando en mi interior.

“Carolina: ¿Houston? ¡Qué mierda de mentira es esa! Cristian haz el favor de llamarme en cuanto leas esto, no puede ser que te hayas largado a “Houston” y yo me entere cuándo ya estás allí.”

Carol. No pude contárselo porque ella mirándome a los ojos hubiera

sabido la verdad tan rápido que me hubiera impedido llegar hasta aquí.

“Rubén: Tío, no hago más que darle vueltas al coco y te tengo todo el rato en mi mente. Joder. Soy yo el que debería estar ahí contigo y no Eric, siento haberte fallado en este momento hermano. Mantenme informado. ¿La has visto ya?”

Rubén. Qué idiota. No me ha fallado nunca, no sé ni porque se le pasa semejante idiotez por la cabeza.

“Claudia: Criiiiiiiiis. Qué poco queda para que volvamos a vernos, cada vez estamos más cerca. Te quiero pedir un favor... ¿Podrías venir a buscarnos al aeropuerto? No le he dicho nada a Carolina porque ella no sabe exactamente el día que vuelvo y me gustaría mucho darle una sorpresa.”

Claudia. Vaya. Ironías de la vida, ni ella misma se imagina lo relativamente cerca que estamos y lo poco que queda para que nos veamos de nuevo.

Quiere que yo los vaya a buscar al aeropuerto. ¿En serio?

Respondo dos mensajes antes de escuchar a Eric que lleva un buen rato hablando.

“Cristian: Carol, no puedo llamarte, me costaría una fortuna. Relájate. No podía decirte nada porque lo hubieras impedido y es algo que tengo que hacer. Espero que lo entiendas. Te quiero mucho, hermanita, guárdame el secreto.”

“Cristian: Vaya colega más idiota que tengo. ¿En qué momento te has convertido en un moñas? Deja de decir gilipolleces, tienes problemas más importantes que este. Dale un beso muy fuerte a Nadia. Y no, no la he visto todavía, esperaré a mañana.”

Durante todo este rato Eric ha estado buscando información por Internet, me comenta que lo que sale más a cuenta es alquilar un coche durante los días que estemos aquí y me parece la mejor opción, dispondríamos de él cuando quisiéramos, sin horarios ni tonterías.

Nos plantamos en el Downtown de Los Ángeles.

Espectacular. Jamás pensé estar aquí, paseando entre rascacielos y conociendo el punto neurálgico de la ciudad. Leemos que los edificios más emblemáticos son el Ayuntamiento y la catedral de Nuestra Señora de los Ángeles y alucino con la arquitectura de ambas, tan diferente a la europea, esta Catedral no tiene absolutamente nada que ver con la que tenemos en Valencia.

Pasamos el resto de la tarde recorriendo sus calles, cenamos en uno de esos restaurantes de comida rápida que salen en las películas, hamburguesa extra grande con patatas fritas y volvemos de nuevo a nuestra mugrosa habitación.

Nos damos una ducha y no tardamos en caer rendidos. Primer día superado. Lo más difícil está por venir.



Me despierto más temprano de lo que esperaba, los nervios no me dejan dormir, sé que el momento que tanto he esperado está a punto de ocurrir, sé que todo depende de mí, que está en mis manos, sólo yo decido qué, cuándo y cómo.

Tengo que hacerlo solo, no podía llevar a Eric conmigo.

Me vestiré, iré hasta la puerta de su estudio y después... No lo sé. No tengo ni puta idea de lo que pasará entonces.

—¡Mierda! ¡Me he dormido! Perdona tío.

—No, no te has dormido. Es muy temprano. Además, creo que tengo que ir solo Eric. Entiéndelo.

—Está claro, no iba a hablar yo por ti. Pero de todas formas voy contigo, te esperaré en cualquier bar tomando algo o dando una vuelta por ahí. Ya que estoy aquí, aprovecho.

—Como quieras.

No tardamos nada en salir por la puerta. Eric conduce y yo me mantengo encerrado en mí mismo, no hablo absolutamente nada en todo el camino, me limito a mirar por la ventanilla, a pensar en qué sentiré al verla de nuevo cuando de repente, frena.

—Colega, ahí está. Todo tuyo.

Suspiro, me armo de valor y bajo del coche.

—Estaré por aquí. Todo va a salir bien, tú... Solo límitate a sentir.

Veo a Eric alejarse calle abajo, no tengo ni puta idea de dónde estoy, no he prestado nada de atención, menos mal que hoy en día el GPS te lleva dónde quieras o necesitas y que Eric piensa en todo y él sí ha arreglado ese pequeño tema antes de salir de casa.

Me paso un buen rato pensando estupideces, retrasando el maldito momento de entrar ahí y encontrarme con ella de nuevo, no sé qué decirle, he pensado en tantas cosas estos días que ahora... Ahora me siento vacío, muerto de miedo, sin palabras.

Abro la puerta. Me tiemblan las piernas. Qué estúpido. Sólo entrar su olor me invade, todo el estudio huele a ella, cierro los ojos y me permito recordar todas esas veces que ese olor estuvo cerca de mí. Joder.

Entonces levanto los ojos. Y ahí está. Ella. Saliendo de una de las salas que esconde el pasillo que tengo delante, me giro para que no me vea, todavía no, puedo esperar un poco más, puedo esperar a que termine con este cliente, quiero que se quede sola y quiero dejar de temblar.

Me cago en la puta. Relájate de una vez Cristian.

No pasan ni diez minutos cuando el hombre sale por la puerta que hay justo a mi lado y ella se dirige hacia a mí con su perfecto inglés, se acerca, tanto que cuando me doy la vuelta sus ojos impactan de lleno con los míos.

No decimos nada y me da la sensación de que quizá mirarnos de esta manera está fuera de lugar.

—Cris.

Es lo único que dice, más bien lo susurra.

—El mismo.

Y sonrío sin saber muy bien por qué, los nervios toman las riendas de la situación, no puedo volver a tenerla delante y mantener la calma, me delata una respiración más que agitada y una mirada que no puedo apartar de ella por más que quiera.

Se lanza a mis brazos, me aprieta tan fuerte que pienso que nuestros cuerpos podrían fundirse en uno solo sin necesidad de estar dentro de ella o de quitarle la ropa. Siempre ha sido así, nuestros cuerpos están hechos para encajar uno con el otro, estoy seguro, nuestros abrazos siempre dicen mucho más que los demás, nuestros olores se entremezclan, la tengo de nuevo en mis brazos, la siento tan cerca de mí que no creo que esto sea posible.

—Pe... Pero... ¿Qué estás haciendo aquí?

—Creo que esa es la respuesta que ando buscando.

—¿Has venido para verme? O...

—¿Tú que crees?

Su expresión cambia justo en ese momento y sé que esta va a ser una de las situaciones más complicadas de mi vida, sus ojos se clavan en los míos, me mira diferente, no habla más y vuelve a abrazarme de esa forma tan suya, tan fuerte que parece que no pueda ocurrir nada más en el mundo mientras esté abrazado a ella.

—¡Dame un minuto! Voy a decirle a Borja que estás aquí.

—Claudia —la agarro por el brazo antes de que se marche—No creo que sea una buena idea. Preferiría no encontrarme con él. He venido a verte a ti... A hablar contigo... Y a encontrarme conmigo, ya sabes...

Veo cómo traga saliva, llevándose así por delante el nudo que se ha instalado en su garganta al escucharme.

—Está bien. Pues... Sólo le diré eso, que estás aquí y que me voy contigo.

La veo desaparecer sin poder decir nada más. Se esfuma tan rápido que no puedo pararla. Que se va conmigo. ¿Qué ha querido decir con esas palabras? ¿Cómo se va a venir conmigo? Yo... Yo sólo quiero hablar con ella, ver qué siento al tenerla delante... No entra en mis planes pasar el día juntos.

Cristian. Te avisaron. Límitate a sentir.

Sale como un maldito huracán. Coge la chaqueta que tiene detrás del mostrador, me agarra de la mano y tira de mí hasta que me lleva fuera del local.

—Todavía estoy flipando. ¡Estás aquí!

—Sí... Estoy aquí. —Y veo que no comparto ni la cuarta parte de su euforia.

—Pues sólo puedo decirte: ¡Bienvenido a Los Ángeles! ¡Te va a encantar! ¿Me permites que sea tu guía?

Sonríe y yo me pierdo en esa sonrisa que hace tanto tiempo que no veía y que ha sido una de las cosas más maravillosas que he visto nunca.

—Sí. Claro que sí.

Total... A ti siempre te lo he permitido todo.

39

CLAUDIA

—Cristian, no quiero que digas nada, no quiero saber por qué estás aquí, no quiero que hablemos. Todavía no. Déjame disfrutar de ti, deja que te enseñe esto, pasemos unos días juntos.

—Claudia... Esa no es mi intención. Estoy aquí con Eric que por cierto no tengo ni puta idea de dónde se ha marchado, yo vengo a solucionar algo, y...

—Cristian, por favor, no. Sólo unos días.

Justo en el momento que siento cómo su mano tapa mi boca, cómo la yema de su dedo roza mis labios, me pierdo.

—Está bien. Sólo un par de días.

Salta a mis brazos, feliz, rodea mi cintura con sus piernas y no me queda más remedio que sostenerla a pulso.

Inevitablemente mi cabeza viaja al pasado, recordando el momento en que nos besamos por primera vez, recuerdo la felicidad que desbordó al salir del estudio de Borja, recuerdo cómo sus labios recorrieron los míos y me parece estar viviéndolo de nuevo.

Pero esta vez la situación es algo más incómoda, ella se da cuenta de que quizá no es lo correcto, de que tenemos demasiados temas pendientes antes de volver a ser los mismos que fuimos en algún momento y baja rápidamente.

—Perdóname. ¡Vamos! Tengo muchas cosas que enseñarte.

—Claudia, tengo que hablar con Eric, no puedo irme sin decirle nada.

—Claro.

No tengo que calentarme mucho la cabeza porque justo en ese momento lo veo salir de una de las hamburgueserías que hay al lado del estudio, él nos ve y se acerca a nosotros.

—¡Claudia! ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo te va?

—Bien, muy bien. ¿Cómo estás? ¡Madre mía! ¡No me creo que estéis aquí! No os podéis imaginar las ganas que tenía de compartir todo esto con alguien que no fuese Borja.

Eric y yo cruzamos una mirada que no pasa desapercibida para ella. No quiero estar con ella a solas, necesito que Eric se quede con nosotros, si ella

no quiere hablar, no hablaremos, pero no puede pedirme que pasemos unos días juntos cómo si fuese lo más normal del mundo, porque no lo es.

—¿Nos vamos? —pregunta mirándonos a ambos.

—Tengo el coche aparcado a dos manzanas de aquí.

—Déjalo ahí, creo que es mucho mejor que nos movamos por aquí en Bus, os quiero enseñar lo más típico y céntrico así que será más cómodo.

¿Hemos alquilado un coche para nada? Esto va de mal en peor.

No paramos en todo el día, Claudia nos lleva de un lado para otro, quemamos la comida grasienta que hemos ingerido, de eso no cabe duda, no nos da tregua.

Durante el día visitamos Manhattan Beach, es como si estuviera dentro de la pantalla de mi televisor, tengo delante la playa ideal para practicar cualquier tipo de deporte californiano, aunque a estas alturas de mi vida no me veía yo practicando surf de repente.

—¿Sabéis? Dicen que si visitas Manhattan Beach no puedes perderte uno de sus atardeceres. ¿Os apetece quedaros?

—Verás... No sé cómo decir esto sin que suena mal, pero creo que no sería muy normal que en el punto en el que estamos viéramos un atardecer los tres juntos. —Le responde Eric con extrema delicadeza.

Me rio. Mucho. Porque tiene razón. ¿Qué coño tiene Claudia en la maldita cabeza?

Así que no vemos ningún atardecer. Nos lleva a Sunset Strip. Está anocheciendo cuando llegamos y lo que veo es espectacular, un barrio con un encanto muy particular, Claudia nos explica que es muy conocido por sus clubes de rock, sus restaurantes, sus grandes discotecas y sus coloridas vallas publicitarias.

No lo dudamos, recorrer sus calles es una de las mejores cosas que he hecho jamás.

Me gusta esto. Estoy en Estados Unidos y todavía no me lo creo.

Cae la noche y después de cenar nos despedimos, no es difícil hacerlo, puedo pasar con ella miles de días como este, no me cansaría, siempre me ha encantado compartir con ella estos momentos, por un instante olvido todos esos sentimientos que me han traído hasta aquí y me permito creer que volvemos a ser aquellos chiquillos que se adoraban.

—Hasta mañana.

Dice esas palabras en un tono que me atraviesa por completo. Qué raro es todo... Tanto tiempo sin vernos y ahora es ella la que está aquí dándome

las buenas noches y diciendo esas dos palabras que ocultan mucho más de lo que imagináis.

—Hasta mañana Claudia.

Nos abrazamos y en ese momento más que engancharme a ella siento cómo recupero una parte de mí, algo que ella se había llevado sin que me diera cuenta y que ahora, vuelve a ser mío.



Claudia entra en su apartamento derrochando felicidad, su estado de ánimo es completamente distinto al que le ha acompañado estos días, se siente plena después de muchos meses y al cerrar la puerta y encontrarse con la mirada de Borja, le invaden las dudas.

—¿Crees que puedes explicarme qué hace Cristian aquí?

—Pues... No lo sé. Pero necesitaba verle, estar con él, sentir a alguien querido cerca...

—Claudia, si tienes que contarme algo, hazlo ahora.

—¿Qué crees que tengo que contarte?

—No lo sé. Dímelo tú. No es muy normal que el tío que se ha pasado toda la vida enamorado de ti, de repente se plante aquí, para verte, unos días antes de que tú vuelvas a casa. ¿De verdad crees que soy tan gilipollas como para no ver que hay algo detrás de todo esto?

—No me hables así.

—Empiezo a estar cansado de tus idas y venidas. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no veo esa sonrisa en tu cara? Joder Claudia. Eres mi puta vida y veo que te escapas.

—Borja... No me escapo. Pero estoy muy agobiada, todo lo que hago aquí lo hago contigo, no he conocido a nadie nuevo, no tengo amigas, no tengo familia... Siento que a veces me ahogo y sé que lo pago contigo sin que tú tengas la culpa, pero no lo puedo evitar.

—¿Le has pedido tú que venga?

—Te prometo que no. Ha venido con Eric, no sé a qué, te lo juro, no hemos hablado de nada serio, hemos pasado el día juntos, los tres, como lo que somos, buenos amigos, sin más.

—Vas a volverme loco...

La acerca a él y devora su boca. Ella se deja. Y concluyen una conversación más que necesaria con un orgasmo ensordecedor.



—¿Cómo estás? ¿Quieres que hablemos?

—Estoy bien. Es verdad que cuando la he visto no he podido evitar sentirme como cuando tenía quince años. Por unos minutos casi dejo que vuelva a dominar mi mundo, pero después ha sido más fácil de lo que esperaba.

—Pero no habéis estado solos.

—Sí. Lo sé. Hoy ha sido demasiado fácil pero no quiero pensar en nada más.

—Creo que mañana me quedaré aquí, debéis pasar tiempo juntos, hablar sobre todo eso que tenéis pendiente y parece ser que no os deja avanzar.

—Joder... Pero...

—Pero nada, por mí no te preocupes. Sé cuidarme muy bien solito.

“Cristian: Acabo de llegar al hotel, estoy muerto, creo que te encantaría todo esto, tendremos que volver juntos. Te echo de menos.”

No tardó en llegarme su respuesta.

“Catalina: Pensaba que ya no te acordabas de mí. ¿Mucho trabajo? Ya me contaréis qué tal, a ver si mandáis alguna foto, que nos tenéis abandonados. Estaré encantada de hacer ese viaje contigo, ese y veinte mil más. Te quiero.”

Catalina... Maldita sea. Cuánto te estoy echando de menos.



El sonido de un claxon invade el parking del aparthotel donde nos

hemos hospedado, me asomo y veo a Claudia esperándome abajo.

—Tío, me voy ya, nos vemos esta noche.

—¡Hecho! —voy a salir por la puerta cuando me hace frenar—Oye, déjate llevar. Y si tienes que mojar el churro... Pues mójalo y a tomar por el culo.

—¡Vete a la mierda!

Bajo rápido y cuándo me monto en el coche y nuestras miradas vuelven a encontrarse no sé qué hacer, así que no hago nada, no me acerco a ella, mantengo la distancia y directamente le hablo mientras me pone el cinturón.

—Buenos días, preciosa. ¿Dónde vas a llevarme?

Sonríe de medio lado. Tiene el poder de destruir el mundo si se lo propone.

—Por lo pronto tengo pensado llevarte al paraíso de las estrellas, el lugar preferido del busca sueños, el sitio de las oportunidades.

—Suenan bien, demasiado bien tal vez.

—Te va a encantar Hollywood, ya lo verás.

Y me encanta. Recorremos el famoso paseo de la fama dos veces, tardamos bastante ya que me entra curiosidad por ver a quién pertenece cada una de las estrellas que tengo bajo mis pies. Más tarde vamos al Museo de Historia, guardan objetos de muchas de las películas que se han rodado aquí, incluso vemos decorados de películas expuestos como si de una obra de arte se tratase. Visitamos también Universal Studios, únicamente la zona de producción cinematográfica, yo no soy muy amigo de las atracciones, Claudia tampoco, así que subimos al tranvía que recorre los distintos escenarios más célebres de las películas de Hollywood.

Hacemos una parada en *Philippe's the original*, en Chinatown, para comer. A Claudia se le antoja un “French dipped Sandwich” y yo me dejo llevar por ella. Así de paso me enseña el barrio.

Está a punto de caer el sol y nos damos cuenta de que nos queda muy poco tiempo para estar juntos.

—Cristian... ¿No vas a quedarte más días?

—Me marcho el Domingo.

—Ayer me dijiste que sólo me dabas dos días. ¿Por qué?

Tarde o temprano se abriría la veda, tenemos que hablar del tema, lo sabemos y no podemos retrasarlo más.

—Podríamos ir a otro sitio, un lugar tranquilo dónde podamos hablar. ¿Te parece?

—Sí. Creo que conozco el sitio perfecto.

No tengo ni idea de a dónde me lleva. No pregunto, permanezco callado, pensando en todo lo que debo decirle y en todo lo que quizá ella me diga a mí.

Me lleva a una playa que reconozco al momento. Santa Mónica. Es un lugar mágico. Está atardeciendo y eso todavía la hace más espectacular.

Nos sentamos en la arena, mirando al mar, sentados uno al lado del otro, sin mirarnos, callados, sin apenas tocarnos.

—Cristian, yo...

—No. Déjame a mí. Soy yo el que se ha plantado aquí sin avisarte porque tengo mil cosas que decirte. Pero de repente, te tengo delante y me doy cuenta de que todo lo que guardo dentro de mí no vale una puta mierda porque me quedo sin palabras.

—He imaginado tantas veces este momento...

—¿Qué momento?

—Este. El tenerte delante. Que dejaras todo atrás y vinieras a buscarme, que me sacaras de aquí.

—No necesitas que nadie venga a por ti para marcharte Claudia.

—Quiero mucho a Borja y sé que él también me quiere a mí, pero no lo hace de la misma manera que lo hacías tú. Para ti siempre he sido lo más importante, siempre has estado ahí, incondicional, siempre por y para mí y quizá eso es lo que me falta.

—No todo el mundo quiere de la misma forma, no puedes pretender que todo el mundo baile a tu son, ya no.

—¿A qué has venido, Cris?

—A encontrarme a mí mismo.

—¿Lo has hecho?

—Creo que sí. Gran parte de mí se fue contigo el fatídico día que cogiste ese maldito vuelo y te marchaste a nueve mil kilómetros de mí.

—Cristian...

—Claudia, necesito decírtelo todo. No me interrumpas. Será sólo un momento. Llevo toda mi vida enamorado de ti, te he querido como nunca he querido a nadie, he estado dispuesto a todo, incluso a cruzar el océano sabiendo que estás con otra persona. Te fuiste, tomaste tu decisión, quisiste dejarme atrás y me costó mucho comprenderlo y aceptarlo, he pasado unos meses de mierda pensando en ti a todas horas, todos mis putos días eran una basura porque tú ya no estabas en ellos, he echado de menos tu voz, tu risa, tu

olor... Te he echado de menos cada minuto de cada día. Mi vida se apagó por completo con tu despedida. Y ahora te tengo delante, ahora puedo mirarte y decirme a mí mismo que fuiste tú quien decidió no escogermé, que he sido un imbécil por quererte de esta manera y que los amores que no matan, mueren.

No quiere que continúe hablando. Se gira y sus ojos atrapan los míos. Un azul intenso vuelve a cautivarme. Su mirada hipnotiza la mía sin previo aviso.

Puedo sentir su aliento más cerca de lo que espero, una de sus manos viaja hasta mi jersey, lo levanta y se mete dentro acariciando la piel de mi estómago.

Trago saliva con dificultad, mi respiración se agita y los nervios se me ponen a flor de piel.

Qué cerca estamos uno del otro.

Qué cerca estoy del límite.

Qué cerca estoy de tirarme a la maldita piscina en la que puedo abrirme la cabeza por falta de agua.

Qué cerca están sus labios de los míos.

Qué cerca está su mano de la cintura de mi pantalón.

Qué cerca Claudia... Tal vez demasiado.

40

NO, NUNCA MÁS

Estamos a pocos centímetros uno del otro, nuestra respiración se acelera y nuestros labios empiezan a entreabrirse.

Abre los ojos. Impactan de lleno con los míos.

Y la veo.

Lo que un día fue mi tortura ahora está siendo mi salvación.

En la mirada de Claudia soy incapaz de ver a alguien que no sea Catalina, sus ojos azules, su bonita sonrisa, su manera de tocarme, de quererme...

—No. Lo siento. Te miro y ya no te veo a ti y no te imaginas lo feliz que me hace. Todo lo que te he dicho antes es cierto, he estado enamorado de ti toda mi vida, pero ya no, ya no lo estoy, necesitaba verte para enfrentarme a mis propios sentimientos, necesitaba cerrar la puerta a cal y canto para poder empezar con Catalina la vida que siempre quise tener contigo pero que tú desaprovechaste.

—Cristian, lo siento. Siento haber hecho las cosas tan mal, siento confundirme cada vez que te tengo delante porque los dos sabemos que esto... es imposible, prácticamente eres mi hermano, pero tu manera de quererme me crea dudas, tantas dudas, que dejo de utilizar la razón por un momento.

—Ya no voy a quererte más, ya no tendrás más dudas y si las tienes... Quizá deberías plantearte tu vida y enfrentarla igual que acabo de hacer yo.

—Lo sé...

—Clau. Asusta. Asusta mucho enfrentarte a ti mismo, pero es necesario para conseguir ser feliz.

—¿Cómo es ella?

—¿Quién?

—Catalina.

Sonrío al escuchar su nombre.

—Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Al conocernos no teníamos intención de ir más allá, sólo buscábamos ratos de cama, era fría en sentimiento, atrevida, sexual, la mujer fatal y perfecta a la vez, pero poco a

poco me ha atrapado. Tiene tus mismos ojos. Reconozco que para mí era una tortura, pero ya ves... Sin planearlo, sin pensarlo, nos enamoramos.

—No te imaginas lo mucho que me alegro por ti... Imagino que ella me odiará.

—Ella no tiene ni idea de que estoy aquí, he tenido que ocultarlo para no hacerle sufrir más de la cuenta, yo lo único que quiero es cerrar esta historia de una vez por todas, creí que lo mejor sería no decírselo.

—¿Sabes? Sé que es lo mejor que puedes hacer, que tarde o temprano tenía que llegar este día, pero me duele tanto que me dejes atrás...

—Claudia, no te dejo atrás, ahora más que nunca podemos ser lo que queramos ser, sin sentimientos de por medio, sin medias tintas, sin sufrir en silencio... Ahora sí que puedo ofrecerte todo lo que quieras de mí como amigo. Era lo que querías, ¿no?

—Sí. Imagino que sí.

—Dame un abrazo, anda. Ven aquí.

La atraigo hacia a mí y por fin me siento bien entre sus brazos. No hay incomodidad, no hay confusión, no hay nada más entre nosotros que todo aquello que pudimos ser y no fuimos. No hay nada más que ese bonito amor que he sentido por ella todos esos años. Es mi gran historia, mi gran amor, la recordaré toda mi vida por ser la primera.

Pero a estas alturas todos sabemos la importancia que tiene ser la última y definitiva.

Catalina, quiero estar contigo, a partir de ahora y durante el resto de mis días.

Me lleva de vuelta al aparthotel y nos despedimos con mucho más cariño que el que nos hemos dado en los últimos tiempos.

—Me ha gustado mucho verte y estar contigo. Te quiero mucho Cris.

—Yo a ti también.

—Sé feliz. Si hay alguien en este mundo que merece serlo más que cualquier otra persona, ese eres tú. Perdóname por todo el daño que haya podido hacerte, por todos los momentos malos que haya podido ocasionarte. Perdóname por no saber quererte como mereces. Perdóname por confundirte y por querer retenerte.

—No tengo que perdonarte nada. Ya hemos hablado de más. Cuando logramos cerrar la puerta, zanjar historias pasadas... Es porque todo eso ha quedado atrás y ya no hay nada más por perdonar, porque ya no duele.

Nos abrazamos muy fuerte.

—Clau... Prométeme que tú también serás feliz. Piensa que es lo que quieres. Arregla las cosas con Borja si es lo que sientes y si no haz tu maleta y vuelve a casa. Si pudiste empezar de cero una vez, podrás hacerlo una segunda.

—Gracias. —Me sonríe y sé que tiene muchas decisiones por tomar.

—Sabes que estaré siempre ahí para apoyarte en todo lo que haga falta. Tienes una casa al otro lado del charco, así que... No tengas miedo, a nada, no estás sola.

—Te quiero mucho, Cristian. Nos vemos pronto.

—Sí. Yo también te quiero.

Cierro la puerta del copiloto y la veo alejarse con el coche. Me invade una satisfacción plena. Tranquilidad, pureza, libertad.

Vuelvo a ser yo. Al completo. Me he recuperado y ahora ya puedo entregarme cien por cien al amor, a alguien que merece todo de mí y no he sido capaz de dárselo hasta ahora.



Entro pletórico a nuestro apartamento, quiero contárselo todo a Eric, quiero gritar a los cuatro vientos que se acabó, que ya no hay más, que por fin soy libre cuando me encuentro con alguien que todavía me hace el día más feliz.

—¡Gabriela! ¡¿Qué estás haciendo aquí?!

—¡Hola! —Se levanta y viene hacia a mí.

Nos fundimos en un abrazo de esos que te dejan sin respiración, como si nos conociéramos de toda la vida y lleváramos muchísimo tiempo sin vernos.

—Tienes un brillo distinto en tu mirada. ¿Ha ido todo bien?

Miro a Eric, él se encoge de hombros, así que entiendo al momento que está enterada de todo.

—Sí. Por fin he zanjado algo que hace mucho tiempo era mi gran martirio.

—India Martínez te ayudó a quitarte la venda. ¿Verdad?

—Pero...

—No. No estaba dormida. Escuché contigo esa canción las veinte veces que la pusiste. Después Eric se despertó, te cambió el sito y me contó un poco

la historia, quedamos en vernos por aquí uno de estos días.

—Hermano, Gabriela se va mañana a primera hora para Las Vegas.

—Sí. Podríais veniros conmigo. ¿Te apetece?

—¿Las Vegas? ¿Estáis de coña? ¡Claro que me apetece! Qué mejor manera de cerrar este gran viaje, de cerrar capítulo y empezar otro nuevo.

Nos despedimos por unas horas, Gabriela vuelve a su hotel y promete recogernos mañana a primera hora.

Llegamos al mediodía, Gabriela nos hace un tour por la ciudad, es increíble que estemos aquí y me muero de ganas porque caiga el sol y la noche se apodere de nosotros, quiero ver esta ciudad en todo su esplendor, quiero flipar con todas esas luces y disfrutar de “La capital del Pecado”.

Podría perder la cabeza, esto es un puto oasis de diversión y locura. Hoteles-casino que recrean ciudades del mundo, apuestas, espectáculos, atracciones, adrenalina, fiesta... Un mar de neones iluminando el desierto al caer el Sol.

Todavía alucino.

Vemos el espectáculo de las fuentes de Bellagio, nos hacemos la foto de rigor en el famoso cartel de “Welcome to Fabulous Las Vegas”, subimos a la torre del Stratosphere, la más alta de Las Vegas y con panorámica de 360°, no podemos saltarnos el show de David Copperfield e incluso entre copa y copa... Recuerdo haber visto a Elvis casar a uno de mis mejores amigos con una chica encantadoramente borracha.

—¡Viva los novios!

Gabriela y Eric se funden en un beso que me hace sentir incómodo y cachondo a partes iguales.

De repente estoy en la habitación. Una cama inmensa me reclama, me dirijo a ella y prácticamente me lanzo de cabeza, no me da tiempo a desvestirme porque sin darme cuenta... Caigo rendido.

Domingo. Tenemos que marcharnos. Una asquerosa resaca no nos da tregua, no sé quién está peor de los tres, tenemos que volver a Los Ángeles para coger el avión que me llevará a mi nueva vida.

—¡Buenos días chicos! Madre mía... Me duele tanto la cabeza que creo que no recuerdo ni cómo me llamo.

—Me parece que es Gabriela, ¿no? —le respondo.

Los tres reímos, nos hemos despertado todos juntos en una misma habitación, no le damos importancia... No recordamos nada, absolutamente nada de la noche anterior.

“Cristian: Mi amor, ya vuelvo a casa, qué ganas tengo de verte, de estar contigo, tocarte, hacerte el amor... Seis días sin ti son peor que una eternidad encerrado bajo tierra. Estoy agotado, han sido unos días muy intensos, pero intentaré recuperar fuerzas en el avión para pillarte con ganas.”

Contesta más rápido de lo que esperaba.

“Catalina: Qué miedo me da esa ansiedad. ¿Seguro que te has portado bien? Yo también me muero por verte, no te voy a dejar descansar ni un minuto cuando vuelvas, avisa al resto del mundo de que las primeras cuarenta y ocho horas son para mí en exclusiva.”

Sólo de pensarlo ya la tengo dura como una puta piedra.

“Cristian: Te aviso cuando esté en París. ¿Calculamos horas y vienes a por mí al aeropuerto? Te quiero, nena”

Tenemos que embarcar ya, Gabriela nos ha acompañado hasta aquí, me da un abrazo y casi se le caen un par de lágrimas. ¿Cómo puedes compartir dos días con una persona y crear un vínculo tan fuerte?

Qué cosas tiene la vida.

Noto la incomodidad de la despedida con Eric, se miran raro, no saben qué hacer, no fluye nada entre ellos, hay ahí una barrera que impide un acercamiento.

Es entonces cuando con la última llamada a los pasajeros de nuestro vuelo Eric suelta sus cosas, atrae a Gabriela hacia a él y la besa.

Por un momento el mundo ha dejado de girar para ellos dos, tengo que interrumpirlos, no puedo perder ese avión, yo necesito marcharme para que mi mundo continúe girando al lado suyo.

Vuelvo a casa Catalina.

41

VUELVO A TU LADO

Aterrizamos en París en lo que se supone que son las nueve del domingo por la tarde, pero no, aquí comienza a amanecer, ponemos nuestros relojes en hora y ya son las seis de la mañana del lunes.

Acabo de perder nueve horas de mi vida de un plumazo.

Pero qué importa cuando sólo me quedan cinco más para volver a verla.

“Cristian: Buenos días amor, en dos horas y media vuelvo a embarcar. ¿Nos vemos en el aeropuerto? Llegaré sobre las once, te quiero.”

—Deja el móvil de una vez, te va a dejar por pesado.

No voy a perder tiempo en responderle porque Catalina me acababa de contestar, así que le dedico a Eric un corte de mangas y se da por enterado de que lo mando a tomar por culo.

“Catalina: ¿Buenos días? Cualquiera día muero y será culpa tuya por despertarme a horas en las que ni las calles están puestas. Menos mal que todavía tengo un ojo pegado... Y, sí, allí estaré. Te quiero.”

Y está.

Nada más salir de la terminal la encuentro, sería capaz de encontrarla entre un millón de personas, puedo sentirla sin verla, aunque parezca lo más loco del mundo.

Justo en ese momento comprendo que todo lo que me ha pasado en la vida ha ocurrido por algo, todos y cada uno de mis pasos me han traído hasta aquí. Hasta ella. Si algo tengo claro en este mismo instante es que Catalina es el fin de mi trayecto.

Dejo mis cosas de cualquier manera, las tiro sin pensar en nada más, me olvido del resto del mundo y el tiempo se detiene por y para nosotros.

La cojo en volandas y la beso como si no hubiera un mañana. Le doy todos los besos que no he podido darle estos días por ser el tío más gilipollas del planeta.

—No te imaginas las ganas que tenía de verte...

—Pues... Creo que puedo hacerme una idea, casi me dejas sin respiración —sonríe susurrando su respuesta pegada a mi boca— ¿Cómo ha ido?

—Bien, muy bien.

—Oye, vale ya tortolitos. ¿Alguien se acuerda de mí?

Hago el gran esfuerzo de separarme de ella para que pueda saludar a Eric.

En el coche la situación se torna un poco más incómoda, Catalina nos pregunta cosas sobre el viaje y nosotros no sabemos qué contestar, no hacemos más que evitar el tema o responder muy por encima, no podemos contarle prácticamente nada sin desvelar la verdad y eso complica las cosas.

Dejamos a Eric en su casa y yo lo último que quiero es pasar el resto del día sin ella.

—¿Tienes que volver al trabajo?

—No. Tengo el día libre. No entra en mis planes separarme hoy de ti.

—Y, ¿qué plan tienes?

—Encerrarnos en mi piso, comerte a besos hasta que me canse, hacerte el amor cuando ya no pueda aguantar más la tensión que haya entre nosotros, pedir algo de comida a domicilio, comérmola en la cama para recuperar fuerzas y que después seas tú el que me haga el amor a mí y, así, una y otra vez hasta que estemos exhaustos de tanto querernos y nos quedemos dormidos.

Claridad y determinación.

—Creo que me acabas de quitar el *jet lag* de golpe.

No se me ocurre un plan mejor, debería pasar por casa, pero escucharla hablar de esta manera me la ha puesto dura al instante.

Llegamos a su piso y nos saltamos el paso de comernos a besos, lo único que quiero es sentirla, hundirme en ella, que sus ojos se claven en los míos mientras la embisto y que grite mi nombre al correrse, a ella no parece importarle, no pierde tiempo en mi boca, me quita la camiseta, baja mis pantalones y su lengua va directa a mi entrepierna, se sabe el camino de memoria y yo creo que moriré de placer al sentir cómo envuelve mi polla con su boca. Joder. Voy a explotar.

Pasamos todo el día entre sus sábanas, yo he perdido ya la cuenta de todas las horas que llevo sin dormir y me he olvidado de todo lo demás, lo único que quiero es compartir con ella cada minuto que tenga por delante.

Inevitablemente siento cómo me abandono poco a poco... Ella apoya su cabeza en mi pecho y, así, con su cuerpo pegado al mío y sintiendo su aliento en mi piel consigo quedarme dormido.



Sólo queda un día para que Claudia vuelva y tres para la cena de Noche Buena más surrealista que voy a vivir en toda mi vida.

El trabajo en el taller ha disminuido considerablemente, menos mal, he vuelto del viaje prácticamente sin energía, me encuentro bajo mínimos y Catalina no me deja descansar por las noches.

Esta semana nos hemos cogido con ganas, salgo del taller, paso por casa un momento y después nos encerramos en su habitación.

—¿Qué tal fue con Claudia? No has hablado de ello desde que has llegado.

La pregunta de mi padre me pilla por sorpresa. Sabía que tarde o temprano sacaría el tema, pero pensaba que primero tantearía un poco el terreno.

—Bien. Sin más. Ahora puedo decirte con total seguridad que forma parte del pasado.

—¿Qué hizo al verte?

—No se lo esperaba. En absoluto. Pasamos un par de días juntos, tuvimos una conversación donde dejamos bastante claro lo que sentimos.

—Me alegro de que cierres esa puerta. ¿Se lo has contado ya a Catalina?

—No. ¿Estás loco? Ella no puede enterarse de esto... Me odiaría por haberle engañado papá.

—Hijo... Las mentiras tienen las patas muy cortas. Ve con cuidado.

¿Crees que no lo sé? La voz de mi conciencia no deja de repetírmelo una y mil veces, lo sé, pero no tengo más opciones.



—Nadia, acompáñame a comprar las tortitas, si no... No sé cómo vamos

a hacer las fajitas. Cris, tú vigila el preparado.

Justo en el momento en que las dos salen por la puerta los chicos abordan el tema.

—Pensaba que no iba a poder preguntártelo. ¿Qué mierda ha pasado en Los Ángeles?

No hemos podido vernos en toda la semana y hoy hemos organizado nuestra propia cena de Navidad, como cada año, aunque esta vez somos dos más en la mesa, bueno, dos y medio.

A ellos se lo puedo contar todo sin necesidad de ocultarles ningún detalle, les enseñamos las fotos, les hablamos de Hollywood, de Las Vegas, de Gabriela y yo les pongo al día sobre los últimos acontecimientos con Claudia y la nueva situación.

—¿La tenías a punto de caramelo y le dijiste que no? Ahora sí que flipo. —dice Diego—¿Qué te ha hecho Catalina?

—No sé qué le habrá hecho, pero cuánto me alegro. Claudia es un coñazo, siempre ha hecho con él lo que ha querido, ya era hora de que este se plantara en su sitio y la mandara a la mierda. —interviene Rubén.

—Hay algo que tengo que contaros. Algo que ni yo mismo sabía...

Los tres miramos extrañados a Eric, sobre todo yo que no me he separado de él en todos estos días.

Nos muestra su móvil. Estamos en una de esas capillas que salen en las películas, Gabriela y él cogidos de la mano delante de Elvis Presley... Y yo disfrazado de John Lennon con una guitarra en la mano.

¿Hola?

—No-me-jo-das.

No consigo decir nada más. Yo flipo y los otros dos se parten el culo.

—Hermanos, soy un hombre casado.



Catalina y yo salimos temprano por la mañana, nosotros pasaremos el fin de semana en casa de Carol, mis padres vendrán mañana por la tarde por si nos hace falta ayuda para preparar la cena y organizarlo todo.

—¿Qué ganas tenía de veros!

Carol nos abraza cómo si no nos hubiera visto en años, esta vez con más

cariño a Catalina que a mí, a mí me dedica alguna que otra mirada llena de reproches y de preguntas, supongo que no voy a librarme de tener con ella una conversación.

El día pasa más rápido de lo esperado, por la tarde nos vamos de compras al centro, todavía no hemos comprado los regalos de Navidad... Sí. Somos un maldito desastre.

—¡Madre mía! Estoy de los nervios... Nunca he tenido a tanta gente en casa ni he organizado nada tan importante como una cena de Noche Buena, lo único que deseo es que salga todo bien.

—¿Por qué no va a salir bien? —responde Catalina— Irá todo genial, ya lo verás.

—No lo sé... Tiene que salir todo perfecto.

Ellas se sonríen cómplices, Javier las mira extrañado y yo... Sé que detrás de cada palabra esconden algo más. Por la noche salimos a tomar algo, llegamos a las tantas de la madrugada y gracias a eso dormimos prácticamente hasta la hora de comer y cuando nos disponemos a empezar a preparar todas las cosas para la cena, llaman al timbre.

—¡Ya abro yo! —grita Catalina desde la cocina.

Oímos la puerta y un silencio que dura más de lo necesario.

Escucho su voz.

—Hola. Soy Claudia.

—Catalina. Encantada.

La tensión puede cortarse con un cuchillo. Javier y yo nos miramos y sabemos que esto... No ha hecho más que empezar.

42

NOCHE BUENA

—¡Claudia!

Carol va corriendo hasta allí y prácticamente salta a sus brazos, las dos se abrazan tan fuerte y durante tanto tiempo que el único en darse cuenta de que Catalina se escapa hacia la terraza con un cigarro en la mano soy yo.

Salgo detrás de ella porque no puedo ni imaginarme cómo se siente en este momento. Sabía que iba a ser una situación tensa, incómoda, incluso quizá difícil de llevar, pero hasta que no la he tenido encima no he sabido de qué magnitud se trataba.

—Amor, ¿estás bien?

—Sí. —traga saliva—Es sólo que no pensaba que iba a ser así, he intentado prepararme para este momento desde que sé que íbamos a cenar juntas, pero...

—Te vas a congelar aquí fuera, estás temblando.

—No es por el frío Cris.

Le robo un cigarro, le pongo mi chaqueta por encima y me coloco junto a ella.

—Acabo de conocer a la persona que más has querido en toda tu vida, a la persona que ha movido tu mundo a su antojo y por la que has sido capaz de todo durante muchísimo tiempo, es el puto amor de tu vida... Y ahora, está aquí. Pensé que sería diferente, que quizá habría mucha más gente en casa, que me la presentaríais alguno de vosotros y podría escaquearme al minuto uno, pero no, he tenido que encontrármela así, de sopetón, sin tiempo de reacción.

—No le des más vueltas a eso. Estoy aquí, contigo, porque ahora los papeles han cambiado, ahora mi amor eres tú, no me importa que ella esté ahí dentro, ya no.

—Todavía tienes que enfrentarte a ella. Retomar el contacto. Hace mucho tiempo que no os veis y ahora vas a tenerla delante otra vez.

—¿Vamos dentro?

—Ve tú... Entraré en unos minutos.

No quiero agobiarla, no quiero forzarla a nada, y justo cuando yo entro

dentro, Javier sale, asiente levemente con la cabeza y me da un toque en la espalda, entiendo al momento que él se encargará de ella, que todo irá bien.

—Cristian... Perdón. No pensé que ya estaríais aquí y que sería ella quien me abriera la puerta.

—Ni nosotros que serías tú la que estaba detrás de esa puerta, si no, lo hubiéramos hecho de otra forma. —dice Carol.

—Tranquilas, es normal... Yo no sé si aguantaría esta situación, así que prefiero que se tome todo el tiempo que necesite.

—Es muy guapa.

—Sí. Sí que lo es. —Me giro para mirarla y veo cómo sonrío tristemente a Javier.

—Tiene unos ojos preciosos.

—Claudia. Basta. No vayas por ahí... Hablamos todo lo que teníamos que hablar la semana pasada, escribimos el último capítulo y terminamos la historia. Fin.

—No lo he dicho con ninguna mala intención.

—Por si las moscas. Porque sí, tiene los ojos más bonitos del mundo, la mirada más intensa y perfecta que haya visto jamás, y ya sé que estás pensando que en más de una ocasión me han recordado a los tuyos, pero ahora, justo en este momento, acabo de darme cuenta de que los suyos son los que quiero mirar el resto de mi vida.

—Bueno... —Carol tose intentando romper este tenso momento— ¿Me echáis una mano con esto?

Tres horas más tarde el ambiente es mucho más distendido, hemos logrado superar el mal rato inicial y mantener una conversación como personas adultas, tomando cerveza y recordando situaciones de cuando éramos críos.

Catalina está más relajada, quizá verme a mí tan seguro de mi decisión ayuda mucho, quizá empiece a ver que Claudia se comporta más cómo una hermana que como una posible amenaza.

Empiezan a llegar el resto de los invitados.

Primero conocemos a la familia de Javier, son los primeros en llegar, justo después viene Borja, no paso inadvertida su mirada y sé al instante que tiene algo que decirme, le siguen Martín y Sara, hace tanto tiempo que no los veía que su buen rollo y positividad consiguen que me olvide de toda la tensión que vamos acumulando y mis padres son los últimos en llegar, aunque prácticamente aparecen todos juntos.

Catalina se pasa gran parte de la noche charlando con Javier, Martín y Sara. Carol se dedica más a sus cuñados, a Claudia y a Borja y mis padres hicieron muy buenas migas con sus consuegros.

No hace falta que os diga a qué grupito me uno yo.

La cena está deliciosa. Carol nos sorprende con un cóctel de gambas como primer plato, de segundo una ternera con salsa de quesos y grill de verduras que está para chuparse los dedos y ha preparado sorbete de cava, naranja y limón de postre.

No tardan en sacar el arsenal de bombones, turrónes y polvorones que tenían escondidos en el armario. Más cava. Más champán. Más licor.

Y el ambiente se distiende del todo por fin.

Todo iba sobre ruedas hasta que un comentario envenenado provoca que el suelo se resquebraje bajo mis pies.

— ¿Qué tal el vuelo de vuelta? Imagino que después de estar en el paraíso cuesta volver a casa. Claudia me contó que te enseñó Hollywood, la playa de Santa Mónica... Todo aquello es espectacular, ¿verdad?

Maldito cabrón hijo de la gran puta.

Borja lo suelta justo en el momento en que sabe que todos, absolutamente todos, le estamos prestando atención. Me mira con tal satisfacción que lo único que me apetece hacer es reventarle la boca.

Mi padre, mi hermana, Javier, Claudia y yo no sabemos dónde meternos.

Miro a Catalina que se muestra impasible. Me mira y por primera vez no sé descifrar su mirada, está vacía, prácticamente ausente. Mira a Borja, esperando que hable más, que cuente más de todo aquello que ella no sabe y yo no puedo apartar mi vista de ella.

Todas estas sensaciones se agrupan en pocos segundos, porque alrededor de la mesa la conversación continúa, el padre de Javier habla de uno de los viajes que había hecho en su juventud y todos aquellos que se encuentran ajenos al gran maremoto que se avecina continúan con la sobremesa tal y como estaba establecido.

Mi hermana se levanta de la mesa y vuelve con una caja que entrega a Javier.

Todavía no es el momento de entregar los regalos, pero sé que lo hace para intentar olvidar todo lo que acaba de ocurrir, su mirada me lo confirma cuando sin hablar me pide que esté tranquilo.

Yo todavía no he abierto la boca, no he contestado a la pregunta que me ha hecho y él no insiste. Ahí demuestra lo único que tenía en mente, lo que

realmente buscaba y quería.

—No puede ser verdad... —Es lo único que llevo a escuchar de Javier mientras veo que Catalina tiene su móvil en la mano y teclea con rapidez.

—Sí que lo es, enhorabuena papá. —La voz de Carol. ¿Papá? ¿Cómo? Mi cerebro es incapaz de poder entender todo lo que está pasando ahora mismo. ¿Mi hermana está embarazada? ¿Voy a ser tío? ¿Catalina? ¿Dónde está Catalina?

De repente sólo se escuchan aplausos y gritos. Algunos lloran, otros ríen, no dejan de hablar a voz en grito, ahora el salón es una auténtica locura y entre tanto loco... Catalina se ha marchado.

Javier y Carolina se besan delante de todos, sin percatarse de que mi mundo acaba de hacerse pedazos.

Cojo mi cazadora y bajo a la calle, necesito hablar con ella, necesito explicarle todo lo que ha ocurrido, por qué lo he hecho, no puedo perderla ahora... No.

Salgo del portal justo cuando ella se monta en un coche que conozco demasiado bien. Toni. Toni está aquí, ha recurrido a él para que la saque de casa de mi hermana. ¿Qué cojones hace este tío en Valencia?

Les sigo durante todo el camino, no logro alcanzarle, está pisando a fondo el acelerador, incluso llegando a Elche les pierdo de vista, pero imagino que se dirigen a casa de Catalina por el rumbo que hemos tomado y, efectivamente, no me equivoco.

Veo cómo discuten, no entiendo nada, no logro escuchar nada de lo que dicen hasta que no apago la moto y me quito el casco.

— ¡Suéltame! —Él la tiene agarrada por el brazo y me hierve la sangre al instante.

— ¡Déjala en paz! —grito.

— ¡Cállate y no te metas en esto! ¡Gilipollas!

Quiero acercarme a ella, separarla de él, pero su mirada me paraliza, nunca la he visto tan vacía, tan fría, tan llena de odio y escondiendo tanta decepción en ella.

—Catalina...

—Ni se te ocurra acercarte a mí.

—Tienes que escucharme.

—No. No voy a escucharte nunca más. —susurra, ni siquiera se está molestando en gritarme, insultarme o golpearme— Se acabó. Aléjate de mí. Sal de mi vida. Desaparece. No quiero volver a verte en la vida Cristian, no

quiero que me toques, no quiero que me hables, no quiero que me llames, no quiero absolutamente nada que venga de ti.

Después de decirme todo eso empieza a temblar, los nervios se apoderan de ella, noto cómo deja de respirar con normalidad y comienza a faltarle el aire.

—Toni, suéltame... Necesito irme a casa. Por favor.

Él no le hace caso y justo en ese momento lo aparto de ella de un empujón.

— ¿Qué cojones haces?

Se vuelve loco. Se lanza a por mí y recibo un puñetazo justo en la boca del estómago. Catalina ha desaparecido de mi campo de visión, se ha marchado, se ha adentrado en su portal, se marcha a su casa sin importarle nada de lo que ocurra aquí y tampoco le importa nada lo que tenga que decirle.

La he perdido.

Un grito llama nuestra atención. Es su voz. Un ruido ensordecedor precede a su chillido y en ese instante el móvil de Catalina choca contra el cristal del portal.

Grito su nombre desesperado, pero no responde.

Es de noche, la luz está apagada, pero puedo verla tumbada en el suelo, está inconsciente y ojalá esté equivocado, pero eso de ahí... Parece un charco de sangre.

Golpeo la puerta como un loco.

— ¡Llama a emergencias! —Pero es inútil, cuando me giro Toni se está metiendo en el coche y no tarda en largarse.

— ¡Catalina! ¿Puedes oírme? ¡Catalina! ¡Catalina! ¡Catalina!

Y entre lágrimas, reviento el cristal, me siento a su lado y cuando la tengo entre mis brazos puedo ver que para mi desgracia no me he equivocado y está sangrando.

Marco el 112 antes de que sea demasiado tarde.

—Emergencias. ¿Dígame?

—Ayúdenme. Por favor, rápido, necesito ayuda.

Agradecimientos

Y de repente, me planto aquí, para darte las gracias de nuevo por leerme, porque tú haces esto posible, porque sin lectores un escritor permanece incompleto el resto de su vida.

Gracias a todos los seguidores que día a día están detrás de la pantalla de mi ordenador, escondidos en perfiles de Instagram o Facebook, apoyándome y dándome ánimos para seguir con esto.

Gracias a ti papá que me has hecho la mujer que soy hoy día. Creí que tendrías esta novela en tus manos y te vería sonreír orgulloso al ver a quién va dedicada, pero ya ves... He llegado tarde. De todas formas, es para ti, como todo lo que hago. Te quiero, te echo de menos y te necesito. Siempre.

Gracias a vosotros por ser el pilar fundamental en todo lo que me proponga en la vida. Por acompañarme en todos los viajes, en los que se llenan de sonrisas, en los que se llenan de lágrimas, vosotros sois mi motor. Una madre coraje, hermanos valientes, sobrinos que son puro amor, un abuelo que pese a todo debería ser eterno y un cuñado que ha demostrado con creces ser uno más. Os quiero. Y de ti no me olvido yaya, mi otro ángel, sé que también estás ahí.

Gracias a mis lectores cero. Mis grandes amigos. Mis grandes apoyos.

Gracias *Lorena* por estar siempre. En todo. No puedo quererte más.

Gracias *Anaïs* por ser mi apoyo incondicional.

Gracias *Marxy* por formar parte de esto, por aguantarme y por darme los empujoncitos necesarios, por ser una hermana que la vida puso ahí para mí.

Gracias *Toni* por no coger nunca un libro a excepción de los míos y, sobre todo, gracias por disfrutarlos, me encanta compartirlo contigo aunque te hagas un lío con los personajes.

Gracias *Irene* por acompañarme en esta bendita locura. Por ser la persona que me ayudó a desprenderme de todos esos miedos estúpidos y por volver a mi vida justo ahora para que vivamos esto juntas.

Gracias *Alejandra* por estar todos los días conmigo. Por demostrar que no importa la distancia. Por aparecer un día de repente y quedarte siempre, por todo lo que nos entendemos y nos queremos sin habernos tocado siquiera.

Gracias *Cristina (Aura Scott)* por tu paciencia y psicología en los duros momentos de corrección.

Gracias *Alexia Jorques* por crear para esta historia la mejor portada del mundo.

“Nunca es demasiado el agradecimiento, a quien no te abandonó en tus peores momentos.”

Gracias a todos, por tanto, otra vez.